La

Mujer propia

Coello



ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA
MUJER PROPIA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON CÁRLOS COELLO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.



Al distinguido escritor D. Luis Alf
en testimonio de simpatía, gratitud y
su amigo y compañero
Carlos Coel

LA MUJER PROPIA.

LA MUJER PROPIA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON CÁRLOS COELLO.

Representado por primera vez en el Teatro Español el 29 de Abril de 1873, á beneficio de Doña Teodora Lamadrid.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA JUANA COELLO...........	SRAS.	LAMADRID.
LA PRINCESA DE ÉBOLI........		BOLDUN.
ANTONIO PEREZ................	SRES.	VICO.
EL REY DON FELIPE II.........		MORALES.
ALONSO COELLO................		PARREÑO.
MATEO VAZQUEZ................		BURON.
JUAN DE ESCOBEDO.............		MAZA.
LEON LOBO....................		ALISEDO.
UN BALLESTERO................		LOPEZ.

Un pintor, un arquitecto, un juez, un escribano, damas y caballeros, religiosas, guardias del Rey, inquisidores, alguaciles, pajes y criados.

Madrid: último tercio del reinado de Felipe II.

Por *derecha* é *izquierda* se entenderá siempre la del actor.

A LA SEÑORA

DOÑA TEODORA LAMADRID.

¿Me permite la inmortal intérprete de ADRIANA, de LA RICA-HEMBRA y de VIRGINIA, dedicarle una obra inspirada por su génio, escrita por su encargo y aplaudida gracias á su talento poderoso?

No trato de pagar con distincion tan pobre, tan mia, la que ella me hizo y que yo agradeceré siempre mucho y nunca bastante: al poner al frente de LA MUJER PROPIA el nombre de la gran actriz, sólo quiero que haya en mi drama alguna belleza.—Conseguido esto, me resigno gustoso á que la primera sea la última.

Cárlos Coello.

Madrid 30 de Abril de 1873



DOS PALABRAS.

El público que asistió á la primera representacion de esta obra, la encontró excesivamente larga. Dócil el autor á las advertencias que en tal sentido le hizo la prensa, suprimió muchos trozos para las representaciones sucesivas. Si al dar á la estampa su trabajo, lo hace en la misma forma que se representó por primera vez, no se achaque á pueril satisfaccion de la vanidad una determinacion hija legítima del temor, no infundado, de que la falta de claridad multiplique á los ojos de la crítica el número de los defectos del drama.

Ruego, pues, á los señores Directores de escena tachen y consideren como no escritos los versos encerrados entre dos estrellas, uniendo por medio de una diagonal el asterisco de la márgen izquierda con el de la derecha.



ACTO PRIMERO.

Locutorio de un convento de Carmelitas descalzas. Á la derecha, puerta al exterior. Otra á la izquierda que comunica con las habitaciones de oficio. En este lado y en segundo término, la reja. En el fondo una capilla cerrada, que ha de abrirse despues. Varios cuadros religiosos en las paredes; entre ellos una Dolorosa.

ESCENA PRIMERA.

COELLO y VAZQUEZ.

VAZQ. ¿Y la autoridad paterna?
Vos debisteis oponeros...
COELLO. * Cuando la dulce ignorancia
de combatir sus deseos
me resolvió á consentirla
tomar el hábito, fueron
mis esperanzas muy otras,
muy otras... Yo, iluso y ciego,
decíame, autorizando
conmigo mis pensamientos:
—«No hay hija mejor querida
que mi Juana, ni sospecho
que la pueda haber: su padre
soy, y su galan parezco;
en las niñas de sus ojos

lee sus gustos mi anhelo,
y ni la deja expresarlos
el constante deletreo.
Dice que quiere ser monja
una vez, y veinte, y ciento...
¿Podré yo vivir sin ella?
¿Vive sin el alma el cuerpo?
¿Podrá ella vivir sin mí?
No: coloquémosla léjos
de la esfera en que ha nacido,
donde halla el bien sin saberlo...
Pronto volverá á mis brazos,
que hoy está adormida en ellos,
y con gozar la ventura
no sabe marcar su precio.
Y entró en el convento... Un año
ha pasado en el convento,
un año en que yo he vivido
más que en todos los que tengo.
Termina el plazo; conforme
es costumbre, me la llevo
conmigo á hacer experiencia
de la vocacion que temo,
y, seductor de mi hija,
en carroza la paseo,
dóila una fiesta en mi casa,
galas y joyas la ofrezco...
Miro que llora en mis brazos;
porque no llore la suelto,
y al verse libre... la esclava
se separa de su dueño. *
—Toda reflexion ha sido
inútil: hoy toma el velo...
—Yo la juzgaba por mí,
y quien juzga del ajeno
por el propio corazon,
cuando no es injusto... es necio!

VAZQ. Seguramente... La hija
de don Alonso Coello
pudiera aspirar á más...
Sin que esto sea...

COELLO. Recuerdo

ahora que vos teneis
parte, y no escasa, en mi duelo.
—Vos la amasteis.

VAZQ. Es verdad
que la amé...
(Reprimiéndose: la conversacion no le agrada.)

COELLO. No fué por cierto
mi oposicion lo que dió
orígen al mal suceso
de vuestros amores...—Juana
era muy niña.

VAZQ. En efecto...
Muy niña...

COELLO. Y sin demostrar
repugnancia á un casamiento
tan ventajoso... Creedme...

VAZQ. —¿Cuáles son vuestros proyectos
al veros solo en el mundo... (Recalcando.)
¿Conservareis vuestro puesto
en palacio...

COELLO. Buscará
el Rey mejor consejero.

VAZQ. (Era verdad.) ¿Y quién puede
sostener tan grave peso
sobre sus hombros?

COELLO. Cualquiera.

VAZQ. ¿Cualquiera?

COELLO. Vos, por ejemplo.

VAZQ. Yo?...

COELLO. ¿Por qué no?

VAZQ. Á mí me falta...

COELLO. ¿Qué?

VAZQ. Ambicion...

COELLO. Sois tan modesto!. .

VAQ. (Maldito!) Yo sirvo al Rey
puramente por afecto,
y bástame con la gloria,
con el honor de ser vuestro
secretario...

COELLO. Otros habrá
dignos tambien del empleo...

VAZQ. Otros?... No sé... ¿Mora?—El cargo

exige un hombre discreto
á carta cabal.—Idiaquez?
Si como osado y resuelto
fuera prudente...—Santoyo
es muy buen hombre...

COELLO. Yo pienso
que pudiéramos hallarle
entre vuestros compañeros...

VAZQ. ¿Sí... No caigo...

COELLO. Antonio Perez.

VAZQ. ¡Cómo!

COELLO. No os gusta?

VAZQ. (Con desprecio.) Ese ménos
que ninguno...

COELLO. (Es el que vale
más y el que te da más miedo.)

VAZQ. * Su juventud extremada...

COELLO. Tiene el mejor contrapeso
en su instruccion y en su práctica
de los negocios.

VAZQ. No niego
su valer, pero su vida
licenciosa...

COELLO. Don Mateo
Vazquez no se acuerda yá
de que tambien fué mancebo.
(Dándole en el hombro.)

VAZQ. Perez es adulador
y atrevido: tiene ingenio,
sabe hacerse amable á todos
los que le ven...

COELLO. Eso es cierto.

VAZQ. Y, de igual modo que el sol,
no deja con sus reflejos
ver sus manchas.

COELLO. (Ni su luz
á los que ha dejado ciegos.) *

ESCENA II.

DICHOS y ANTONIO PEREZ, por la izquierda.

PEREZ. Pero, señores, por Dios!
¿Qué haceis aquí?
COELLO. Perez...
VAZQ. (Dando un paso hácia la puerta.) Vamos...
COELLO. Llegais á punto en que estamos
haciendo elogios de vos.
PEREZ. ¿Elogios? (Pasa al lado de Coello.)
COELLO. Sí: ¿no es verdad?... (Á Vazquez.)
PEREZ. (Id.) Vos tambien?... Siempre benigno!...
—Pues me considero indigno,
lo ménos, de la mitad. (Con marcada intencion.)
—¿Por qué tanta preferencia
otorgais al locutorio?
Rato há ya que el refitorio
se duele de vuestra ausencia,
y recordar es razon
que, aunque es grande el que se ha hecho
aquí, el mayor es estrecho
en dia de profesion.
La gavilla cortesana
come doquiera que bulle,
y hoy hay pobrete que engulle
para toda la semana.
VAZQ. (Con desden.) ¿Vinieron mendigos?
PEREZ. No;
mas basta para que sobre
en la fiesta gente pobre,
conque estemos vos y yo.
COELLO. La observacion tiene gracia.
PEREZ. (Modestamente.) Verdad.—Y decirse debe
que alterna la humilde plebe
con la rica aristocracia.
* En torno al Rey y su córte
giran, tras distintos cebos,
los más gallardos mancebos,
las damas de mejor porte.
Acá el capitan valiente,
allá el fraile grave y sano:

junto al poderoso indiano
el mísero pretendiente.
La beata pizpireta,
el inquisidor severo,
el codicioso logrero,
el destrozado poeta...
Todos en revuelta lid
confundiéndose á porfía,
que se mete por un dia
en un convento Madrid. *
Uno elogia la piedad
y la largueza sin tasa
del Rey, que esta santa casa
eleva en celebridad
de un triunfo de los más ciertos;
de Lepanto, alta victoria
que dando á los vivos gloria
da mejor gloria á los muertos.
Del Rey, que hoy (tanto se inclina
á honrar á su secretario),
celebra el aniversario
y la profesa apadrina.
* Otro ensalza de Teresa
de Jesús la fe profunda,
base sobre que se funda
y se levanta la empresa. *
«¿Quién es—pregunta una damn
á un galan que cerca tiene,—
esa enlutada que viene
con el Rey? ¿Cómo se llama?»
Cual el órgano al registro
responde el galan al punto:
—«Es la esposa del difunto
Ruy Gomez, primer ministro
que fué de su majestad.
Retirada á este convento,
el natural sentimiento
esconde en la soledad.»
—«Bondadoso está con ella
el Rey Felipe segundo...»
—«Reina puede ser del mundo
segun es graciosa y bella.»

VAZQ. ¿Reina...

PEREZ. Fué exageracion
de aquel galan charlatan:
así opinaba el galan;
yo no sigo su opinion.
Dama hay que vale más que esa
y que en sí la atencion fija
de todos.

VAZQ. ¿Quién es?

PEREZ. La hija
de Coello: la profesa.
La que en su cuerpo gentil
une por extraño arte
cuanta perfeccion reparte
naturaleza entre mil.

VAZQ. Entusiasta andais. ¿Tambien
la pobre monja os altera
el ánimo?

PEREZ. ¿Quién pudiera
aspirar á tanto bien?

VAZQ. ¿Qué es lo que vais á decir?

PEREZ. Que fuera necio por Dios
hasta en soñar... lo que vos
no pudísteis conseguir.
(Dando mucha energía á esta última parte de la frase.)

VAZQ. Perez!...

COELLO. (Interponiéndose.) Señores...

VAZQ. Mirad
lo que decis...

COELLO. Vamos! Vamos!...
(Á Perez, que se ha apartado riéndose)
—(Qué es esto?...

PEREZ. Que nos odiamos
con suma cordialidad.)

ESCENA III.

DICHOS, el REY, un ARQUITECTO y un PINTOR, que salen por la izquierda. Al verlos los demas personajes que habia en la escena se retiran á un lado.

REY. Ántes la iglesia: en seguida

me mostrareis lo demas.

PEREZ. El Rey.

COELLO. Silencio.

REY. ¿Aquí estabais,
Alonso?—No interrumpais
(Al Pintor y al Arquitecto.)
vuestra marcha y esperadme
en el jardin; yo iré allá
muy pronto.—Vazquez y Perez,
los podeis acompañar
si quereis.
(Estos saludan y se van con aquellos por la derecha.)

ESCENA IV.

EL REY y COELLO.

REY. Tengo que hablaros.

COELLO. Anhelante espero ya
que se me diga en qué puedo
servir á su majestad.

REY. Oir quiero vuestra opinion
sobre este asunto.—Don Juan
de Austria, mi bastardo hermano,
que hoy deberia habitar
una celda; á quien lanzó
al mundo su genio audaz
y su osadía... (Corrigiéndose.)—Y su mérito
incontrovertible,—va
ensanchando el férreo círculo
de mis órdenes, quizás
con mengua de España y mengua
de la régia autoridad.

COELLO. ¿Es posible!...

REY. Hoy he sabido,
que en vez de desmantelar
á Túnez—cual le ordené
terminantemente—está
fortificando, artillando
la villa... la capital
del reino que ha visto en sueños...
—Yo sé que á su lado hay

quien alimenta ambiciones
de que le juzgo incapaz,
pero que le halagan harto
y que conviene atajar
en sus raices, negándoles
toda importancia. Su actual
secretario Juan de Soto
no le conviene: será
necesario relevarle
y poner en su lugar
un hombre en quien descansemos
con toda seguridad.
—Sabeis de alguno?

COELLO. Señor,
de uno sé.

REY. ¿Fiel?

COELLO. Como un can.

REY. ¿Leal?

COELLO. Tanto como yo.

REY. No puede ser más leal.

COELLO. Por eso lo he dicho. (Con sencillez.)

REY. ¿Es listo?

COELLO. Medianamente.

REY. ¿No más?
Sobra para obedecer:
yo basto para mandar.

COELLO. Lo mismo que Antonio Perez:
fué paje de vuestro gran
ministro el difunto príncipe
de Éboli, y desde su edad
primera huérfano, halló
su hogar en mi propio hogar.

REY. ¿Su nombre?

COELLO. Juan de Escobedo.

REY. Juan de Escobedo... Si mal
no recuerdo, es el alcaide
del Mogro.

COELLO. Sí...

REY. Y estará
en Santander.

COELLO. Se le avisa
al punto...

REY. Hoy debe marchar
á servir su empleo el nuevo
secretario de don Juan. (Con energia.)

COELLO. Hoy queda el Rey sin el suyo. (Con dignidad.)

REY. Seguís en esa tenaz
idea?

COELLO. Yo lo fuí siempre
mientras vuestra majestad
digno sucesor hallaba
á Ruy Gomez: nada más.
La desgracia que hoy me aflige
me afirma en mi primordial
intencion.

REY. Eso merece
un castigo y lo tendrá.

COELLO. Señor!...

REY. Designarme hoy mismo
quien pueda desempeñar
los dos empleos vacantes.

COELLO. Eso es imposible...

REY. Ah!... (Recordando.)
—Juan de Soto es desde hoy
el proveedor general
de la armada de mi hermano.

COELLO. ¿Un premio á una deslealtad!...

REY. Deje hoy con gusto su puesto
y mañana... Dios dirá.

ESCENA V.

DICHOS, JUANA y la PRINCESA. Aquella sale ántes y figura decir las primeras palabras á la segunda y á otras personas que se suponen dentro. Juana viste de novicia. La Princesa un rico traje de terciopelo negro.

JUANA. No: quiero hacer la corona
con las flores del rosal
que yo planté en nuestro huerto
por mi mano, un año há,
cuando me dieron el hábito.

PRINC. (Saliendo.) Vamos... (Allí podré hallar
á Perez...)

JUANA. ¿Venis conmigo,
señora?... ¡Cuánta bondad!...
—El Rey!... (Avanzando y deteniéndose confusa.)

COELLO. Juana...
(Yendo á ella con cariño: separándose y volviéndole la espalda despues.)

REY. (La Princesa...)

PRINC. ¿Señor... (Saludando al Rey.)

REY. (Siempre con la mirada fija en ella.)
(Dijera que está
más bella que ántes: jurára
que ya no ha de estarlo más.)

JUANA. ¿Por qué me volveis el rostro,
padre?

PRINC. ¿Os ha hecho algun mal
vuestra hija, Alonso?

COELLO. Mi hija?
¿Tengo yo acaso hija ya?
(La Princesa habla aparte con el Rey.)

JUANA. ¿Me negareis ese nombre?

COELLO. ¿Pues no te lo he de negar?
¡Pues si digo yo que eres
mi hija tú, ¿quién lo creerá!
—¡Nadie!

JUANA. Pero... ¿estais llorando?...

COELLO. Llorando?... Quién?... Yo llorar?...
Yo! . —¿Lloras tú?... Tú sonries...
¿Quieres que llore yo?... Bah!...
Veo que eres muy dichosa,
que no puedes ocultar
tu dicha... y lloro... ¡Si hay lágrimas
hasta de felicidad!...
—Tú te quedas... Yo me voy...
—¡Y léjos!

PRINC. (Oyendo sus últimas palabras y volviéndose á Coello.)
¿Me acompañais
á Italia?...

COELLO. Es cerca...—Mi hija
quiere verme aún más allá. (Sombrío.)

REY. ¿Ese viaje es cierto?...
(Con emocion: á la Princesa.)

PRINC. Sí.
REY. (¿No ha de serlo, si es mi mal!)
—Y cuándo?...
PRINC. Pronto.
REY. (Parece
que me gozo en irritar
la llaga.)—Venid, Alonso,
que esperándonos están
y... (Ni una mirada sola!...)
COELLO. (Sin separar los ojos de su hija hasta que desaparece con el Rey por la derecha.)
(No... no la quiero mirar.)

ESCENA VI.

JUANA y la PRINCESA.

JUANA. Ay de mí!...
(Arrojándose sollozando en los brazos de la Princesa.)
PRINC. Pero... hija mia!...
JUANA. (Separándose y reponiéndose.)
Perdon, señora.
PRINC. ¿Qué es esto?
¿Por qué se cambia tan presto
en llanto vuestra alegría?
—Sed fuerte.
JUANA. ¿Pues quién más fuerte
que yo? Ni un roble, ni un muro!
—Mi padre se va seguro
de que yo quiero su muerte...
¡y aún vivo!...—Y... ved, aunque sea
mi intencion muy otra, siento
no sé si un remordimiento
por mi generosa idea.
Vos pareceís buena: vos
lo sois, que el rostro no engaña...
—Dejad que mi historia extraña
os cuente, y luégo... ¡por Dios,
por la Vírgen, por el bien
que en hacer bien os ofrezco,
confesadme si merezco

indignacion ó desden.

PRINC. Ya os escucho.

JUANA. Abrí á la vida
los ojos en noble cuna,
dorada por la fortuna
y por el amor mecida,
que juntar su poderío
decretaron una vez...
Deslizóse mi niñez
como las ondas del rio
cuando, tranquilo arroyuelo,
por el cáuce se dilata
y en sus cristales retrata
el límpido azul del cielo.
—Al abrigo bienhechor
del santo hogar, adquiria
fuerza el cuerpo y lozanía
y el espíritu vigor;
y fué de mi juventud
en el florido sendero
el estudio un compañero,
una amiga la virtud.
El dulce filial cariño,
el puro afecto de hermano
hácia el infeliz que en vano
llamó á sus padres de niño,
y que, mis satisfacciones
compartiendo en esa edad,
hasta olvidó su orfandad...
—estas fueron las pasiones
que, sin perturbar mi calma,
me llenaron de delicias,
y que, luchando á caricias,
se agitaban en mi alma!...
—Tanto bien en frágil tierra
deleznable, no podia
echar raices.—Un dia
partió Escobedo á la guerra,
y mi madre el desconsuelo
sembró en el dichoso hogar.
(Mucha sencillez.)
—Sí... Dios la mandó dejar

un cielo por otro cielo.
Dios quiso hacerme saber,
(y ya era tiempo, señora,)
que aquí abajo no se llora
solamente de placer.
Yo ni sospechaba que esa
desgracia puede ocurrir...
Y la sentia venir...
Y me cogió de sorpresa!
—Lentamente... lentamente
pasó la noche sombría
en silenciosa agonía,
en llanto mudo y latente...
Á los reflejos postreros
de una lámpara cercana
al lecho, de la mañana
mezclarónse los primeros
albores, en desigual
combate con la tiniebla,
filtrándose por la niebla
del empañado cristal,
y arrancando su fulgor,
repartido por la estancia
á la pena su jactancia
y su máscara al horror.
—Despues, tiernas oraciones
y sollozos comprimidos...
Despues, los ojos heridos
por la luz de mil hachones...
Despues el Señor, en cuyo
regazo los buenos mueren...
—¡Y extraños que robar quieren
al alma un dolor que es suyo!!...
—¡Qué dulce felicidad
en la apagada pupila
de la enferma! Qué tranquila,
qué solemne majestad
en su rostro moribundo!...
Aquello, para ella, era
la mejor y la postrera
fiesta de este pobre mundo!
—Me vió... Me llamó... Fuí al lecho

en mí misma tropezando,
y me dijo, golpeando
su corazon en mi pecho:
—«Mira bien con qué paz cierra
»los ojos para morir,
»la que ha sabido cumplir
»sus deberes en la tierra.
»Y sé buena, aunque el deber
»te muestre adusta la cara...
»siquiera... hija mia... para...
(Con voz entrecortada por los sollozos.)
»que nos volvamos á ver!»
—Calló... Me miró indecisa
y se estremeció... La muerte
la besó en la boca inerte
sin apagar su sonrisa...
y el sol brillante inundó
con tintas de oro y de rosa
los ámbitos...—¡Y qué hermosa
la muerte me pareció!
En mis ojos estampado
aquel cuadro, aun bulle inquieto.
—Sola, mi padre sujeto
por los negocios de Estado,
ni el mundo se me brindaba
ni su pompa me atraia...
ni al alma satisfacia
la existencia que llevaba.
—«¿Dónde hallar vida que cuadre
»á mi afan? ¿De qué manera
»vivir bien, y cuando muera
»volver á ver á mi madre?»
mil veces me pregunté.
—Llegó entónces á la córte
Teresa de Jesús, norte,
imán de mi ardiente fé.
Á su santo ejemplo creo
deber lo poco que valgo;
imitar su vida en algo,
fué mi más firme deseo.
En esta solicitud,
sin el menor sacrificio,

como á otras seduce el vicio,
me sedujo la virtud;
y la severa humildad
fué de mi orgullo las alas,
y la pobreza mis galas,
y mi amor la caridad.
¿No es puro y digno mi intento?
¿Hay otro que mejor sea?
Pues hoy cuanto me rodea
combate mi pensamiento.
Y al pedirles su sosten,
me dicen con fuerza igual,
todo el mundo que hago mal,
mi corazon que hago bien...
Y perdida la razon...
en desaliento profundo...
yo dudo de todo el mundo
¡y creo en mi corazon!
—Vos...

PRINC. Me extraña que á esa idea
un alma juvenil vibre...
Verse hermosa... rica... libre
y...—No lo comprendo, ea!
Yo al principio me hallé aquí
perfectamente... Esta vida
ordenada y recogida,
era, Juana, para mí
un placer tan nuevo!—Pronto
se puso rancio y añejo,
y, como todo lo viejo,
me pareció triste... y tonto...
—* Perdonad.

JUANA. ¿Por qué?

PRINC. Hoy por hoy
soy libre, jóven y rica,
y sostiene quien se aplica
á mirarme, que no soy
muy fea...—Yo no me fundo
nunca en la opinion vulgar...
tampoco quiero llevar
la contraria á todo el mundo.
(Con coqueteria.)

JUANA. Y en eso haceis bien; sois bella.
PRINC. Aduladora!—¡Perder
la libertad...—Hay que ver
que el Señor nos cria en ella..
—¿Y ha de durar el dolor
eternamente? Confieso
que yo por mi parte...—Eso
es ofender al Señor!
Ahora debo rescatar
lo perdido... Y no devengo
poco!... Amiga mia, ¡tengo
unas ganas de escapar
de la prision que me encierra!...
El plan es de los más grandes
y vastos...—Primero á Flandes,
(Con aturdimiento.)
luégo á Italia y á Inglaterra
y...—Os aseguro que envidio
á los pájaros... ¡Daría
yo por volar...—Ay! podría
adelantarme al fastidio.
(Con sincera amargura que hace estremecer á Juana, la cual se aproxima más á la Princesa y la cog) cariñosamente las manos.)
JUANA. (Pobre mujer!...—Yá impaciente
estoy...)
ESCOB. (Dentro.) ¿Por aquí? Bien... Juana! (Entrando.)

ESCENA VII.

DICHOS y ESCOBEDO, por la derecha.

JUANA. Su voz... ¡Juan amigo! [illegible]
ESCOB. (Que se ha quedado junto á la puerta al oir á Juana, y se arroja en sus brazos al oir su exclamacion.)
Hermana!
JUANA. (Con júbilo.)
Al fin!... ¡Ah! Si este no miente!
(Por el corazon.)
PRINC. (Escobedo...)
ESCOB. Pues ¿quizás

ponerlo en duda has podido
un momento?

JUANA. ¿Has recibido
mi carta?

ESCOB. (Mirándola embelesado.) ¡Qué hermosa estás!...

JUANA. Pero... has recibido?...

ESCOB. (Maquinalmente.) Sí.

JUANA. ¿Qué has recibido?... (Sonriendo.)

ESCOB. ¿La carta
que... Mírala! No se aparta
un solo instante de mí.
(Sacándola del pecho y mostrándosela; luégo vuelve á guardarla.)

JUANA. En el pecho?...

ESCOB. Vanagloria
de un corazon satisfecho:
el papel siempre en el pecho
y la letra en la memoria.
«Queriendo todo se allana:
»de mi conducta lo infiere.
»Ven pronto á Madrid, que quiere (Recitado.)
»tenerte á su lado Juana.»
—¿Qué es esto? ¿Qué te propones
hacer?... Destroza ó serena
un alma que viene llena
de esperanzas é ilusiones.
Habla y desvanece todas
las dudas del alma mia!...

JUANA. Te llamé porque queria
que presenciases mis bodas.

ESCOB. ¿Tus bodas!... Te casas?...

JUANA. Hoy.

ESCOB. Hoy... Tú!...—Si es burla!
(Viendo que Juana se rie.)

JUANA. Y muy luégo.

ESCOB. Yo estoy loco!...

PRINC. (Adelantándose.) Loco... y ciego.

ESCOB. (Cortado.) Señora Princesa... estoy
ciego... es cierto... y mi mayor
pena por ello es sin duda
no haber visto á la viuda
de mi noble protector.

—Perdonadme, sed humana
si tal distraccion merece...

PRINC. (Retirándose por la derecha despues de saludar á Juana con una sonrisa y de mirar con altanería á Escobedo.)
(El huerfanito parece
que quiere mucho á su hermana.)

ESCENA VIII.

JUANA y ESCOBEDO.

ESCOB. (Con vehemencia.)
Oh!... Júrame por piedad
que es verdad...

JUANA. Ya que no cedes...

ESCOB. No... no jures si no puedes
jurarme que no es verdad!
—Cuando partí á Santander,
«no amo á nadie», te oí decir...
—Qué bien sabes tú mentir...
¡y qué bien sé yo creer! (Con rabia y dolor.)

JUANA. Lo tomas con un afan!...
—Yo pensé...

ESCOB. ¿Y has desistido
al fin...

JUANA. Como eso ha podido
el mérito del galan.

ESCOB. ¿Y ese amor...

JUANA. Aunque era en mí
antiguo...

ESCOB. (¡Qué es lo que escucho?...)

JUANA. Ha crecido mucho, mucho,
desde que me encuentro aquí.

ESCOB. (Si al lado de la osadía
pequeña la infamia creo!)
¿Aquí le has visto?

JUANA. Y le veo
más de mil veces al dia.
(Baja Escobedo la cabeza y permanece pensativo.)

ESCOB. (Saliendo de su abatimiento: con ironía.)
—Será rico.

JUANA. Ah! yo lo fio:
como nadie!
ESCOB. De ese modo...
JUANA. Suyo es cuanto ves y en todo
tiene mando y poderío.
ESCOB. Pero...
JUANA. Gallardo? Me ciega
con su hermosura y me abrasa,
porque de lo humano pasa
y hasta lo divino llega.
ESCOB. Y el corazon acrisola
tantas perfecciones? Dí:
¿te quiere lo mismo...
JUANA. Sí,
me quiere... aunque no á mí sola.
ESCOB. ¿Y ese es el que estaba lleno
de altas prendas?—Pues ya ves
que no es bueno!
JUANA. Calla... que es
infinitamente bueno.
ESCOB. Es infiel!
JUANA. No hables así
sin saber á qué te atreves,
por lo mucho que le debes...
que no ha hecho poco por tí.
ESCOB. Por mí?...
JUANA. Y por mí: por los dos.
ESCOB. ¿Le conozco...
JUANA. Y le estás viendo
ahora y siempre...
ESCOB. No te entiendo!...
JUANA. ¿No está en todas partes Dios?
ESCOB. Ah!...
JUANA. Tonto!...
ESCOB. (De igual á igual
lucharia yo, que es mucha
mi pasion... pero ¿quién lucha
con semejante rival?...)
—Y hoy profesas!...
JUANA. Me da miedo
tu tono... ¿Sientes tambien
que cumpla?...

ESCOB. No... Si haces bien...
(Tan solo á Dios se la cedo!...)
JUANA. Hablas con tal gravedad...
ESCOB. (Y otros de pena se mueren!...)
JUANA. Hoy... todos los que me quieren
sienten mi felicidad...
ESCOB. Eso no es posible, no...
pues, á serlo... ¡hermana mia!...
—ninguno la sentiría
con la vehemencia que yo!
JUANA. ¿Porque yo me encierre aquí
no hemos de vernos ya más?...
ESCOB. Tú á mí... alguna vez... quizás...
—Yo te veré siempre á tí!
(Se oye un toque de campana)
JUANA. Tengo que irme...—¿Te acomodas
á aguardar mientras...
ESCOB. Prefiero
volver despues.
JUANA. Conque... espero...
ESCOB. Vendré á presenciar tus bodas.
(Juana se va por la izquierda.)

ESCENA IX.

ESCOBEDO, un momento despues PEREZ, por la derecha.

ESCOB. * Dios que la hizo, al verme en pos
de ella, envidia me tenía
y me la robó...—Yo haría
lo mismo si fuera Dios! *
—¿Por qué nunca mi querella
amante la confesé?...
Ella es feliz... Pues ¿por qué
no lo soy yo... que soy ella!...
PEREZ. (Saliendo y sin ver á Escobedo, que permanece pensativo.)
—Su administrador... Qué es esto?...
¿Al afecto corresponde
que apenas la he demostrado?...
ESCOB. (Salgamos de aquí: recóbrese
mi pecho en el aire libre.
Aquí me falta...)

(Avanzando y tropezando con Perez.)
Perdone
el hidalgo.

PEREZ. Juan!... (Reconociéndole.)

ESCOB. Antonio!... (Id.)

PEREZ. Permíteme que me asombre
ántes de abrazarte.

ESCOB. Haz
lo que quieras. (Se abrazan.)

PEREZ. ¡Tú en la córte!...
—Á qué has venido?...

ESCOB. Á morir.

PEREZ. Apuesto á que son amores
la causa de tu tristeza.
Cuando te marchaste...

ESCOB. (Interrumpiéndole y buscando despues palabras para distraerle.)
Oye.

PEREZ. Dí.

ESCOB. Mira... Antonio... ¿En qué estado
se encuentran tus pretensiones?

PEREZ. Cuáles?... (Alarmado.)

ESCOB. ¡Qué pregunta!... Desde
que en la casa de Ruy Gomez
de Silva servimos juntos...

PEREZ. Acaba... (¿Á que este bodoque
ha sorprendido...)

ESCOB. Tu ánimo
tuvo por único norte
la ambicion: siempre has mirado
al sitio más alto.

PEREZ. Porque
cuando me miro á mí mismo...

ESCOB. * Quién sabe? Tú eres un hombre
de ingenio; has viajado mucho...
hablas más de diez ó doce
idiomas y...

PEREZ. Dices bien
tengo derecho á ser pobre.

ESCOB. Eh!... quita de ahí!—Tu cargo
actual...

PEREZ. Chist!... No me abochornes...

No me recuerdes que cedo
el sueldo á mis acreedores.

ESCOB. Segun eso, tienes deudas.

PEREZ. Antiguas!... (Con tristeza.)

ESCOB. Quizás se torne
tu fortuna en un momento. *

PEREZ. Hasta que no se enamore
de mí alguna doncellica
corcovadica y con dote...

ESCOB. Calla!...

PEREZ. La secretaría
del rey va á vacar.

ESCOB. Entónces.
puede ser...

PEREZ. Hay sólo un hueso
y lo esperan muchos gozques.
—La de Éboli quiere ahora
llevarme consigo... á Lóndres...
(Afectando indiferencia.)
y á Flandes... y qué sé yo...
—De administrador.

ESCOB. Pues cógele
la palabra.

PEREZ. Es que marcharme
es renunciar *velis nolis*
al mejor bocado.

ESCOB. Quédate.

PEREZ. Y si Vazquez me le coge?...
Entónces sí que me quedo...
per istam sanctam uncionem.
(Haciéndose cruces en la boca.)
—Mi sino es el matrimonio...
Pero, ya ves, si las jóvenes
con dinero se hacen monjas.
—Doña Juana...—Vaya un dote!
Quién lo cogiera, eh?...
(Echando el brazo por encima del hombro de Escobedo y mirándole con malicia: aquel procura disimular el mal efecto que le hace la broma con una sonrisa forzada.)

ESCOB. Sí!... (Calma.)

PEREZ. Veo que estamos conformes.

ESCENA X.

DICHOS, el REY y COELLO, que entran por la derecha.

REY. Bien: pues presentadme hoy mismo
á Escobedo.

COELLO. Conjurémosle.

ESCOB. El Rey.—Señor...
(Inclinándose profundamente al paso del Rey.)

REY. (Fijándose en él.) (Esa cara...
¡No es éste?... (Á Coello.)

COELLO. (Sorprendido.) ¡Sí, señor, éste...

REY. Si la Inquisicion lo sabe... (Sonriendo.)

COELLO. Me tuesta.

REY. (El Rey te protege.)
(Á Escobedo) Mancebo, hemos recordado
vuestras prendas, y debiéndose
proveer un cargo en Túnez...

ESCOB. (Salir yo de aquí!...)

REY. (Á Coello.) Imponedle
en todo.)

COELLO. Vamos...
(Llevándose y abrazando á Escobedo: entran por la izquierda.)

ESCOB. (No... Aquí
vive ella al ménos... y siempre
podré respirar un átomo
de su vida, en el ambiente...)

ESCENA XI.

EL REY y PEREZ.

REY. (Se va y el alma me dice
que es pronto.)

PEREZ. (Si yo pudiese
calcular lo que me aprecia
el Rey, por lo que le duele
mi ida de Madrid...—Hagamos
una prueba.) (Adelantándose.) Señor...

REY. (*Volviéndose.*) Perez...
PEREZ. Se me ha ofrecido un empleo
ventajoso; ¿me consiente
vuestra majestad...
REY. Tomadle
en buen hora si os conviene.
PEREZ. (Malo!...) Es que... mañana debo...
—en caso de que lo acepte...
dejar la córte... y quisiera...
los negocios... (*Confuso.*)
REY. Y ¿qué es ese
empleo? (*Con indiferencia.*)
PEREZ. Administrador
de la Princesa de Éboli.
REY. De la Princesa... (*Prestando atencion.*)
PEREZ. Mañana
parte de Madrid y quiere...
REY. Mañana habeis dicho?...
PEREZ. Sí...
REY. No he entendido mal?
PEREZ. (Lo siente?...)
REY. ¿Vos vais con ella?...
PEREZ. Me lo ha
suplicado tantas veces...
REY. Ella!...
PEREZ. Ella misma...
REY. ¡Oh!...
PEREZ. (Qué es esto ?...
REY. (¿No he de saber contenerme
ya?)—Basta.
PEREZ. Señor... Si acaso
os disgusta...
REY. (*Agarrándose á la idea que le da Perez.*)
¡Pues quién cree
que puede ser á su Rey
gustoso ver que prefieren
otro cargo al que él ha dado?
PEREZ. Señor... Yo!...
REY. Salid.—(Aleves!...
Oh!...) (*Volviéndole la espalda.*)
PEREZ. (*Al retirarse.*) (Por qué cerrar los ojos?
El Rey ama á la de Éboli...)

(Despues de un momento de duda, avanzando resueltamente como quien tiene tomada su resolucíon.)
Señor...

REY. (Con enfado.) Aún no os habeis ido?

PEREZ. Señor, el vasallo tiene
que someter á su Rey
una cuestion.

REY. Sed muy breve.

PEREZ. Lo seré.—Si un leal vasallo
nota que su Rey padece...

REY. ¿Eh?...

PEREZ. Que no es feliz... que ama
á una mujer que ni tiene
sospechas de su fortuna...

REY. ¡Qué decís?...
(Asombrado de la audacia de Perez.)

PEREZ. Digo...

REY. ¿Y qué quiere
decir...

PEREZ. Pregunto... qué haría
vuestra majestad si, viéndole
en caso igual un vasallo
como aquel, se propusiere
servirle...

REY. En primer lugar,
decid vos: ¿juzgais prudente
atrevimiento...

PEREZ. Yo juzgo
que á todo puede atreverse
un vasallo por servir
á su Rey.—Mi juicio es éste.
(Con respeto al principio y con entereza al fin)

REY. Pues yo... á ser el Rey que vos
forjásteis en vuestra mente...
si el vasallo consiguiera
que la dama no partiese
perdonaría al vasallo
atrevido.

PEREZ. Y si la suerte
desbaratára sus planes...

REY. Entónces... entónces, Perez...
el necio se quedaría

en España... para siempre!...
(Con intencion, dirigiéndole una mirada severa y entrando por la izquierda.)

ESCENA XII.

PEREZ, en seguida la PRINCESA, por la derecha. Trae una rosa en la mano.

PEREZ Bien comprendo la amenaza.—
No me asusta.—Me enardece
para luchar!—La Princesa!...
—Ha sido bastante fuerte
mi deseo para haceros
venir!

PRINC. (Al notar la agitacion de Perez.)
Pero... ¿qué os sucede?...

PEREZ. Me va en hablaros la vida,
señora!

PRINC. (Tranquilizada y contenta.) (Vamos!... Parece
que al fin...)

PEREZ. Me consentireis,
por lo tanto, que no emplee
circunloquios.

PRINC. Bien...
(Volviendo á mirarle con desconfianza.)

PEREZ. Mañana
os marchais: ántes conviene
que sepais que os ama un hombre.

PRINC. ¿Qué decis!...

PEREZ. Ese hombre siente...

PRINC. ¿Qué siente?

PEREZ. ¿Os sorprende?...

PRINC. (El mozo
se aviva.)—No me sorprende,
pero...

PEREZ. (Necio de mí! Yo
lo acerté y creo inocente
que ella no había...—Bah! buenas
son para esto las mujeres!...)

PRINC. ¿Si ese hombre me ama, ¿por qué
no me sigue?

PEREZ. ¡Él! (Pues no tiene
poco orgullo!) Una pasion
como esa, aceptarse debe
sin reparar...

PRINC. (Soltando la carcajada.)
Já, já, já!
(La modestía no es su fuerte.)

PEREZ. (Apurado.)
(Se rie...) Ese hombre, señora,
necesita...

PRINC. ¿Y quién es ese
hombre? Vaya, os aseguro
que rabio por conocerle.
—Su nombre...

PEREZ. No, por ahora
permitidme que reserve...
—Dadme la seguridad
de que el viaje... se suspende
al ménos...

PRINC. Cuando yo sepa
quién es.

PEREZ. (Forzoso es que esperes
si buscas que te regalen
el oido.)—Hasta que cuente
con que no se le desdeña...

PRINC. Y ¿es posible que lo piense
siquiera? (Con ironía.)

PEREZ. (Se está burlando?...)

PRINC. Si cuando de nuevo entre
aquí, traigo sobre el pecho
prendida esta rosa, puede
descubrirse.

PEREZ. ¿Sí?

PRINC. (Y entónces
te pondré como mereces.)

PEREZ. Gracias, señora! (Besándole la mano.) (Por fin
al suelo el castillo viene.
—Mucho puede un Rey!)

PRINC. (Contemplando á Perez con cruel satisfaccion.)
(Es mio!...)

PEREZ. Señora... si quereis...
(Brindándose á acompañarla.)

PRINC. Quédese
el buen Antonio.

PEREZ. Obedezco.

PRINC. (Al retirarse por la izquierda.)
(Y su altivez me divierte...)

ESCENA XIII.

PEREZ.

Y yo empezaba á sentir
cariño hácia esa mujer...
Pero..: habiendo de escoger
entre ella y mi porvenir..
*—¿Qué hará el Rey? Mi sacrificio,
para él debe ser, está
claro, un misterio...—Y ¿valdrá
la paga lo que el servicio?
Pardiez! Chistoso sería
que la ambicion que me inflama
me dejase sin la dama
y sin la secretaría.
—No... si esto ya es un exceso
de...—Y ser favorito por...
por tan indigno favor...
¡Cuántos lo han sido por eso
y por hazañas peores!
—No me falta á mí decoro,
ni... ¡Lo que me falta es oro,
y amigos y protectores!
Entre tanto, sobrehumanos
esfuerzos y genio mueren
en mí, y son armas que hieren
al que las lleva en las manos! *

ESCENA XIV.

PEREZ y COELLO, que sale por la izquierda con Escobedo, el cual se retira inmediatamente por el lado opuesto.

ESCOB. Si yo no tengo valor!
¡Si tengo helada en las venas

la sangre!

COELLO. ¿Te vas?... (Con voz débil.)

ESCOB. ¡Sí!

(Saliendo.)

COELLO. Apenas
puedo andar...—Perez!

PEREZ. Señor
don Alonso.

COELLO. Dadme... os ruego...

PEREZ. ¿Qué?...

COELLO. Apoyo.
(Cogiéndose del brazo, que Perez le ofrece con solicitud.)

PEREZ. Me honrais á fe.
(¿Quién sabe si yo tendré
que pedírtele á tí luégo?)
—¿Qué os pasa?

COELLO. Va á comenzar
la ceremonia...

PEREZ. (Con exagerado interés.) ¡Decís
que va...

COELLO. ¿Pues tambien sentís
vos?...

PEREZ. Yo no puedo mirar
con ánimo indiferente
tan duro, tan inhumano
dolor, hiriendo á un anciano
tan digno... (Y tan influyente.)

COELLO. ¡Gracias!...
(Con efusion y apretándole las manos.)

PEREZ. Yo sufro á mi vez...

COELLO. Mi sueño era ver á Juana
casada... (Confidencialmente.)

PEREZ. Sí, hallar mañana
juventud en la vejez.

COELLO. Tranquilidad.

PEREZ. Y el consuelo
mayor que la vida encierra:
morir... rodeado en la tierra
de los ángeles del cielo.

COELLO. Nietos!—Oh! callad, callad...

PEREZ. Y, excepto Vazquez, ninguna

persona á la alta fortuna
aspiró de...

COELLO. ¿No es verdad
que es extraño?

PEREZ. No que no!

COELLO. En cuna y riqueza ¿quién
compite con mi hija?

PEREZ. (Bien
mirado lo tengo yo.)

COELLO. Pues si de la monarquía
hoy alcanzo en el gobierno,
influjo y poder, mi yerno,
naturalmente, sería...

PEREZ. (Qué idea!)

COELLO. Estais silencioso,
grave...

PEREZ. Vuestro afan provoca
á .. (Si es imposible... y loca!...
—¡Si hasta eso tiene de hermoso!)
—Ay!...
(Suspirando y llevándose una mano á la frente con expresion de angustia.)

COELLO. Perez... ¿qué desvarío
es este?

PEREZ. Perdon... Yo os dejo.
Vuestro llanto es un espejo
en que se refleja el mio,
y unirlos, pienso, señor,
que es remedio inoportuno:
de dos rios se hace uno...
pero se hace uno mayor.
—Adios.

COELLO. Oid .. No me explico...

PEREZ. Me voy: temo no ser firme
para...

COELLO. (Cogiéndole del brazo.)
No os vais sin decirme...

PEREZ. Oh! nunca!... (Como aterrado.)

COELLO. Yo os lo suplico...

PEREZ. No!...

COELLO. Y si es fuerza que os lo exija,
por mi autoridad reclamo...

PEREZ. (Seré obediente.)—Yo amo
con pasion á vuestra hija.
(Estrechándole las manos, en tono á la vez humilde y exaltado.)
COELLO. ¡Vos?...
PEREZ. Ya os he dicho que sí.
COELLO. ¿Estoy despierto ó soñando?...
(En la mayor inquietud.)
¿Que vos la amais?...—¿Desde cuándo?
PEREZ. Desde... desde que la ví.
COELLO. ¿Si?...
PEREZ. ¿Quién, viéndola, dejó
amarla para despues?
COELLO. Ántes la elogiásteis...
PEREZ. Pues!...
(Ya no me acordaba yo.)
COELLO. Mas, ¿qué es lo que os ha obligado
á callar...
PEREZ. Que la malicia
no atribuyese á codicia
ó ambicion mi afecto honrado.
COELLO. (Con calor.) Pues ¿quién á tales creencias
puede...
PEREZ. Como sabe el mundo
que lo cierto está profundo...
(Llevándose las manos al pecho.)
se atiene á las apariencias.
COELLO. Nadie debe sospechar
que en vos tal bajeza cabe.
Teneis ingenio y... (Perez sonrie.) ¿Quién sabe
á dónde podeis llegar?
¿No os estima el soberano?
¿Y yo...—Vos fuérais esposo
de mi Juana... (Muy abatido.)
PEREZ. (Con alegría.) (Ah!)
COELLO. Y yo dichoso
á recordar más temprano.
PEREZ. No, no!
COELLO. Yo diera al través
con el vulgo vocinglero.
PEREZ. (Con mucha expresion.)
Ah!... Si aún fuera tiempo!...

COELLO. Pero...
¿quién dice que no lo es?
(Despues de una brevísima pausa, alzando repentinamente la cabeza.)
PEREZ. (¿Á que él mismo va á empujarme...)
COELLO. Con probar, ¿se perdería
algo?...
PEREZ. ¡Aquí... y en este dia!
(No tiene el viejo un adarme
de juicio.)—Bien... (Como resignado.)
COELLO. Para Dios
todo es posible!—Ella ignora
vuestro afecto, y hasta ahora,
siempre me ha hablado de vos
haciendo justicia plena
á la instruccion y al talento
que teneis...—Y, hace un momento,
al verme llorar de pena...
¡ha llorado!...—Meditad
lo que la decis y cómo
se lo decis... Mucho aplomo!
Muchísima habilidad!...
Y dadme un abrazo, dos,
tres... ¡mil!...—Mi hija casada!...
(Volviendo desde la puerta, en voz baja y retirándose por la izquierda.)
Y creedme... Antonio... no hay nada
imposible para Dios.

ESCENA XV.

PEREZ solo un momento, despues COELLO, que vuelve á salir por donde entró, trayendo de la mano á JUANA prendida ya para la profesion, corona de rosas, velo, etc.

PEREZ. Antonio... estarás tan loco
tú como el mísero viejo?...
—Yo... ni le empujo ni dejo
de resbalarme tampoco.
—Oh! Á dar cima á tal empresa!...
Noble... rico... y el futuro
ministro... Y el Rey seguro

de que no amo á la Princesa...
—Si con mi intencion no salgo...
pero la divina gracia
me ha dado genio y audacia...
¡Empleémoslos en algo!
(Perez se aparta á un lado.)

JUANA. (En la puerta.) Ántes explicadme...
COELLO. Ven
conmigo.
JUANA. Como querais.
COELLO. ¿Tú anhelas mi bien?...
JUANA. ¿Dudais
que yo anhele vuestro bien,
señor!...—Perez...
PEREZ. (Dando un paso hácia ellos.) (Ya prendida...
—Hermosa está, voto á brios!...)
COELLO. De lo que aquí hableis los dos,
Juana... depende mi vida.
JUANA. Pues?...
COELLO. Ya soy muy poco fuerte
para perder esta nueva
ilusion...—Oye, y aprueba
sus palabras... ó mi muerte.
JUANA. Vos mandais con justo título...
—mas ved que la córte está
esperándome, que va
á congregarse el capítulo...
COELLO. Veré al Rey. (Juana va á hablar.) El labio sella.
(Á Perez.) (Aquí os dejo con mi honor.
PEREZ. Podeis confiar, señor,
en mí...
COELLO. Ya lo sé... y en ella.)

ESCENA XVI.

JUANA y PEREZ.

PEREZ. (Voy á hacer una farsa, y en la farsa
el que no miente bien, no es buen farsante!)
—Juana...
JUANA. Debo advertiros...
PEREZ. Seré breve.

—Permitidme, ante todo, lamentarme
de una resolucion que en torno vuestro
lluvia de acerbas lágrimas reparte.
¿Á la córte privais del gran Filipo
de su gala mejor?... Esa... laudable
piedad con las mujeres, con los hombres
es la más infernal de las crueldades.

JUANA. Pero ..

PEREZ. Encerrar tan mágica belleza
para siempre en un claustro!...

JUANA. (Con la clave
de su intencion no atino.)

PEREZ. ¡Tan lozana
juventud!...—Ellas mismas, rebelándose
contra el rigor de la sentencia injusta,
acusan á su juez.—Luce radiante
la ardorosa pupila y cual el rayo
del sol la nieve cándida deshace,
iluminando la severa toca
la presta lujo y seductor donaire.
El cortado cabello, vigoroso
con el rigor de la tijera infame,
crece formando los antiguos rizos
y por la frente alabastrina cae...

JUANA. ¿Y esto era lo que habiais de decirme?
Pues... entónces, ya puedo retirarme.
(Dando un paso.)

PEREZ. (Mujer sin vanidad!...)—No es eso sólo.
—Escuchad.

JUANA. Concluid.

PEREZ. Tambien abate
al ánimo que os mira con cariño
ver que hoy, cuando las puertas entreabre
el mundo para vos, volveis la planta,
apenas colocada en sus umbrales,
y despreciais altiva mil placeres
que acaso á conocer no despreciarais...
—que acaso echeis de ménos cuando sea
para lograrlos y olvidarlos tarde!

JUANA. (Interrumpiéndole.)
Bríndanme estas paredes paz y olvido,
consuelos la oracion; el cuerpo frágil

halla salud en el florido huerto,
el alma en su ambicion fuerza bastante...
—No conozco del mundo los placeres,
pero sé que no pueden ser más grandes.

PEREZ. (Esta razon segura, necesita
un golpe que la turbe.)—Perdonadme...
(Fingiendo aturdimiento y calor.)
Yo quise que me oyérais... Y he mentido...
He tenido la audacia del cobarde...
—Una mujer cual vos, merece entera
la verdad...—La quereis?
(Con precipitacion y sin dejarla hablar.)
—Pues bien, acabe
la ya inútil ficcion: Juana, yo os amo!

JUANA. ¡Vos!...

PEREZ. ¡Como un loco!

JUANA. (Con severa dignidad.) Quien en tal paraje,
quien en tal ocasion así se expresa
¿cómo ha de amar?

PEREZ. (Humilde.) Perdon!

JUANA. (Con entereza.) Salid.

PEREZ. No... ántes
es menester que recordeis... que os hablo
con la autorizacion de vuestro padre.

JUANA. Ah!...

PEREZ. Y que sepais que la ilusion postrera
de que os habló al salir...

JUANA. Es...

PEREZ. Nuestro enlace.
(Juana baja la cabeza con visibles muestras de contrariedad.)

JUANA. (¡Oh!...)

PEREZ. Él sorprendió un amor que condenaba
yo á perpétua prision, en el instante
de ceñirle las últimas cadenas.
—Y quien conoce lo que Juana vale
sabe que nunca merecerla pudo.

JUANA. Perez... (Con voz débil.)

PEREZ. Mas... ¿quién acusa al miserable
náufrago que relucha con la muerte
porque á una tabla, que le dan, se agarre?
—Yo os amo y os lo digo... Juana noble,

olvidad el delito y el ultraje.

JUANA. Yo soy de Cristo esposa: las casadas
no pueden ni oir palabras de otro amante.
El amor á mi esposo y mis deberes
me gritan con violencia que os rechace.
—Ah... y mi esposo me manda que os per-
—Adios. [done.

PEREZ. Adónde vais?...

JUANA. Me voy á darle
el alma que le debo.

PEREZ. Y él, en cambio,
¿qué os promete?

JUANA. Su gloria!

PEREZ. ¡Lamentable
yerro!

JUANA. Qué proferis?... (Indignada.)

PEREZ. ¿Y es esa toda
vuestra ambicion?... Já, já!...
(Riendo con sarcasmo.)

JUANA. ¿Pues cuál más grande?

PEREZ. Habeis sido dichosa aquí los dias
de vuestro noviciado?

JUANA. Como nadie
lo fué en el mundo!

PEREZ. Y esperais...

JUANA. Espero
conseguir que esta dicha se dilate!
(Avanzando hácia la puerta de la izquierda; Perez va tras ella y la dice las siguientes palabras casi al oido y con mucha expresion.)

PEREZ. Y en premio de haber sido tan dichosa
la gloria mereceis.

JUANA. (Volviéndose alarmada.) Eh!...

PEREZ. Haceis iguales
la dicha y la virtud.

JUANA. ¿Yo!...

PEREZ. No me extraña:
hay virtud imposible... y la hay muy fácil.

JUANA. ¿Y esta... (Desconcertada.)

PEREZ. (Con gran energía.) Virtud inútil, que ni fruto
rinde ni ejemplo!...

JUANA. No?...

PEREZ. Virtud que nace
del miedo, y que tan débil se confiesa,
que busca fuertes rejas que la guarden,
juramentos solemnes que la liguen...
Soldado que se mezcla en el combate
no en su entusiasmo y en su ardor seguro,
sino en la vil coraza impenetrable...
¡y qué aspira á la gloria del valiente
que rueda envuelto en generosa sangre!
—¿Podrá venir el crímen á buscaros
en esta soledad? ¿Contra qué graves
peligros luchareis?...—Justicia humana,
si te llamas justicia, dí, ¿qué haces
que niegas premios al ladron virtuoso
que no comete robos en la cárcel?
¿Por qué no das la libertad al vicio
cuando opta la virtud por encerrarse?

JUANA. Perez... vuestras palabras me hacen daño...

PEREZ. Al recobrar la vista, los solares
rayos hacen llorar al pobre ciego.

JUANA. (Con desaliento.)
¿Dónde está la virtud?

PEREZ. Está distante
de aquí.

JUANA. (Ansiosa.) ¿Dónde?

PEREZ. En la lucha: donde el triunfo
es muy difícil... y por eso vale!
—En el hogar de la mujer casada,
en los santos deberes de la madre!
—La mujer ama á un hombre y, la ventura
prestando á un corazon, crea un carácter,
y sostiene una fe que se extinguía,
y alimentada con la suya arde!
Da despues vida, de su propia vida,
á otros seres, y en ellos el esmalte
de su virtud y de su ciencia funde...
Y prosigue de Dios la obra gigante!
Y cuida al padre anciano... (Juana se estremece.)
enfermo... triste...
cierra sus ojos y en su tumba esparce
lágrimas y oraciones.—Dios, señora,
acaso para vos el cielo guarde...

pero ¿qué guarda entónces para aquella
que ha sido buena á costa de ser mártir?

JUANA. (Que ha oido á Perez pendiente de sus palabras; reponiéndose ántes de hablar.)
El cuadro...

PEREZ. ¡Se os oculta su grandeza?...

JUANA. No, Perez! (Con vehemencia.)

PEREZ. Yo concibo que os espante
tenta dificultad.

JUANA. (Con espontaneidad.) No, no, al contrario!...
¡Pues si eso es lo que en él más me complace!
(Perez la mira sonriéndose mientras ella pensativa baja la cabeza: despues dice como defendiéndose con una idea que se le ha ocurrido.)
Á dos pasos de vos... Madrid entero
admira á una mujer...

PEREZ. Cierto: la madre
Teresa de Jesús.

JUANA. (Animándose.) Y ¿quién osára
su virtud combatir?

PEREZ. De fijo nadie!...
(Juana va á hablar: Perez no la deja.)
—pero hay una mujer más grande que ella.

JUANA. ¡Más grande!...

PEREZ. No hallareis quien las compare.

JUANA. Es imposible!—¿Cuál?

PEREZ. Vedla, señora:
la que Dios escogió para su madre.
(Señalando al cuadro de la Dolorosa.)

JUANA. Ah! la Vírgen.

PEREZ. La Vírgen.

JUANA. (Mirando al cuadro.) (Vírgen mia!...
esclareced mi juicio vacilante.)

PEREZ. Madre y esposa fué.—La esposa pura
se vió asaltada de sospecha infame,
y la Madre modelo vió á su Hijo
morir en una cruz.—¿Cuál es más grande?

JUANA. Oh! (Vencida por la fuerza del argumento de Perez.)

PEREZ. Responded! Callais?—Ese silencio
prueba que mis palabras os atraen...

JUANA. Sí...

PEREZ. Y no lo confesais... porque el orgullo

os lo veda.

JUANA. No tal...—Dios mio!...

PEREZ. En balde
invocareis á Dios: Dios es la misma
verdad, y la verdad brota á raudales
de mis labios.

JUANA. (Á sí misma más que á Perez.)
Es cierto?

PEREZ. ¿Que si es cierto?...
—(Sin la verdad, ¿pudiera yo engañarte?)
Confesad vuestro error, pues ahora, Juana,
ser vencido es vencer. (Acercándose.)

JUANA. Apartad.

PEREZ. Dadme
esa mano que sólo se retira
porque teme venir por sí á juntarse
con la que va á buscarla temblorosa...
No me oculteis más tiempo los afanes
desconocidos que os inspira el hombre
que despierta un afecto...

JUANA. Hareis que llame
á quien...

PEREZ. Llamad á la razon...—Dejadla,
que os pudiera decir que sois mi amante.

JUANA. ¡Qué decís? Qué soñais? (Escandalizada.)

PEREZ. ¡Que ya sois mia!

JUANA. Vuestra?... Callad!

PEREZ. Que me mandais que calle
porque mis frases os producen miedo
—Hablad vos... Yo no temo á vuestras frases.
(Pausa.)
Veis, veis cómo callais?

JUANA. (Perdiendo del todo su energía y rompiendo á llorar.)
Pero ¿qué quieres
de esta pobre mujer, demonio ó ángel
que me intimida y me seduce... y corta
el vuelo á mi albedrío?
(En este momento se asoma Coello á la puerta de la izquierda desde donde escucha.)

PEREZ. Que no tardes
en seguirme.

JUANA. ¿Seguiros?... ¡El escándalo
dejando tras de mí!

PEREZ. Si aquí os quedáseis
no fuera ya menor. Al entregaros
por esposa de Cristo en sus altares
ya no le dais el corazon entero.
Si es mio! Si le siento en este instante
latir por mí!

(Doña Juana se retira cubriéndose el corazon con las manos, como si tratára de ahogar sus latidos; Perez la persigue atemorizándola, confundiéndola y concluyendo por anonadarla.)

Y encarcelada, opresa
la que ha abierto los ojos á más grandes
y puros horizontes, ni dichosa
ni buena podrá ser... que aquí no cabe
ser á la vez que desdichada buena:
aquí ser desdichada ¡es ser infame!

JUANA. ¡Piedad!

PEREZ. La ira, el torcedor contínuo
de haber colmado del dolor el cáliz
á un padre anciano á quien matais de pena,
y que acaso os maldiga inexorable
os matáran tambien... Y vuestra muerte,
no será la del justo, dulce, suave...

JUANA. Yo muero! Sí, yo muero!...

PEREZ. En vano entónces
los brazos tendereis para buscarle
y pedirle perdon.

JUANA. (Tendiéndolos.) Padre!...

(Coello, que ha estado luchando consigo mismo, avanzando y retirándose, se presenta al fin delante de su hija.)

PEREZ. (Con rabia.) Coello!

JUANA. Padre!... ay de mí!

(Yendo á caer, acongojada.)

COELLO. Hija mia!

JUANA. (Cayendo de rodillas al abrazar á su padre, que la sostiene.)

Perdon, padre!...

ESCENA XVII.

DICHOS y COELLO.

PEREZ. (Coincidencia fatal!)
COELLO. Vuelve en tí, Juana.
JUANA. Padre y señor!...
(Irguiéndose, y con resolucion.)
PEREZ. (Mirándola, con desesperacion.)
(No hay duda: se rehace!)
JUANA. Yo he vivido engañada. ¿Hay otro estado
de más dificultad que el que amé ántes,
pero de mayor gloria? ¡Ese es el mio!
Desciendan de mi sien las virginales
rosas de mi corona, y caiga roto
el velo del error!
(Arrancándose la corona, arrojándola y rasgando el velo)
En este valle
Antonio será el digno compañero
que la mano me de para llevarme
con la querida madre que me llama
y al fin de la jornada está esperándome.
Á ser posible, hoy fuera nuestra boda:
hoy le daré de Dios en los altares
palabra de ser suya.
PEREZ. (¡Estoy despierto?)
COELLO. Hijos!... (Reuniendo á los dos en un abrazo.)
JUANA. (Á Coello.) Venid; ya es justo que se aclare
la duda para todos.
COELLO. (Con extrañeza.) ¿Vas tu misma
á decir...
JUANA. (Despues de mirar á su padre.)
No le cedo el gusto á nadie!
(Coello vuelve á abrazar á Perez y sale con Juana por la izquierda.)

ESCENA XVIII.

PEREZ, un momento despues el REY, que sale por el mismo lado que COELLO y JUANA, y que figura hablar con ellos desde la puerta.

PEREZ. Ah!... (Respirando con fuerza.)
—Gracias, cabeza mia!
Corazon, ya satisfecho
puedes latir en el pecho
que ha ensanchado tu alegría.

REY. Pues ¿por qué me he de oponer,
Alonso? (Saliendo y mirando á Perez.)
—(Ejemplo no tiene
su audacia!)

PEREZ. (El Rey...—Sí: ya vien
tras la fortuna, el poder.
Pero el logro de mi afan
un nuevo esfuerzo reclama.)

REY. Me han dicho...

PEREZ. (Resueltamente.)—Señor, la dama
corresponde á su galan,
cuya pasion silenciosa
le produce más placer
que sorpresa. Si al volver
aquí, prendida una rosa
trae sobre su negro traje,
es que del Rey viene en pos...
(El Rey hace un movimiento.)
que hasta del amor, que es Dios,
hoy recibe vasallaje.
(Calla y... Mi sangre se hiela.)

REY. (Despues de una breve pausa.)
—Perez... vos sois el primer
hombre que ha osado leer
en mi alma sin que me duela...
y le duela.—Suerte extraña
á la que os juzgo acreedor.
Reina en mi pecho ese amor
desde que reino en España,
y con poder tan entero,

—que si á sufrir me resigno
es porque mi amor es digno
de un Rey y de un caballero.
Cuando Ruy Gomez vivía,
yo, que en celos me abrasaba,
en honores le pagaba
deshonras que no le hacía;
y hoy, al ver á Ana sin dueño
que la defienda ó la guarde,
vuelve el ánimo cobarde
á luchar con doble empeño.
Asaltábame el temor
espantoso de perder
su vista... el solo placer
que no he negado á mi amor...
Y ya no sé resistir
de hablarla á la bienandanza:
sola y postrera esperanza
que le quiero consentir. *
Á quien tanto bien me da
yo que me pida le pido.

PEREZ. Con haber al Rey servido
estoy satisfecho ya.

REY. El orgullo es ordinario
achaque de los discretos.

PEREZ. Del Rey no guardo secretos?

REY. Sí...

PEREZ. Pues soy su secretario.
(Con intencion saludando y entrándose por la izquierda.)

ESCENA XIX.

EL REY, en seguida COELLO con PEREZ, que se queda detrás.

REY. Secretario...—No! Dar tal
cargo en mi gobierno á quien...
—Su padre me sirvió bien...
Pero él...—no me sirve mal.
—Alonso, que un sucesor
designeis espero en vano.
¿Teneis alguno...

COELLO. Á la mano
tengo uno ahora, señor.
(Cogiendo de la mano a Perez y presentándolo al Rey.)

REY. Perez!...

COELLO. Y bueno á fe mia.

REY. (Desairarle fuera ultraje...
Pero!...
(Al ver salir á la Princesa, que tiene la rosa prendida en el traje.)
—La rosa en el traje!...)
—Suya es la secretaría. (Á Coello.)
(Él lo quiere!...)

ESCENA XX.

DICHOS y la PRINCESA.

Y si la bella
doña Ana se acomoda
á mi gusto, yo la boda
apadrinaré con ella.

PRINC. La real voluntad es ley.
(Habla el Rey con Coello.)
¿Quién se casa? (Á Perez con indiferencia.)

PEREZ. Yo.
(Sorprendiendo un movimiento de la Princesa.)
(¿Se altera?...)
Con Juana...

PRINC. (Ciega de ira.) ¿Vos!... Pues ¡quién era
mi amante?

PEREZ. Era el Rey...

PRINC. (Serenándose y con vanidosa satisfaccion.)
Ah!... El Rey!...
(Perez la mira y comprende lo que pasa por ella.)

PEREZ. * (Necio de mí!... Pude ser
príncipe... y tambien ahorcado.)
—Señora... ¡cuánto ha luchado
el amor con el deber!...
Á Dios pongo por testigo...

PRINC. Mi pecho habla en vuestro abono
tambien: tanto... que os perdono:

sois digno de ser mi amigo.
(Dando intencion á la frase: dirigiéndose al Rey, que ya la espera, y con quien habla hasta la conclusion del acto.) *

ESCENA XXI.

DICHOS, JUANA, que sale por la izquierda rodeada de DAMAS, CABALLEROS, RELIGIOSAS; VAZQUEZ y despues ESCOBEDO, por la derecha. Los caballeros agasajan á Perez y las damas conversan con Doña Juana. Mucha animacion.

PEREZ. (En cuántas miradas veo
de la envidia el rostro inmundo!...)

VAZQ. (Mirando á Perez con cólera.)
(La mujer que amé en el mundo
y mi codiciado empleo!...)

PEREZ. (Acercándose á Vazquez: con ironía.)
Ya sé cuánta parte vos
tomais hoy en mi alegría.

VAZQ. No sé quién es todavía
el más feliz de los dos. (Reprimiéndose.)

PEREZ. (Claro se ve que le amarga.)
—Un abrazo...

VAZQ. (¿Le rechazo
ó le ahogo?... No: un abrazo
puede ahogar más á la larga.)
(Se abrazan y se separan conversando amistosamente.)

PEREZ. * Jurára que miente y juro
que, al ménos, miente con arte.
(Vazquez repite el abrazo.)
—Qué es esto?

VAZQ. (Esto es... agarrarte
para tenerte seguro!) *

ESCOB. (Que ha salido un momento ántes por la derecha y ha estado hablando en voz baja con Coello que corrió á su encuentro.)
¿Que se casa?... (Oh!...) Sí: mi suerte
está en la guerra.

COELLO. Retarda
un poco...

ESCOB. En Túnez me aguarda
lo que más amo... (La muerte!..)
(Saliendo despues de mirar á Juana, que no le ve.)

JUANA. (Acercándose á Perez.)
Antonio, la convenida
promesa cumpliros quiero:
dadme la mano en que espero
hallar el bien de mi vida.

PEREZ. Juana, no penseis, por Dios,
que soy perfecto, que fuera
error.

JUANA. Si tal os creyera,
no me casára con vos.
Siguiera en la soledad
donde he vivido dichosa.
—Yo quiero ser buena esposa,
pero... sin facilidad.
Algo he de sufrir...—Quedamos
en eso?

PEREZ. (Su voz me humilla
en mi triunfo!...)
(Se abren las hojas de la puerta de la capilla, y aparece esta profusamente iluminada.)

REY. (Tomando por la mano á la de Éboli y entrando.)
La capilla
nos espera.

PEREZ. (Sombrío, y ofreciendo la suya á Juana.)
Vamos...

JUANA. (Con alegría y expansion, casi arrastrando á Perez hácia el fondo.)
¡Vamos!...
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Despacho de Antonio Perez en el real alcázar. À la derecha puerta que comunica con las habitaciones del Rey, y otra á la izquierda que da á las del secretario: ambas en primer término. Gran puerta en el foro, entrada principal de la habitacion, por la cual se ve una galería. Ventana practicable á la izquierda segundo término, con vidriera y antepecho. Á la derecha, en frente de la ventana, un cuadro que gira sobre uno de los lados de su marco, y encubre una puerta secreta. Mesa de despacho á la izquierda: junto á ella estante con papeles, carpetas, libros, etc., etc. Un péndulo; librerías, jarrones, pinturas, estátuas, todo, lo mismo que el mueblaje, de gran lujo y del mejor gusto. À la derecha, una campanilla de la cámara régia.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ y **VAZQUEZ.** Aquel, sentado á la mesa, hace apuntaciones, hojea y arregla papeles: éste se pasea por la habitacion.

VAZQ. Á vuestros ojos, la imágen
de la envidia y de la saña.

PEREZ. ¿No erais mi rival?...

VAZQ. Veíame
pobre, en edad avanzada
yá para aguardar un cambio
de fortuna; ambicionaba...

PEREZ. El primer puesto.
VAZQ. El mejor:
el que me daba esperanzas
de vivir con más holgura.
—Á mi edad, Perez, no halaga
el poder como á la vuestra.
El oro todo lo alcanza:
dadme el que os pida: yo os cedo
el poder de buena gana.
PEREZ. (Levantándose y colocando en el estante un legajo que estaba atando.)
Yo desprecio tanto al oro...
que lo tiro.
VAZQ. Cierto!...—¡Y cuánta
prueba de sinceridad,
de afecto, fué necesaria
para que...—Claro! Subísteis
vos al poder: la desgracia,
mi ambicion redujo á verme
de nuevo en mi secundaria
posicion...—*Ergo* yo era
un traidor bajo la capa
de infeliz...—Al fin pensásteis
que, al ser de vuestras marañas
encubridor y partícipe,
una cadena me echábais
al cuello...
PEREZ. (Acercándose á Vazquez é interrumpiéndole naturalmente.)
¿Habeis visto hoy
á Escobedo?
VAZQ. Fué á mi casa
anoche.
PEREZ. Sí?—Por acá
no parece.
VAZQ. Está que rabia
con vos. Ya lleva ocho dias
de pretender...
PEREZ. Con su audacia
y su impaciencia ha logrado
inspirar desconfianza
al Rey.

VAZQ. Como cuanto viene
del señor don Juan de Austria,
su hermano.

PEREZ. Sí.

VAZQ. Y á propósito.
Vos jugais con dos barajas
en este asunto... y en otros.

PEREZ. El Rey lee cuantas cartas
escribo á don Juan, pensando
que si su hermano declara
sus ambiciones conmigo,
está á tiempo de atajarlas
cuando le parezca bien.

VAZQ. Á fe que si averiguára
el Rey...

PEREZ. ¿Y eso es fácil?...

VAZQ. ¡Un
Felipe segundo!—Vaya!
cada vez que pienso en ello
me admiro más.

PEREZ. El que engaña
con la verdad, el que adula
el fácil vicio, no la árida
virtud...

VAZQ. Cuántas... ¡cuántas veces
he recordado esas máximas!

PEREZ. Al casarme yo...

VAZQ. Ya va
para cinco años.

PEREZ. ¿Nada
más?—El Rey cometió algunas
indiscreciones con Ana...

VAZQ. Sí, se aseguró en la córte
que la Princesa gozaba
de los favores del Rey...
Pero, de repente, cambia
el viento, sin saber cómo,
y la aventura os achacan
á vos.

PEREZ. La linda viudita
hallábase disgustada
del misterio impuesto á una

amistad tan pura y franca
como la nuestra.

VAZQ. (Con malicia.) ¡Ya!

PEREZ. El Rey
comenzó á ver con alarma
que la córte...—Y yo hallé un medio
que todo lo conciliaba.
Ser á los ojos del mundo
amante...

VAZQ. De vuestra amada.

PEREZ. Dándola en público pruebas
de mis amorosas ánsias.
—El soberano aceptó.

VAZQ. Estupidez... soberana!

PEREZ. El sublime sacrificio
de un nombre puro...

VAZQ. Sin tacha.

PEREZ. Y de la paz de mi hogar.

VAZQ. Já, já, já!—Eso tiene gracia!
—En fin, que desde la muerte
de Coello (que Dios haya,)
vuestra influencia ha subido
con la rapidez que baja
el inmenso amor que un dia
os inspiró doña Juana.
No os comprendo.—¡Una mujer
tan hermosa... tan honrada!...

PEREZ. Es *mia*!—¿Comprendeis todo
el horror de esta palabra?...

VAZQ. (Ay!...) No.

PEREZ. Y *una*!—Y *las mujeres*
son la mejor cosa que halla
el hombre en la tierra, pero...
la mujer es la más mala.

VAZQ. Por eso, aún buena, ofendida,
puede tomar represalias...

PEREZ. ¿Qué quereis decir con eso?...
¿Vos sabeis algo? ¿Se trama
algo en contra de mi honor!...

VAZQ. (Despues de mirarle.)
Sí.

PEREZ. Su nombre! Sin tardanza!

VAZQ. Mateo Vazquez. (Con frialdad.)
PEREZ. ¿Vos!...
VAZQ. Sí:
yo!
PEREZ. (Enojado.) La broma...
VAZQ. (Riendo.) Qué os extraña?
PEREZ. No es de muy buen gusto!
VAZQ. ¿Á broma
lo tomais? ¿Imaginábais,
que yo acepté resignado,
gustoso, mi secundaria
posicion, cuando la suerte,
no el mérito, os encumbraba
al poder... y os concedía
la mano de...
(Suena la campanilla del Rey.)
PEREZ. El Rey me llama.
VAZQ. Pues id...
PEREZ. Voy...—Decidme... Habeis
querido con esta farsa
bien fingida...
VAZQ. Bien fingida?...
PEREZ. Distraerme de lo que hablábais
ántes?... ¿Mi esposa...—Es posible
que algun majadero se haya
propuesto...
VAZQ. No!...
PEREZ. En estos casos
uno es ciego...
VAZQ. Ciego...
(Suena la campanilla otra vez, sacudida con más fuerza que la anterior.)
Os llaman.
(Perez se va por la derecha.)

ESCENA II.

VAZQUEZ.

(Siguiendo con la vista á Perez y con una mezcla de sarcasmo, de ira y de queja que el talento del actor podrá adivinar mejor que comprender por las más minuciosas advertencias.)

Hé aquí el privado!...—¿Privado
de qué?...—Rey del Rey!... Señor
absoluto del Estado...
¡á quien me ha subordinado
el mundo como inferior!
Nuevo Felipe segundo
te llaman... Y lo eres: sí!
—Mas no ves desde el profundo
abismo en que yo te hundo,
tu Antonio Perez en mí.
* ¡Peregrino ingenio! ¡Rara
malicia con que te escudas
airoso...—Muéstrote clara
la verdad, y dudas... ¡dudas
porque la arrojo á tu cara!
—Tu discípulo en el arte
de engañar con la verdad,
(gran máxima que reparte
su luz por mi oscuridad),
¡te honrará con deshonrarte! *
—Nada! Herida por herida!
Mi corazon no perdona
el daño, ni el bien olvida...
—¡Quiere el puesto que ambiciona
y la mujer que es su vida!
* ¡Triste amor! Fatal estrella!...
—Juana... Siguiendo su huella
á la infamia me condeno...
Y un tiempo yo fuí por ella
hasta capaz de ser bueno!
—Y hoy... al medir con reposo
mi maldad injusta... ó justa!
de mi corazon odioso
me asusto... como se asusta
de sus llagas el leproso! *
—Oh! basta de sufrir ya!
Ya van cinco años... ¡ya va
más de un siglo que en el pecho
sepulto mi odio... ¡Y sospecho
que envenenándome está!
*—Y temo morir... ¿Qué estoy
diciendo?... ¿Eso temo... ¡y soy

á la venganza cobarde!...
—Mañana puede ser tarde...
¡Pues bien! ¿Qué importa?—¡Hoy es hoy!
—Hoy doy la batalla: inerme
está mi rival: dormido
sobre el laurel adquirido...
—Duerme, buen Antonio, duerme:
yo de despertarte cuido!
*—Él ciegamente confia
en mí...—Á lo que yo presumo,
la confianza no debía
ser ciega nunca... Á lo sumo,
tuerta.—¡Esta máxima es mia! *

ESCENA III.

VAZQUEZ, el REY y PEREZ, por la derecha.

PEREZ. Pero... ¿Y el despacho?
REY. Aquí;
mi cuarto se halla muy cerca
de la cámara real,
y á mi esposa le molesta
hoy el ruido.
VAZQ. Señor,
¿cómo está la augusta enferma?
REY. Está mejor.—¿Descifrásteis
el pliego que de Inglaterra
nos envian?
VAZQ. La mitad.
REY. Pues no quiero nada á medias:
ya lo sabeis.
VAZQ. (¡Y él delante!
—Á necesitar la ofensa
se la agradeciera al Rey!)

ESCENA IV.

EL REY Y PEREZ.

PEREZ. *Yo temo que indigna sea
del Rey mi pobre morada.
REY. ¿Pobre?...

PEREZ. Para él.
REY. ¿No es la vuestra
la mejor de mi palacio?
PEREZ. Señor!...
REY. No veais en esta
frase una censura. Ostente
con altivez su riqueza
quien la carga del Estado
al Rey sabe hacer ligera.
PEREZ. Mi consejo es harto poco...
REY. Con él formo el mio.—Cuentan
del Emperador mi padre,
que desdeñaba advertencias,
y aun las huía, diciendo
al pobre que osaba hacérselas:
—«Yo formo con mi opinion
la opinion ajena.»—Y era
verdad.—Su hijo, en quien la raza
se debilita y enerva,
se ve obligado á formar
la suya con las ajenas.
PEREZ. Vuestra Majestad se burla. *
REY. ¿Qué hay de Escobedo?
PEREZ. Comienza
á impacientarse, señor.
REY. ¿Y qué hacer si se impacienta?
PEREZ. Lo mejor es despacharle.
REY. Despachádmele á mil leguas
de aquí.
PEREZ. Señor! ..
REY. Á lo ménos
á Flandes, donde le espera
mi hermano, en quien tambien noto
sus achaques de impaciencia.
—¿Qué quiere don Juan?
PEREZ. Recursos
para continuar la guerra
de Flandes.
REY. Muy bien.—¿Las obras
del Mogro?
PEREZ. Siguen por cuenta
de Escobedo.

REY. Pues entónces
esperemos, con paciencia,
que al no hallar don Juan ningun
trono vacante en la tierra
venga á pretender el mio.
Darle oro y soldados, fuera
quitarle ocasion de hacer
más sublime su proeza.
—¿Qué os parece?

PEREZ. Que don Juan
se conduce con prudencia
en Flandes...

REY. Es su deber.

PEREZ. Y con valor.

REY. ¿Quién lo niega?
¿Quién lo duda? Una es la sangre
que corre por nuestras venas.
Yo sé el valor de mi hermano!
—Sépalo quien no lo sepa!
Vazquez no acabará hoy
de entender la carta.

PEREZ. Vuestra
Majestad quiere...

REY. No, no!
Tiempo de sobra nos queda
para leerla despues.
Malicio que de Inglaterra
me envian otro disgusto...
y me siento con pereza.
(Al retirarse por el foro.)

ESCENA V.

PEREZ y JUANA, que sale por la izquierda bizarramente prendida.

JUANA. Solo está. Ante la presencia
del ministro comparezco...

PEREZ. Quién?... Juana...

JUANA. Por si merezco
que me conceda una audiencia.
(Perez hace un movimiento.)

Hoy es mi santo... Sorpresa
te causa? ¡Vaya un marido
cariñoso!—Ya se han ido
mis visitas... Gil de Mesa
volverá luégo á comer
con nosotros. He invitado
á Juan... y no ha contestado...
Como aun no ha venido á ver
á su hermana...—Él tomó á mal
mi salida del convento:
que trocara en casamiento
el voto profesional...
y, sin duda, le da empacho
al pobre...

PEREZ. Bien... Yo quisiera
saber... Esta es la primera
vez que...

JUANA. Que entra en el despacho
del secretario la esposa
de Antonio Perez... ¿no es eso?
Pues hay razones de peso
para que yo haga tal cosa.—
—Gil opina que caminas
por una senda erizada
de peligros, sin que nada
pueda salvarte...

PEREZ. Y tú opinas
que Gil está en la razon.

JUANA. Que la conducta que llevas
es intachable.

PEREZ. Y lo pruebas...

JUANA. (Despues de detenerse un momento.)
Provocando esta cuestion.

PEREZ. * ¡Gil...

JUANA. Es tu mejor amigo:
el único que no pasa
los umbrales de tu casa
para medrar al abrigo
de tu apoyo. Es viejo y es
hombre de mundo y de sano
corazon, y franco y llano
como buen aragonés. *

Ceba en tí sus asesinos
dientes la calumnia impía.
Dicen... que haces granjería
de los públicos destinos.
(*Contrariándose siempre al repetir las faltas que se imputan á Perez.*)

PEREZ. Bah!

JUANA. Y ¿lo creerás? Han llevado
sus invenciones perversas
hasta afirmar... ¡que malversas
los caudales de Estado!
¡Tú!

PEREZ. Y tambien hay quien destroza
las ajenas con mi fama,
quien conoce por mi dama
á doña Ana de Mendoza.

JUANA. La Princesa?

PEREZ. Ella es mi empleo.

JUANA. Por primera vez escucho
tal cosa. (*Con serenidad.*)

PEREZ. Pues corre mucho
por Madrid.

JUANA. (*Con digna entereza.*) Yo no lo creo.

PEREZ. Pero... hablando... el tiempo pasa,
y aun no me has dicho qué quieres...

JUANA. Tu bienestar: tú no eres
feliz; no lo es nadie en casa.

PEREZ. (*Con ironía.*) Tú un talisman tener crees...

JUANA. Poder, fortuna, renombre,
todo lo que busca el hombre
lo has logrado: lo posees.

PEREZ. Y lo debo abandonar
por miedo...

JUANA. No, por valor!
¿No es arrojarlo mejor
que tenerlo que soltar?
Salgamos de esta inquietud
ántes que tus fuerzas rinda
la córte... El campo nos brinda
descanso, placer, salud...
Vamos á Aragon! Allí
tenemos haciendas.

PEREZ. No:
¿qué importa mi salud?

JUANA. Yo
la estimo por tí y por mí!
Y á tí es justo que te importe
lo que pudieran ganar
nuestros hijos al trocar
la atmósfera de la córte
por...—¡Y yo no me acomodo
tampoco! ¡Tambien se exalta
mi paciencia!

PEREZ. ¿Qué te falta
á tí?

JUANA. Sin mi esposo, todo!
Cáusame augustias crueles
ser casada y sufrir duelos
de viuda; y tengo celos
del mundo... y de los papeles
y de... cuanto á los dos
nos separa... Y no reposo
hasta vivir con mi esposo
en paz y en gracia de Dios.

PEREZ. Yo tengo ya bien medidos
de mi influencia los grados.

JUANA. Hay sueños de desvelados
como los hay de dormidos.
(Exaltándose por grados.)

PEREZ. Y firme y robusto encuentro
mi poder.

JUANA. Á veces, pasa
verse el fuego de una casa
por fuera ántes que por dentro!

PEREZ. Aunque es buena tu intencion
yo no la he de agradecer;
conque así...

JUANA. El bien se ha de hacer
sin esperar galardon.
—Riega el cielo de igual modo
los generosos frutales
que los ingratos eriales
que truecan el agua en lodo.

PEREZ. ¿Quién con tal avilantez

habla á un hombre como yo?

JUANA. La esposa que él se eligió!

PEREZ. Cierto, pero no su juez!

JUANA. Ni su cómplice!—Testigos
el cielo y tú!

PEREZ. ¡Te aconsejo
que calles! (*Casi fuera de sí.*)

JUANA. Callo.

(*Bajando la cabeza y alzándola despues de una ligera pausa.*)

¿Y qué dejo
que hacer á tus enemigos?
* Si con llorar y callar
lográra lo que me importa...
—pero ¿qué daño se corta
con callar y con llorar?

PEREZ. ¿Quieres que ponga á tu lengua
un freno que la amordace?

JUANA. (*Mirando con tranquilidad á su marido: perdonando la ofensa y despreciando la amenaza.*)
Cuando la palabra se hace
palabras, no crece, mengua.*

PEREZ. ¡La buena esposa...

JUANA. Han solido
compararla al agua pura,
porque copia con dulzura
la imágen de su marido.

PEREZ. Muy claro mi espejo es!

JUANA. Condicion del agua propia.

PEREZ. ¿Copiar manchas?...

JUANA. Sí: las copia...
para borrarlas despues.

PEREZ. ¡Me cansas!

JUANA. Pienso que llamo
á tu razon con el peso
de...

PEREZ. Me haces sufrir!

JUANA. ¡Hasta eso
puede hacer lo que te amo!

PEREZ. Ese amor se me hace ya
molesto.

JUANA. (*Asustada, como sin comprender.*)

¿Qué dice?

PEREZ. ¡Y sabe
que el dia en que el tuyo acabe
como acabó el mio...

JUANA. ¡Ah!
Villano!

PEREZ. ¿Cómo!—¡Señora!

JUANA No... Necio! Necio!...

PEREZ. ¿Y aguanto...

JUANA. ¡Desdichada de mí! (Cae llorando en un sillon.)

PEREZ. ¡Llanto!
¡Esto nos faltaba ahora!
Pero...
(Acercándose á ella y dulcificando un poco su tono.)

ESCENA VI.

DICHOS y VAZQUEZ, por la derecha; trae un papel en la mano y lo guarda luégo.

VAZQ. (Deteniéndose un momento en la puerta é investigando con regocijo el cuadro que forman los dos esposos.)
(Hola! Está el matrimonio
de riña.) (Avanzando.)

PEREZ. (Volviendo la cabeza al percibir el ruido de los pasos de Vazquez.)
¿Quién?

JUANA. (Levantándose del sillon, reponiéndose, guardando precipitadamente el pañuelo con que ya iba á enjugarse las lágrimas y dirigiéndose á Vazquez.)
¡Don Mateo!...
¿No creeis vos como yo creo
que trabaja mucho Antonio?
¿que consume su salud?

PEREZ. (Turbado con la serenidad de Juana.)
Yo!...

VAZQ. (Pretexto.)

JUANA. Pues... me ha dicho
que es aprension... y capricho
la causa de mi inquietud.
—Habladle vos...

VAZQ. Yo condeno

que así se exceda...

JUANA. Bien... Ya
lo oyes.

VAZQ. Perez... no está
malo... pero no está bueno.

PEREZ. (Á Vazquez.) (Quedaos aquí con ella
y hacedla por Dios salir
del despacho: va á venir
Ana á las cinco y...

VAZQ. (Despues de una larga pausa y con malicia.)
¡Qué bella
ocasion para el que empeño
pusiese...

PEREZ. No me alboroto.)
(Perez se va riendo.)

VAZQ. (Bueno es entrar en el coto
con la licencia del dueño!)

ESCENA VII.

DOÑA JUANA y VAZQUEZ.

VAZQ. (Como todos!)
(Siguiendo á Perez con la vista.)

JUANA. (No resisto
más.) Don Mateo...
(Haciendo ademan de retirarse.)

VAZQ. (Saliéndola al paso naturalmente.) Señora,
¿cuándo el corazon ignora
lo que los ojos han visto?
No hableis, que no es menester.
Al mio...

JUANA. (Mi afan me vende.)

VAZQ. Le admira, no le sorprende
tal prudencia en tal mujer.
¿Quién alcanzó á merecerla?
No es una ofensa maligna
á Perez... ¿Hay concha digna
de encerrar en sí una perla?

JUANA. Hiere ese elogio el decoro
de quien me ha dado su nombre.

VAZQ. Antonio es hombre... y no hay hombre

que merezca tal tesoro!

JUANA. ¿Qué decis? Indigna de él
es la mujer que más valga...
y esa duda es poco hidalga
para su amigo más fiel.

VAZQ. Su amigo soy, es verdad;
amigo soy todavía
de un hombre á quien no debía
tener ya ni caridad!

JUANA. ¡Eh!... (Espantada. Pausa.)
—¿No seguis!

VAZQ. Yo... ofuscado,
como muchos, por su artero
carácter, su compañero
he sido, en parte obligado
por mi interés hácia vos;
pero hoy, próximo el desastre...

JUANA. ¡Sí?...

VAZQ. Al ver posible que arrastre
la infamia de un hombre á dos...

JUANA. Oh!... hablad!...

VAZQ. Resistiros oso
porque mis revelaciones...
pudieran hacer girones
el honor de vuestro esposo.

JUANA. Tratándose de su bien
todo es lícito, y yo os fio...

VAZQ. (Pues tratándose del mio,
todo es lícito tambien!)

JUANA. Que tendré valor!... (Con energía.)

VAZQ. No hay ley
que no le condene; engaña...

JUANA. Sí!... Tendré valor!...
(Decayendo y esforzándose en vano por aparentar que está tranquila.)

VAZQ. Á España,
á su esposa y á su Rey.

JUANA. Pruebas!...—No... Callad... No quiero
saber...

VAZQ. (Acercándose solícito.)—Mas...

JUANA. Es la sorpresa...
la... (De pronto.)—¿Es cierto que la Princesa...

VAZQ. Cierto, señora!

JUANA. ¿Sí! (Volviendo sobre sí.) Pero..
¿qué he dicho yo?—Vos no hareis
aprecio de mi lenguaje...

VAZQ. Ah! necio!—¡Tan vil ultraje
á vos... cuando mereceis
que las gracias que os prestó
Dios, de rodillas se imploren...
que os amen y que os adoren...
¡como os idolatro yo!
(Aproximándose á ella y yendo á cogerla una mano.)

JUANA. ¿Qué habeis dicho?—Qué habeis hecho?

VAZQ. No sé... Sólo sé que os amo...
que por los labios derramo
lo que no cabe en el pecho!...
Sólo sé que el alma mia
os sigue sin esperanza
porque alcanza... lo que alcanza
la noche siguiendo al dia.
Sombras!... Entre sombras vivo
y fin mis ansias no tienen...
y por venir de quien vienen,
por venturas las recibo!
Há once años que un «no» severo
á ultrajaros me condena,
señora! cinco que, ajena,
como á mi Dios os venero...
—Quien con tal paciencia labra
sus méritos á la esquiva
beldad que...

JUANA. (Completamente repuesta de su turbacion y dueña de sí.)
—Su obra derriba
con una sola palabra.
—Ya os oí: debo vedaros
la... necedad de engreiros
porque me ha obligado á oiros
la sorpresa de escucharos;
que si un favor de esta empresa
sacais vos, es solamente
como despoja al valiente
el bandido: por sorpresa!

—Y como no os tengo miedo,
y como firme me miro,
no os huyo, no me retiro:
—salid vos, que yo me quedo!

VAZQ. Pues ¿qué pudiérais temer?
Yo soy quien conmigo en pugna...

JUANA. Sois quien ménos me repugna
traidor hoy que amigo ayer.
* Vuestra traicion es verdad,
siquiera, y, ya veis, me encumbra
lo que os abate, y alumbra
mi mente su claridad.
Hablais mal del vuestro amigo...
Yo os compadezco.

VAZQ. ¡Á mí!...

JUANA. Pues.
Aún está en pleito si es
la envidia falta ó castigo. *

VAZQ. Creeis que yo calumnio...

JUANA. Sí!

VAZQ. ¿Creeis que es falso...

JUANA. Falso todo:
os lo afirmo!—(Ay! ¿de qué modo
podré afirmármelo á mí!)

VAZQ. Si nada á vuestro marido
defiende!

JUAN. Su esposa piensa
que es su más clara defensa...
que vos le hayais ofendido!

VAZQ. No comprendo ¡vive Dios!
tan generosa hidalguía.

JUANA. Eso... ¡lo extraño sería
que lo comprendieseis vos!

VAZQ. Oh!... ¡Sentid lo que me empuja
á amaros con doble ahinco!
¡Celos!—Al marcar las cinco
de aquel péndulo la aguja,
la puerta oculta con esa
pintura que veis allí,
se abrirá...

JUANA. Se abrirá... (Sin comprender.)

VAZQ. Sí!

JUANA. ¿Y...

VAZQ. ¡Y entrará la Princesa!

JUANA. ¡Qué decís?... (Violentándose por reir.)
—¿Y habeis pensado
que creo...

VAZQ. ¡Bah! El vulgo abulta...
Antonio Perez consulta
con ella el bien del Estado...
—Mas... ¡idos!

JUANA. ¡Salid ahora
mismo vos!... ó llamaré
á mi marido y haré
que os conozca.

VAZQ. No!... Señora...
Qué vais á hacer?—Quien más pierde
con eso... sois vos... Callad...
Yo os lo ruego... y olvidad. .

JUANA. Eh! no temais que recuerde
jamás lo ocurrido aquí.
—¿Cómo pensar sin trabajo
que un ser tan torpe y tan bajo
¡se ha enamorado de mí!
—No os desprecio, y sabe Dios
que es por iguales reparos,
porque, para despreciaros,
tengo que fijarme en vos.

VAZQ. (Se queda... Y verá... Y quizás...
No hay quien no cante en el potro...
—Entretengamos al otro,
que es lo que interesa más.)
(Se va por la derecha.)

ESCENA VIII.

JUANA, despues la PRINCESA.

JUANA. * (Despues de un momento de pausa, asaltada de una idea y corriendo á la puerta por donde se marchó Vazquez.)
—Ah!...—No penseis que creyendo
vuestro embuste, estoy aquí
para...—¡No!—Ya se ha ido.. sí!

—Si viene... Si la sorprendo...
¡Á ella que roba serena
el sosiego de mi hogar,
creo que...—¡Que me va á ahogar:
que me está ahogando la pena! *
—No! No es cierto!... ¡El corazon
no miente, y el mio...—El mio
es tan vil... es tan impío
¡que apoya la acusacion!
Pero si aquí permanezco
más tiempo... y no abren la puerta...
y...—Si mi infamia no es cierta,
la merezco... ¡la merezco!
—Me voy!—Aguardemos...—No!
(Sobreponiéndose á su vacilacion, avanzando hácia la izquierda, y deteniéndose de pronto al percibir el ruido que hace la puerta secreta al comenzar á abrirse muy lentamente.)
Es el miedo?... Siento ruido...
—Señor! ¿Cuándo he merecido
yo este golpe?

PRINC. (Dentro, en voz baja.) Antonio.

JUANA. Oh!...
(Quedando arrimada á la pared del lado derecho, detrás de la puerta secreta, que se entreabre: la Princesa se asoma, y sale por fin examinando la escena con precaucion. Viene completamente cubierta por un espeso manto negro.)

PRINC. Antonio!...
(Con sorpresa y enojo.)—Nadie!...

JUANA. (Presentándose de improviso delante de la Princesa que retrocede: la puerta ha quedado perfectamente cerrada por si sola; Ana, inquieta, vacilante, se echa las manos al manto como si temiera no tenerlo bien puesto.)
Señora!...
¿Á quién buscais?

PRINC. Ah!...

JUANA. ¿Qué Antonio
es ese?...—Dais testimonio
de no saber...

PRINC. (Disfrazando la voz.) Nadie ignora

que es esta la habitacion
del secretario de Estado...

JUANA. Esto otro que habeis hablado
da de que buscais á *don*
(Recalcando la palabra.)
Antonio Perez indicio...
—No os expresais con fortuna:
creí que buscabais á alguna
persona de su servicio.

PRINC. (Oh!...)

JUANA. —«Antonio!...»—Debeis saber,
(pues vuestro honor lo reclama,)
que, en su casa, no le llama
así más que su mujer.
—Que soy yo, para serviros
en lo poco que sé y valgo.
—Vendreis á pretender algo
de... Antonio...
(Pronunciando el nombre de su marido con tranquila y familiar dignidad.)

PRINC. No!

JUANA. Y á cubriros
—es natural,—os obliga
la vergüenza y el...—Temeis
que la gente...—¿Qué quereis
que en vuestro nombre le diga?
*Yo interpondré mi influencia,
y él complacerá á su esposa
como es natural.

PRINC. Es cosa
de interés.

JUANA. Ya mi impaciencia
crece...

PRINC. Ha de ser de él á mí
nada más.

JUANA. Será otro dia.

PRINC. ¿Por qué hoy no?

JUANA. Porque... hija mia,
yo estoy mucho ántes aquí.*

PRINC. Ah! de esta burla feroz
yo me vengaré: os lo juro!

JUANA. Señora!...

PRINC. (Ciega por la cólera y en su voz natural.)
¡Y os aseguro!...

JUANA. No conozco vuestra voz.
(La Princesa baja la cabeza: Juana la toma por la mano.)
—Venid...

PRINC. Me arrojais?... ¡Tal mengua!...

JUANA. Sólo quiero acompañaros:
pudiera alguno encontraros,
y el vulgo tiene una lengua!...
Para él lo dudoso... es cierto
siempre... ¡La honra está en un tris!
—Y... como vos no venís
con el rostro descubierto...
Se mostrará más maligno
con vos... ¡Qué idea tan rara,
tan ...—¿Quién se tapa la cara
si no va á hacer nada indigno?...
(La Princesa hace un movimiento de impaciencia como si se resolviera á salir. Juana la mira, y cogiéndola de la mano la lleva hasta la puerta secreta, por donde salen las dos.)
Vamos!

ESCENA IX.

PEREZ, por la derecha: despues JUANA, por la puerta secreta.

PEREZ. (Hablando ántes de salir á la escena.)
¿No sabeis más que eso?...
¡Hay amor... y no hay amante!
—¿Esa sospecha es bastante
para formar un proceso
á su fe?...—Que Juana es bella...
y que mi desden la hiere...
y...—Bah! Yo sé que me quiere...
¡Como que no pienso en ella!
—Ya pronto... (Mirando el reloj.)
¡Las cinco dadas
hace...—Si no puede ser!
Este reloj... Voy á ver
otro...

(Dirigiéndose al fondo y parándose al pasar cerca de la puerta secreta.)

Percibo pisadas. .
y son en la galería...
Resuelta viene! Demonio!...
Si alguno...

(Corriendo hácia la puerta secreta, que se abre en en el momento de llegar él á ella, dando paso á Juana.)

Ana mia!

JUANA. (Saliendo.) ¡Antonio!

PEREZ. ¡Juana!... (Absorto.)

JUANA. ¡Ana?...

PEREZ. (Despues de mirar un momento á su mujer, cogiéndola afectuosamente de las manos y bajándola asi hasta el centro de la escena.)

¡Ju... ana mia!

JUANA. Qué sorpresa, eh?...

PEREZ. Sí... agradable...

JUANA. Hoy he descubierto... esa
puerta...

PEREZ. (Juana y la Princesa
se han visto aquí: es indudable.)

JUANA. Y he pasado...

PEREZ. (Con mucha bondad.) Has hecho bien!

JUANA. Por... por divertirme.

PEREZ. (Ya!...)

JUANA. Y por variar: todo va
variando...—Tu humor tambien!

PEREZ. Sí... y notarás que es mejor
que el de ántes.

JUANA. El de ántes era
tal, que no encuentro manera
de que variase en peor.

PEREZ. (Si ésta contára algun dia...
que puede llegar, que yo...)

JUANA. ¿Vuelve el humor de ántes? (Con sorna.)

PEREZ. No!
—Escúchame, Juana mia.

JUANA. Tu Juana te escucha: dí.

PEREZ. Mi Juana... duda de mí.
(Sonriendo y con tono ligero.)

JUANA. Bah!... De tí?... ¡qué bobería!
—No tengas esa aprension
ó me enfadaré á mi vez...
—Ya no dudo.

PEREZ. ¿Así oye un juez
una justificacion?
Ayer cité á una tapada
aquí, y ó yerro mis cuentas...

JUANA. (¿Qué dice!...)

PEREZ. Por Dios, no mientas!

JUANA. Yo nunca miento por nada.
* (Es sincero?... Oh! si despues (Con terror.)
de haber...)

PEREZ. ¿La... has visto?

JUANA. Sí.

PEREZ. Acabe
mi duda... y... ¿sabes... (Pausa.) (Lo sabe.)

JUANA. Pienso...

PEREZ. ¿Qué?...

JUANA. Que sé quien es.

PEREZ. Pues valga la verdad!

JUANA. Sí!
Habla y sobre mí descarga
tu culpa... que es muy amarga
y la quiero para mí.
Pruébame que al sospechar
me manché en la propia escoria...
¡y arrebátame la gloria
inmensa de perdonar! *

PEREZ. Conozco tu discrecion
al par que al imperio cedo
de la fuerza: debo y puedo
hacerte una confesion...

JUANA. —Dí!...

PEREZ. (Confidencialmente.)—La Princesa es la dama
del Rey.

JUANA. ¡Felipe segundo!...
—Sí?

PEREZ. Sí.—Pero piensa el mundo
que soy yo á quien ella ama.

JUANA. (Con extrañeza.) ¿Por qué?

PEREZ. Yo echo sobre mí

la apariencia... Me resigno
á...

JUANA. ¡Ese papel es indigno!

PEREZ. ¿Cómo?

JUANA. ¡Es indigno de tí!
Yo no lo puedo creer!
No!—¡Mientes!

PEREZ. ¿Así me ultrajas?

JUANA. ¿Cuando tanto te rebajas,
qué más favor te he de hacer?
Tú te calumnias: yo no
te creo... yo sé quién eres:
—mira... cuán poco te quieres
¡y cuánto te quiero yo!

ESCENA X.

DICHOS y la PRINCESA, que entra por la derecha cogida del brazo de VAZQUEZ; viste un lujoso traje, muy hueco, y entra tranquila, riendo con afectacion y empinándose sobre los tacones, procurando y consiguiendo aparecer más alta.

PRINC. Já, já, já!... (Dentro aún.)

JUANA. ¿Quién...

PEREZ. (Juraría!...)

PRINC. (Saliendo.) Vazquez... ¡qué cosas teneis!
Esto es que la juventud
busca apoyo en la vejez.
—¡Juana!...
(Soltándose del brazo de Vazquez y corriendo hácia Juana con exagerada precipitacion.)

PEREZ. (Ella aquí?...)

JUANA. (Lo estoy viendo
y...)

PRINC. Amiga mia! Va bien?...
Yo perfectamente!... Gracias,
gracias por tanto interés!...
(Juana confusa, asustada por lo que ve, no acierta á contestar una palabra, ni siquiera a ocultar su turbacion.)
He recordado que hoy era
San Juan y cumplo el deber

de felicitaros.

JUANA. Ya hace
tiempo...

PRINC. Que no se me ve
por vuestra casa: es verdad!
Si esta vida... este vaiven
contínuo...—En la córte, una
gasta el tiempo en nada... y él
se venga de una faltándola
siempre que le ha menester.
—Y á más, he llegado ahora
del Pardo...—Famosa fué
la cacería!

VAZQ. ¿Matásteis?...

PRINC. Sí: mi arcabuz tendió tres
reses...

VAZQ. No es nada!

PRINC. En un corto
rato que lo presté al Rey.

PEREZ y VAZQ. (Riendo.) Ah!...

PRINC. Conque... ya que confieso
mi culpa, no seais cruel:
no me pongais esa cara...
(Juana comienza á mirar con compasion á la Princesa.)
—Ya es justo que vos me deis
la absolucion.

JUANA. Yo os la doy.

PRINC. Sin penitencia.

JUANA. No... ¿Á qué?...

PRINC. ¿Hay penitencia más dura
que no veniros á ver?
—Hoy os voy á dedicar
la tarde.

JUANA. (Disimulando su disgusto.)
—Tanta merced!

PRINC. Quiero cobrar mis atrasos.

JUANA. Bueno.

PRINC. Dejadme que os dé
un beso!... Estais... ¡hermosísima!
(Besándola, mirándola y volviendo á besarla: Juana experimenta un rubor involuntario que la obliga

á bajar los ojos.)

VAZQ. (Á Perez.) (El de Judas.

PRINC. Sí, pardiez!)
¡Qué lujo hay en esta cámara:
y qué buen gusto!

JUANA. Éste es
el despacho de mi esposo.

PRINC. Ah, ya!... es el despacho de...
don Antonio Perez. (Con énfasis.)

JUANA. Justo!

PRINC. Del secretario del Rey...

JUANA. (Lo ha aprendido con trabajo,
pero lo ha aprendido bien!)

(Ana recorre la habitacion examinándola y yendo tan pronto á un lado como á otro.)

PEREZ. (Contento me teneis. Vazquez!

VAZQ. ¿Yo!...

PEREZ. Ya hablaremos despues.)

PRINC. Este cuadro...

(Deteniéndose delante del que oculta la puerta secreta.)

JUANA. (El de la puerta...

PRINC. Me encanta.

JUANA. Desfachatez
igual!...)

(Vazquez y Perez se miran asustados: el segundo hace un ademan de disgusto.)

PRINC. La luz le da poco...

PEREZ. Ya es tarde... (Interrumpiendo.)

JUANA. (Con intencion.) Sí.

PRINC. Y yo... á las seis
tengo... pero...—Amiga mia,
—¿me convidais á comer?

JUANA. Lo pedis con tanta gracia!...

PRINC. De veras?—Antonio...

JUANA. ¿Quién?

PRINC. Hablaba con Perez.—Dadme
vuestro brazo.—Sed cortés...

PEREZ. Pero...

PRINC. Y enseñadme el resto
de vuestra casa.—Ya veis
cuán presto acude al reclamo...

Vigilad, Juana.

JUANA. Por qué?...

PRINC. Porque así en broma y en broma
puedo llevármele.

JUANA. Ved...
cuánto confio en los dos.

PRINC. (Está llorando!...—Oh placer!)
—Pues, Antonio, aprovechemos
la ocasion!...
(En alta voz, riendo y mirando á Juana. La actriz encargada del papel de la Princesa, cuidará de no recargar las tintas de este cuadro, comprendiendo que las palabras puestas en su boca, tienen la suficiente importancia en la situacion dichas con naturalidad y que Juana no puede oirlas de otro modo.)

PEREZ. Bueno. (Es Luzbel
con faldas, y... ¿quién resiste
á un diablo de este jaez?)
(La Princesa entra por la izquierda, dirigiendo una insultante mirada á Juana.)

ESCENA XI.

JUANA y VAZQUEZ, que está algo apartado de ella.

JUANA. ¡Oh rabia!—¿Eh!...

VAZQ. (Acercándose y con acento á la vez de indignacion y de cariño.)
Ya veis, señora!....

JUANA. Veo... que aún os atreveis
á insultarme... Y no me extraña:
soy una pobre mujer.
(Volviéndole la espalda y enjugándose los ojos con el pañuelo. Vazquez se retira observándola.)

VAZQ. (El golpe se dió aunque al darle
me hiriera en poco la piel
de la mano... Necesito
un cuchillo de muy buen
temple si he de repetir
este golpe.)—Pero ¿quién
viene por ahí?
(Acercándose á la puerta del foro y mirando al

pasillo, por donde desaparece.)

—¿Qué milagro
le pudo hasta aquí traer?

ESCENA XII.

JUANA, despues ESCOBEDO.

JUANA. El vicio triunfa y la inocencia gime!...
—Justo es que á tal mujer ame y estime
el hombre que ni atiende la querella,
que usurpa á mis dolores su extravío,
que el rubor que no asoma al rostro de ella
en sangriento carmin inunde el mio.
Padres... hermano!... Vuestro apoyo fuerte,
despojo de la ausencia y de la muerte,
ya no me presta su invencible ayuda...
—Cuando cierro los ojos siempre os veo,
¡y por eso sin duda
cerrarlos para siempre es mi deseo!
(Cae en un sillon.)

ESCOB. (Saliendo por el foro y avanzando lentamente.)
El palacio del Rey es su morada,
la adulacion la aduerme con su arrullo,
y de otro dueño el alma enamorada
siente por él esclavitud y orgullo.
—Hoy me manda llamar... ¿mas qué hay que espere?...
Si no me quiere, ¿para qué me quiere?
Si es feliz, si de mí no necesita,
¿por qué verme á su lado solicita
aumentando el dolor de la memoria
que suelta á veces de su red los lazos?
¿No sabe que mirarla en otros brazos
es sufrir el infierno y ver la gloria?
(Viendo á Doña Juana.)
¡No es ella?—Sí por Dios!—Ella!...—Parece
que la crueldad el alma le agradece.
(Mirándola embelesado.)
—Juana!

JUANA. ¡Juan!
(Levantándose y como quien vuelve de un sueño.)
¿Es verdad que Dios nos junta?

ESCOB. No lo sé... Yo iba á hacerte esa pregunta.
—Mas... ¡tú estabas llorando, Juana mia?...
¡No eres feliz! (Con exaltacion.)

JUANA. (Tratando de reponerse.) Desecha esas ideas...

ESCOB. (Y yo de que lo fueses me dolía!...
—Dios me castiga con que no lo seas!)

JUANA. (Despues de un momento de vacilacion.)
Y... ¿por qué no he de ser franca contigo?
¿Por qué no te he de dar parte del peso
que temeraria á sostener me obligo?
¿No eres mi hermano tú, no eres mi amigo?

ESCOB. (Y algo que vale más que todo eso!)
Hagamos de una carga dos iguales:
lleva los bienes, llevaré los males.

JUANA. No hay bienes, Juan!

ESCOB. Pues, Juana, de ese modo
sé generosa y déjame con todo!
—¿En qué te muestra su rigor la suerte?

JUANA. Antonio no me ama.

ESCOB. ¡Pues qué?... ¿Puede vivirse sin quererte?

JUANA. Si él no quiere á su vida ni á su fama!

ESCOB Luego... ¿No es el rumor que crece y cunde
de la envidia la voz, con él sañuda?
¡Es la verdad desnuda!

JUANA. No lo sé: la verdad miedo me infunde
y me arrojo en los brazos de la duda.

ESCOB. Yo ví y dudé tambien: dábame pena
que mi amigo, mi hermano en la serena
y alegre juventud, fuese un villano...
Ay! Tiene algo de propia, aun siendo ajena,
la infamia del amigo y del hermano.
—El pobre Juan no acaba de ser niño.

JUANA. Esos títulos tiene á tu cariño
la que quitando al corazon la valla
y revolviendo de su hiel las heces,
hoy á tí te confiesa lo que á veces
á sí misma se calla.

ESCOB. Habla!...

JUANA. No soy feliz en el estado
que escogió mi razon y mi albedrío.

ESCOB. ¡No?...

JUANA. Hasta hoy mi pecho resistió esforzado

la amarga indiferencia, el desden frio,
y redobló su amor, bizarro ó necio:
mas, cuando al fin á la verdad despierte,
¿vacilará la fe si se convierte
el amor en desprecio?

ESCOB. Desprecio... á quién?

JUANA. (*Vacilando: asustada de sus palabras.*) ¿Á quién?...

ESCOB. Juana!... ¿Tú sabes
lo que diciendo estás?

JUANA. Sigue! No acabes
de hablarme así, por Dios!—Tu faz adusta
no temple el ceño: tus palabras graves
á indignacion exalten la energía...
dime que soy injusta...
alumbra mi razon y sé mi guía.

ESCOB. ¡Yo!

JUANA. Muéstrame severo mis deberes,
dime que las mujeres
casadas, deben con ardor constante
en ellos mantener los ojos fijos,
en cumplirlos cifrar sus regocijos,
y sin ver en su esposo al tierno amante.
venerarle por padre de sus hijos!
—Callas?

ESCOB. Adios!
(*Haciendo un violento esfuerzo y dando un paso.*)

JUANA. Me dejas?
—¡Repugnancia te causo!

ESCOB. (*Volviendo y contemplándola.*) ¡Tú!

JUANA. Y te alejas
de mí por eso?

ESCOB. No!

JUANA. Yo te reclamo
la verdad!

ESCOB. ¡La verdad?... ¿Tú me aconsejas!...
(*De pronto, y despues de sostener consigo mismo una visible batalla.*)
No! Yo te quiero, pero no te infamo!

JUANA. ¡Tú!...—Bien... pero ese afecto... es el de [amigo.

ESCOB. No!

JUANA. Es el amor de hermano...

ESCOB. ¡Es eso y todo.

que todos los amores van conmigo!

JUANA. Juan! ¿Pues ahora me hablas de ese modo!

ESCOB. ¡Si tú adivinas lo que yo no digo!
—Un hogar en tu hogar encontré un dia:
crecí á tu lado... y el amor crecía
conmigo: tú le dabas forma y nombre,
¡y el amor se hizo dios... y el niño hombre...
¡y su dios ni siquiera le entendía!
Yo imaginaba que mi ardiente fuego,
siempre juntos los dos, calor te daba...
y ni turbó tu plácido sosiego:
la lumbre estaba aquí y aquí quemaba!
Pobre aliciente mi cariño era
á una mujer de su Criador amante...
Un alma, un corazon... la vida entera
ó es todo ó no es bastante.
Otro ser más feliz halló razones
capaces de mudar tu santo intento...
—porque hay dos ocasiones
en que puede expresarse el sentimiento:
y nada le resiste:
cuando es leve el amor; cuando no existe.
Enfrente de un error que aun hoy me ofusc
busqué la muerte en que el dolor concluye...
—pero la muerte busca á quien la huye
y huye de quien la busca.
En Tillemont, en Gembloux, Juan de Esco-
fué la prez del ejército de España; [bedo
hizo prodigios de valor el miedo...
¡y consistió en vivir mi única hazaña!
Al fin te perdoné: ¿qué es mi egoismo
junto al inmenso amor que aquí rebosa?
Volví á la córte y esquivé el abismo
y seguí separado de mí mismo.
Oí decir que la madre y que la esposa
llamábante el mejor de sus modelos...
y el orgullo por tí venció á los celos!

JUANA. ¿Tú que me ves caer no me levantas
y en contra de mi honor tu fe quebrantas?

ESCOB. ¡Tu honor?...—Mi amor es hijo de los cielos
y no toca á la tierra con las plantas...
Firme cual el de padre,

tierno cual el de madre,
cual el de amigo fiel, de sus trasuntos
se autoriza mi amor y se rodea,
porque mejor se vea
como él solo es mayor que todos juntos!

JUANA. ¡Gracias, Juan!—Tu entereza y tu hidalguia
infunden un aliento sobrehumano
en la que está orgullosa de su hermano...
¡y de poder amarle todavía!

ESCOB. Perdóname! Á tus plantas me arrodillo
y resignado á mi dolor me avengo.

ESCENA XIII.

DICHOS y VAZQUEZ, que asoma por la puerta del foro, y sorprende á ESCOBEDO arrodillado á los piés de Doña Juana.

VAZQ. ¡Ah! Buscaba un cuchillo...
Si! Buscaba un cuchillo y ya lo tengo!
(Vazquez avanza al centro de la escena con el rostro impasible: Doña Juana y Escobedo le miran recelosos. Todo esto mientras el telon cae rápidamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo.—Va declinando la tarde.

ESCENA PRIMERA.

VAZQUEZ y ESCOBEDO, sentados.

VAZQ. Éste es Perez.
ESCOB. Me confundo
ante el cuadro... y dudar quiero...
VAZQ. El ministro del austero
rey don Felipe Segundo...
ESCOB. (Pensativo.)
La Princesa...
VAZQ Vos teneis
(si no vivo equivocado,)
algun afecto al privado...
ó á su esposa...
ESCOB. (Levantándose con sorpresa.) ¿Qué quereis
decir?...
VAZQ. Digo que es razon
(Haciéndolo tambien con gran calma.)
que sabiéndolo yo, acuda
á demandaros la ayuda
que exige su salvacion.
ESCOB. Pues ¿qué riesgo le amenaza?
VAZQ. No bastan sus inprudencias

acaso? Mis advertencias
y mis consejos rechaza,
y ya me rinde y me abate
esta lucha estéril: yá
sospecha el rey...—¿Faltará
alguno que le delate?

ESCOB. Habrá alma tan baja? No!

VAZQ. Sí!—Básteos mi testimonio,
Escobedo...—En cuanto á Antonio...
—De Antonio me encargo yo.
Yo con la astucia haré vana
la accion investigadora
de la justicia.

ESCOB. Sí...

VAZQ. Ahora
pensemos en doña Juana
y en sus hijos.

ESCOB. Pero... ella
¿qué puede temer?

VAZQ. La ira
popular corre y no mira,
y en lo que topa se estrella.
Y aunque la casualidad
su vida libre tal vez,
quedará en triste escasez,
en amarga soledad...

ESCOB. ¿Viviendo yo? ..

VAZQ. Bien!
(Dominaudo un impulso de cólera.)—Hé alí
en lo que estriba mi ruego.
—Vos la recogeis...

ESCOB. Sí!

VAZQ. (Y luego
yo la recojo de tí!)

ESCOB. ¿No habrá modo de evitar?

VAZQ. Ya el mal remedio no tiene.
—Pero... la princesa viene
con Perez.

ESCOB. ¡Les voy á hablar...

VAZQ. ¿Sobre qué?... Ved lo que haceis!...
(Alarmado.)

ESCOB. Á advertirles con severo

lenguaje, el peligro...

VAZQ. Pero...

ESCOB. (Desembarazándose de Vazquez, que trata en vano de detenerle.)
Dejadme á mí y ya vereis!

ESCENA II.

DICHOS, la PRINCESA y PEREZ, por la izquierda.

PRINC. (Inspeccionando la escena.)
—Pues no está!

VAZQ. (¡Dar en la empresa
parte...)
(Mirando á Escobedo con ira y desprecio.)

PEREZ. ¡Juan!... Por vida mia
que ..

ESCOB. (Apartando á Perez, que va á abrazarle y dirigiéndose á la Princesa.)
Á solas hablar querría
con la señora Princesa.

PRINC. Bien... Luégo...

ESCOB. No: al punto.

PRINC. ¿Es cosa
que obligue á tales extremos?
—Venid.
(Se van junto á la ventana y allí hablan en voz baja y con calma primero; con acaloramiento y más fuerza despues.)

PEREZ. (Á Vazquez con sorna.)
Conque ¿qué tenemos
del amante de mi esposa?
¿Callais?...

VAZQ. (Asaltado de una idea.)
No!... Ya sé quién es.

PEREZ. ¿Sí?

VAZQ. (Así le mantengo á raya...)
—Y acabo de verle...

PEREZ Vaya!...

VAZQ. Arrodillado á sus piés.

PEREZ. (Alarmado.) ¿Hablais con formalidad?

VAZQ. (Resentido.) Perez!...

PEREZ. ¿Quién es ese hombre?
Su nombre! Pronto! Su nombre!
¿Estais mudo?

VAZQ. Perdonad.
Tened calma!

PEREZ. No la puedo
tener hasta que mi afan
concluya.

VAZQ. Pues..., el galan
es Escobedo.

PEREZ. ¡Escobedo?...
(Yendo á lanzarse á él: Vazquez le detiene.)
Prudencia! Venid!
(Llevándoselo más hácia el foro, donde continúan hablando en voz baja.)

PRINC. (Separándose de Escobedo y bajando al centro de la escena seguida por él.)
—Eh! Paso!
Basta!

ESCOB. Yo...

PRINC. ¡Qué atrevimiento!

ESCOB. Os he dicho lo que siento.

PRINC. Lo que sentireis acaso!

ESCOB. Ved que me mueve el afan
de salvaros: no os ofusque
el orgullo.

PRINC. Cuando busque
yo preceptores, serán
más sabios que vos... Y adios.

ESCOB. Mis lecciones...

PRINC. Las desprecio.

ESCOB. Si hoy dároslas puede un necio...
tanto peor para vos!

PEREZ. Qué es eso?
(Ha notado que pasa algo entre Escobedo y Ana; Vazquez no ha logrado distraerle y se acerca á ellos. Vazquez se aproxima un poco, pero queda sismpre á alguna distancia: en sus ademanes se ve que está contrariado y no sabe qué partido elegir.)

ESCOB. No es nada: copia
de palabras!

VAZQ. (¡Mala peste...

en mí!)

PEREZ. Pero... bien...

PRINC. Que este necio, por confesion propia, me está faltando al respeto.

PEREZ. ¡Cómo?...

PRINC. ¡Y la vergüenza abrasa mi rostro!

PEREZ. Juan!... En mi casa! ¡Sal de aquí!

(Vazquez se adelanta más, como dispuesto á cortar la conversacion si llega á tomar un giro inconveniente para él.)

ESCOB. Yo te prometo (Reprimiéndose.) librarte de mi presencia:
pero... en pago, óyeme ahora...
—Y vos, en tanto, señora,
oid á vuestra conciencia!
(Vazquez da un paso.)
—Sé que eres traidor al trono...

VAZQ. ¡Don Juan! (Interponiéndose.)

PEREZ. Me juzgas dispuesto á sufrir?...

ESCOB. Y á Juana... y esto sí que no te lo perdono!

PEREZ. Eh?...

VAZQ. (¿Veis!...) (Á Perez.)

ESCOB. Fíate de quien
en tu provecho se inspira
como en el del reino: mira
que te hablo así por tu bien!
Que si álguien dice quién eres
al Rey!...

VAZQ. Señores!...

PEREZ. (Mirando á Escobedo con cólera.) ¿De modo que tú eres capaz?...

ESCOB. (Sosteniendo la mirada y con energía.)
De todo,
por cumplir con sus deberes
es capaz Juan de Escobedo!

VAZQ. (Ah!...) (Con alegría.)

PEREZ. Te agradezco el aviso!

ESCOB. Y adios!
(Saliendo: Vazquez le sigue, y los dos se van por el foro.)
VAZQ. —Muy bien!
ESCOB. Es preciso
meterle un poco de miedo...
VAZQ. Sí!
ESCOB. El peligro que recela
acaso su enmienda afirme.
VAZQ. (Este mozo va á servirme
de cuchillo... y de rodela!)

ESCENA III.

La PRINCESA y PEREZ.

PRINC. (Acercándose á Antonio, que está pensativo y turbado.)
¿Vos creeis tambien que ese loco
puede hacer?...
PEREZ. No, Dios mediante,
pero...
PRINC. Pues vuestro semblante
me tranquiliza muy poco.
PEREZ. Otro mal me hace abatir
la frente.
PRINC. Mis labios sello. (Resentida.)
PEREZ. ¿Quereis saber?...
PRINC. Sólo aquello,
que se me quiere decir.
PEREZ. Pues ¿puedo yo alguna cosa
reservar de vos?
PRINC. Yo os pido...
yo os ruego...
(Como resistiéndose á oir.)
PEREZ. Hay un atrevido
que me corteja á mi esposa.
PRINC. Escobedo, eh? (Despues de un momento.)
PEREZ. Sí!
PRINC. Al ir Juana
á profesar, le escribió
llamándole... (Recordando.)

PEREZ. ¿Y él?...
PRINC. Cumplió
el deseo de su hermana;
y llegó á Madrid, deshecho
el juicio en sus trampantojos,
con el júbilo en los ojos
y la epístola en el pecho.
Aun recuerdo la expresion
de su orgullo...
PEREZ. ¡Juana!...
(No explicándose lo que pasa.)
PRINC. (En tono enfático.) «Esta
carta, he de llevarla puesta
siempre sobre el corazon!»
Já, já, já!
PEREZ. Él creería ser
llamado por ella...
PRINC. Justo!
Y ó se engañó ó no habló á gusto
de tan discreta mujer.
PEREZ. ¡Bien pudísteis acordaros
un poco ántes de la historia!
PRINC. Es tan flaca mi memoria...
que me olvido hasta de daros
disgustos sin ton ni son.
PEREZ. Y el caso es...—Si hoy se repite
la llamada...
PRINC. El sabio admite
la mudanza de opinion...
PEREZ. Callad por Dios!
PRINC. ¿Y qué hacemos
de Escobedo?
PEREZ. Si en seguida
no le arrancamos la vida
ó la lengua, nos perdemos
para siempre.
PRINC. ¿Sí?

ESCENA IV.

DICHOS y el REY, por el fondo.

REY. Princesa,

¿mi venida os entristece?

PRINC. Señor, tal es y tal crece
mi angustia, que ya no cesa
ni ante vuestra majestad.

PEREZ. (Con calor.) Un hombre ha atentado aleve
á su respeto.

REY. ¿Quién debe
morir?

PEREZ. (Morir?...)

PRINC. (Asustada.) Oh! No!...

REY. Hablad.

PEREZ. (En un duelo arriesgar puedo
vida y honor y fortuna.)

REY. Os he preguntado una
vez quién es...

PEREZ. Es... Escobedo.

REY. ¡Siempre ese hombre!

PEREZ El otro dia
encontró sobre mi mesa
una carta á la Princesa,
de vuestra majestad...
(Ana mira á Perez con asombro.)

REY. ¡Mia!
—¡Fué descuido!—Pero... ¿osó
leerla?...

PEREZ. Y dió en sospechar...

REY. ¡Tambien osó adivinar
que la había escrito yo!

PEREZ. Ese hombre es ménos necio,
señor, de lo que aparenta.

REY. ¡Pues su discrecion...

PEREZ. Intenta
venderla á un precio...

REY. ¿Á qué precio?
—Hablad sin interrupciones!
(Á la Princesa. Perez medita.)

PRINC. (Confusa.) Perez se explica mejor
que yo...

PEREZ. Si nuestro favor
no apoya sus pretensiones,
sacándole de su empresa
con fortuna y brevedad...

dirá á vuestra majestad
que sabe que la Princesa
y Perez hacen traicion
á su Rey, que... ¡que se aman!
(Como asustado él mismo de la suposicion.)

PRINC. (Comprendiendo.)
—Ved, señor, cómo me infaman!

REY. Mi afecto en esta ocasion
probaros de nuevo aguardo,
ya que habeis dado al olvido
tan pronto lo sucedido
el miércoles en el Pardo.
—Tal ha de ser mi venganza.

PEREZ. Yo no conozco esa historia...

PRINC. Abandonadme la gloria,
señor, de vuestra alabanza.
—Al comenzar el ojeo
el Rey estaba á mi lado,
cuando, de pronto, acosado
por el rudo clamoreo
que el eco hasta allí esparcia
de las trompas, de la gente
de caza, del estridente
aullido de la jauría,
un ciervo se nos presenta,
intranquila la mirada,
en los lomos embotada
la gallarda cornamenta,
rompiendo los matorrales,
el espacio devorando,
saltando airoso, nadando
por los espesos jarales.
—Detúvose: olfateó
el peligro ya lejano,
y no advirtiendo el cercano
á nosotros se lanzó.
—Intérnase en el ramaje
que me oculta y me defiende:
pasa, y con sus piés desprende
una tira de mi traje...
Doy un grito: el Rey la cuerda
súbito al arcabuz cala,

y mete al ciervo la bala
detrás de la oreja izquierda.
Vamos allá... El moribundo
entre su sangre se agita...
Nos siente llegar. . palpita
todo él... Lanza un profundo
gemido en que nuestros yerros
parece que acusar quiere...
me mira llorando... y muere
desgarrado por los perros.

REY. Quien ha logrado que Europa
de su mirada se apoque,
no deja que nadie os toque
ni aun al pelo de la ropa!
(Á Perez.) Traedme á Escobedo, que quiero
sondearle.

PEREZ. (Con viveza.) Se marchó
ya hace rato.

REY. Al pasar yo
por el corredor frontero,
(Señalando al del foro.)
estaba en conversacion
con mis pajes: id por él.

PEREZ. Voy! (Contrariado y saliendo.)

ESCENA V.

LA PRINCESA y el REY.

PRINC. No será tan cruel
el Rey en esta ocasion
como en aquella...

REY. No tanto
con tal que el ciervo no raje,
al paso que vuestro traje,
algun trozo de mi manto.

PRINC. Sí!... El temor avisa...

REY. Á algunos.

ESCENA VI.

DICHOS y PEREZ.

REY. —Viene?
PEREZ. Espera.
REY. Vos podeis.
oir...
PEREZ. Bien!... (Con alegría.)
REY. Y me excusareis
relatos inoportunos.
PRINC. Yo me retiro... Me siento
mal...—Inquieta...
(Tranquilizando á Perez y al Rey, que se acercan á ella con solicitud.)
—Disculpadme (Á Perez.)
con Juana.
PEREZ. Sí.
PRINC. (Y avisadme
de lo que ocurra, al momento.)
(La Princesa se va por la derecha y Perez por la izquierda.)

ESCENA VII.

EL REY, en seguida ESCOBEDO, por el fondo.

REY. Un poco de calma.—Bien!
—Escobedo! (Llamando y sentándose.)
ESCOB. Señor!—(No:
quien fué mi amigo no puede
procurar la perdicion
de mi causa.)
REY. Contestadme
y no me mintais.
ESCOB. Señor!
—El Rey pensando en quien es
se ha olvidado de quien soy.
REY. Pues ¿quién sois vos?
ESCOB. Un soldado
que pocas veces entró
en el real palacio y sabe

que el Rey prefiere la voz
de la verdad, al halago
de cobarde adulacion.
Han trascurrido ocho dias
desde que en Madrid estoy;
y aun no he aprendido á mentir.

REY. ¿Aun no? ¿Estais seguro?

ESCOB. (Con firmeza) Aun no!
Acostumbrado al peligro
de morir, mi religion
y mi conciencia me obligan
á estar siempre bien con Dios.
—El señor don Juan de Austria,
hijo del Emperador
Cárlos quinto y, por lo tanto,
hermano...

REY. Bastardo.

ESCOB. (Con doloroso resentimiento primero y despues con digna y respetuosa entereza.)
Oh!
Su orígen no fué legítimo,
pero sus hechos lo son.
* Y siendo sus hechos suyos
y siendo de tanta pró,
engendrándole de nuevo
la nobleza en su crisol,
por sus hechos es legítimo
hijo del Emperador!
Cárlos quinto no podia
morir, y dispone Dios
que viva el padre en el hijo,
y en él vive... que es razon
que al fin pague un hijo á un padre
la vida que recibió!

REY. Mucho amais á vuestro amo.

ESCOB. Es bueno!

REY. Si á su ambicion
igualára su bondad
no pudiera ser mayor.

ESCOB. ¿Quién la alimenta?

REY. Eso quiero
averiguar.

ESCOB. Quién ligó
los piés al águila ayer,
porque andaba muy veloz
y extraña que con sus alas
á los cielos suba hoy!

REY. (Despues de dirigir á Escobedo una profunda mirada y con suavidad.)
—No os entiendo.

ESCOB. Pues... haré
por explicarme mejor.
El Rey ha negado siempre
á don Juan, cuanto él pidió
á su hermano.

REY. Y... ¿qué ha pedido?

ESCOB. Fué su primera ilusion
llamarse infante...

REY. No quise
hacerle á ilusiones yo.

ESCOB. Todos le llaman «Alteza»
fuera del suelo español...

REY. Fuera de él, el Rey de España
no tiene jurisdiccion.

ESCOB. Y es porque la lleva en sí
con verdad y con honor,
y nadie puede negársela
como nadie niega al sol!

REY. Creo que algo más que «Alteza»
quiso ser don Juan...

ESCOB. Señor,
las almas grandes, renuncian
un deseo á condicion
siempre de mirar cumplido
otro deseo mayor.
De infante va un hombre á rey:
de nada...

REY. Puede ir á Dios!

ESCOB. ¿Á Dios...

REY. Desde la estrechez
oscura de una prision.
(Escobedo comprende y levanta altivamente la cabeza.)
—Arrogantemente habla

el activo embajador
de don Juan.

ESCOB. Y mejor obra
en Flandes quien le envió:
quien, hecho á reñir se mira
en la dura precision
de ser *político*
(Pronunciando la palabra con marcada repugnancia.)
cuando
pudiera ser vencedor!

REY. * Séalo.

ESCOB. Dénle con qué.
—En Flandes está el honor
de la patria! Nuestros tercios,
gala del suelo español,
abandonan tristemente
los campos donde corrió
su sangre, fecundizando
con noble riego la flor
inmortal de nuestras glorias,
oprimida en la extension
de dos mundos. Hoy nos vence
¡la desgracia! hoy mi señor
rinde al desaliento el ánimo
que el plomo no quebrantó. *
Mire el Rey que si perdemos
las vidas en la ocasion
que él de perderlas nos da,
él pierde y nosotros no:
más vive el que muere honrado
que el que vive sin honor!
—Dé el Rey á don Juan recursos.

REY. Los recursos déselos
la hacienda de los herejes
que han buscado la cuestion.
—Fuera de que yo no quiero
hacer servir su valor
más que para el bien de España.

ESCOB. ¡Pero!...

REY. Mis vasallos son
mis hijos: los quiero más
que á mi hermano.

ESCOB. Y es razon,
¡pero...

REY. Él pudiera á los suyos
mirar con el mismo amor...
y ya tengo suficientes
enemigos hoy por hoy.

ESCOB. ¡El Rey piensa que conspira
don Juan!... (En la mayor exaltacion.)

REY. (Con reposo.) Piensa que sois vos
quien le levanta de cascos.

ESCOB. ¡Pues... si don Juan mi señor,
conspirára contra vuestra
majestad!...

REY. ¿Qué?

ESCOB. Si á un peñon
puesto en mitad de la mar,
se marchase el vencedor
de Lepanto y comenzára
á llamar gente... á su voz
se reuniria un ejército
debajo de su pendon!

REY. ¿Y con él qué haría?

ESCOB. Toma!
vencer... ó morir sinó!

REY. ¿Y es ese peñon el Mogro
que hoy fortifica el señor
y alcaide de su castillo
don Juan de Escobedo?

ESCOB. (Con cólera y confusion.) ¡Yo!...

REY. Parece que los colores
os saca la acusacion...

ESCOB. Sí! pero el Rey no distingue
la vergüenza del rubor!

REY. Defendeos!

ESCOB. Al Rey toca,
cumpliendo su obligacion,
defender al inocente.

REY. ¡Y castigar al traidor!

ESCOB. ¡Traidor! (Como herido del rayo.)

REY. ¡Perez!

ESCENA VIII.

DICHOS y PEREZ, que se dirige al Rey esforzándose por permanecer tranquilo, y esquivando la mirada de Escobedo.

ESCOB. (Me vendía
Antonio... ¡Qué necio soy!)
REY. Recoged el nombramiento
á ese hombre!
PEREZ. Pero...
ESCOB. Dolor
me causa ser castigado
injustamente... más vos (Á Perez.)
hallareis justo que se una
el vicio con la traicion.
Carta tengo en mi poder
que os delata por traidor...
PEREZ. Mostradla!... (El Rey se sonrie.)
ESCOB. Perez... no es uno
el oficio de los dos. (Con desprecio.)
—Castíguenme: donde ultrajan
la fama de un servidor
como Ruy Gomez... no espere
el bueno otro galardon.
REY. (Con ira.)
¿Quién la ultraja?...
ESCOB. (Mirando de reojo á Perez que da un paso hácia él.)
Quien se mira
tan cerca del Rey... que estoy
por decir que es el Rey mismo!
(Movimiento de placer en Perez y de cólera en el Rey.)
quien debiera á la nacion
dar ejemplos de...
REY. (Asiendo á Escobedo del brazo y casi á su oido.)
¡Si alguno
sospecha que he escrito yo
una carta á la de Éboli...
(Escobedo mira al Rey espantado.)
y que la habeis leido vos...

ESCOB. ¡Yo!...
REY. ¡Salid!
ESCOB. (Pero... ¿qué es esto?...)
REY. Y libreos de mi furor
la fuga.
ESCOB. (Frente á palacio
me ha de hallar mañana el sol!)
(Se va por el foro reposadamente.)

ESCENA IX.

EL REY y PEREZ. Mucha rapidez.

REY. (Despues de una ligerísima pausa.)
Prendedme á ese hombre!...
(Perez va á salir: el Rey le sujeta por el brazo y prosigue.)
—Mi trono,
hasta mi reputacion,
peligran... ¡Don Juan conspira!
PEREZ. Es indudable, señor!
REY. Es preciso escarmentarle!
PEREZ. (Asustado.) ¿En cabeza propia?
REY. No!
—En Escobedo.
PEREZ. Un castigo...
REY. Que baste para los dos.
PEREZ. Pero... un proceso...
REY. Sí... es largo...
PEREZ. Puede hacer correr la voz...
REY. De mis flaquezas!
PEREZ. Y á más,
don Juan puede...
REY. En su temor
de mirarse descubierto...
PEREZ. Ó en su desesperacion...
REY. Intentar algo...
PEREZ. ¿Quién sabe?
REY. —¡Y hay razon...
PEREZ. Sobra razon
para matar á Escobedo!

REY. Sí: es necesario el rigor.
PEREZ. Y el sigilo.
REY. Y ¿quién pudiera
aceptar la comision
de...
PEREZ. (Despues de pensar un momento.)
¿Antúnez el ballestero...
REY. Está ahí fuera.
PEREZ. Bien! Pues voy
á hablarle...—Mas... necesito...
REY. Una órden?...
(Vacilando un momento y yendo en seguida á la mesa, donde escribe precipitadamente en una hoja de papel, que entrega á Perez.)
—Tomadla!
PEREZ. (Leyendo rápidamente y deteniéndose con satisfaccion en la firma, que pronuncia con claridad.)
—«Yo
el Rey.»
REY. Rompedla en seguida.
PEREZ. Sí! (Guardándola.)—(No caeré en tal error!)
REY. Cuando Escobedo haya dado
cuenta de su infamia á Dios,
lleve Antúnez á doña Ana
el ciervo, y sin dilacion
venga á esta cámara y dígame
que mis órdenes cumplió.
—Esa será la señal
de la muerte del traidor.
PEREZ. Bien!
REY. Dentro de media hora
aquí: el despacho de hoy
es de interés.
PEREZ. (Saludando y saliendo por el fondo: deteniéndose ántes un momento.)
—Adelante!
REY. (Entrando por la derecha.)
¿Por qué tiemblas, corazon?...

ESCENA X.

Un momento sola la escena. Está anocheciendo y se oye rumor de gente que pasa por debajo de la ventana, tocando guitarras y bandurrias, y produciendo algazára que va disminuyendo gradualmente: en seguida JUANA por la izquierda.

Algo extraño pasa aqui
y no sé si es el deseo
forjándose un devaneo
que acalle su frenesí;
pero tengo para mí
que en Antonio se prepara
un cambio... Yo ví en su cara
ira... y ví tambien sonrojos,
y la señal que á mis ojos
le defiende es la más clara.
* —Suele el espíritu ser
ante la verdad rehacio,
rebelde, y ella despacio
va extendiendo su poder.
Aguardar es menester;
el tiempo su oficio hará:
hoy con mis consejos ya
estuve imprudente yo...
Sí: le humillé... y me humilló:
bien empleado me está!
—Su corazon la virtud
no esquiva; es que la cabeza
comprime en él la grandeza
y seca la juventud.
Esa infame esclavitud
de mis brazos no le escuda:
cuando el mal en bien se muda
mayor el trueque lo hace...
¡y no hay fe cual la que nace
de las sombras de la duda! *
—Más tranquilo, más sereno
el lago á estar se dispone
despues que una piedra pone
en conmocion todo el cieno.

Tire la piedra el ajeno
cariño con falso halago
y huya del daño al estrago...
—Yo, sentada en la pendiente,
veré mi serena frente
copiar al tranquilo lago.
—Véndale el amigo infiel
que su deshonra procura,
y, en su error, ni se figura
lo que está haciendo por él.
Muérdale el vulgo cruel,
agote insultos y apodos,
calúmnienle de mil modos,
hagan de la infamia el gasto,
ódienle todos: yo basto
para quererle por todos!

(En este momento vuelve á pasar el grupo de gente del pueblo por debajo de la ventana. Doña Juana va á ella y se asoma.)

Aún dura la animacion
de la pasada verbena:
aliméntese en la ajena
la propia satisfaccion.
Conténtate corazon,
que de tí contento estás;
no ha de estarlo así jamás
quien con celos te importuna:
aquí hay fe y allí fortuna...
—Veremos quién puede más!

ESCENA XI.

JUANA y PEREZ que sale por el fondo, agitado, convulso, en el mayor desórden, volviendo á cada paso la vista atrás y sin ver á su esposa. La vacilante y apagada luz del crepúsculo alumbre débilmente el teatro.

PEREZ. Ya logré la intencion mia!
Ya para él no hay esperanza!...
¡Y pienso que en mi venganza
he encontrado su agonía!
¡Sangre mi honor me pedia:

sangre mi seguridad!...
¿Por qué la intranquilidad
ahora me sigue tambien?...

JUANA. —Junto al placer de obrar bien,
¿qué es la humana adversidad?
(Para sí, y vuelta de espaldas á Perez, con voz suave y sonriendo con beatitud.)

PEREZ. Mas... ¿tiene acaso derecho
el rencor á hacer justicia,
fundándose en la malicia
y consultando al despecho?..
—¿Le mato porque sospecho
que á mi honor atentar osa...
ó sólo el miedo me acosa
y me rinde á su obediencia?...
¡Oh!...
(Cayendo en un sillon. Doña Juana se vuelve al ruido y se aproxima: Antonio se levanta espantado.)
—¿Quién es!...—(Es mi conciencia
que toma cuerpo?...)

JUANA. Es tu esposa.
(Con naturalidad y cariño.)
—¿Dónde has andado? ¿De dónde
vienes?...

PEREZ. (Con desabrimiento.)
¡Qué te importa!

JUANA. (Con dolorosa sorpresa y reprimiéndose en seguida.)
¿Cómo!...
—Oiga!—Miren con qué aplomo
y brevedad me responde!
—Pero... ¿tu lengua me esconde
algun disgusto?... Habla... dí!
(Con ansiedad.)

PEREZ. Celebro encontrarte aquí!

JUANA. Yo tambien!

PEREZ. (Con extrañeza, mirándola.)
—¿Quieres?...

JUANA. Templar
tu enojo...

PEREZ. (¡Y yo descargar
la tempestad sobre tí!)

JUANA. ¿Á qué esperas? Ven conmigo...
Ven á encontrar tu reposo
en el seno cariñoso
de la esposa y del amigo.
—Pero... ¿nada dices?...
(*Tomándole una mano.*)

PEREZ. (*Rechazándola con violencia.*) Digo
que basta de hipocresía!

JUANA. ¡Antonio!

PEREZ. ¡Que al fin un dia
entre mis males incluyo
la infamia de verme tuyo
y el rubor de verte mia!

JUANA. Pero... ¿qué es esto?
(*Con desesperacion: como loca.*)

PEREZ. Ya sé...
(*Cogiéndola de un brazo.*)

JUANA ¡Qué sabes?... (*Con ansiedad.*)

PEREZ. Sé que has vendido...

JUANA. ¡Habla!

PEREZ. La fe á tu marido!...

JUANA. Oh! calla!

PEREZ. Á un hombre sin fe.
—Niégamelo!

JUANA. ¿Para qué?

PEREZ. Defiéndete al ménos!

JUANA. No!
—Yo sé quién me delató...
y es necesario que entiendas
que hasta que tú me defiendas
no he de defenderme yo!

PEREZ. ¡Pensará que fundo en vano
mis sospechas!—Oye...

JUANA. (*Con repugnancia.*) Aparta!...

PEREZ. ¡No! ¡Respóndeme: ¿qué carta
fué la que escribió tu mano...

JUANA. ¿Carta!...

PEREZ. Á Escobedo...

JUANA. (*Como extrañándose de que se la culpe por eso.*)
¿Á mi hermano!...

PEREZ. Sí, al ir á hacer profesion! (*Con sarcasmo.*)

JUANA. Esa nueva acusacion

ni oirla siquiera debo.

PEREZ. Dime... ¿Iba á ser el mancebo
el juez de tu vocacion?

JUANA. (Juguete de esa mujer!...)

PEREZ. Eso fué ayer: hoy que, rotos
aquellos, tus nuevos votos
te tienen en mi poder,
¿le has escrito como ayer?...

JUANA. ¡Tal crees y no me has muerto
todavía?—No! Ya advierto
que no lo crees .. Yo vivo...
y te oigo... y... ¡tienes motivo
para saber que no es cierto!
—Pero... basta!—No se hable
más...

PEREZ. Puesto que me oyes, oye:
en cuanto una prueba apoye,
clara, patente, palpable...

JUANA. ¡Los dichos de un miserable
y una mujer baladí!...

PEREZ. No he de matarte, no!

JUANA. ¡Y dí:
¿quién tal piedad de tí espera?

PEREZ. Tu infamia es tuya y entera
debe caer sobre tí!
—Yo debo de mí arrojar
la mujer que me sonroja,
como de su seno arroja
los cadáveres el mar.

JUANA. Arrojarme... (Sin comprender del todo todavía.)

PEREZ. Sí, y quedar
limpio, altivo como él.

JUANA. ¡Repudiarme... por infiel...
¡tú... á mí!—Dios que así me tratas,
¡si tú tampoco me matas,
tú tambien eres cruel!
—¡Y abriga el cobarde intento
de lanzarme al mundo impuro
quien me arrancó del seguro
asilo de mi convento!...

PEREZ. ¡Dime que tu casamiento
oro y nobleza me dió...

Humíllame:—¿por qué no?
Échamelo en cara... Sí!

JUANA. (Que ha estado mirando á su marido absorta; con generosa dignidad.)
—Eso no se ha dicho aquí
hasta hoy... y hoy no he sido yo.
—Separarte...—¿Tienes calma
para pensarlo siquiera!...
¡De mí!..De tu compañera...
¡de los hijos de tu alma!
¿No ha merecido otra palma
mi lealtad en tus desvíos,
mi amor en tus extravíos...
y esos seres adorados
¿merecen ser desgraciados
no más que porque son míos?

PEREZ. Pobre disculpa! Y no puedo
aguardar de tí otra nueva.
—Pídele á Dios que una prueba
no patentice el enredo!
¡Pídele por Escobedo!

JUANA. ¿Eh!... (Asustada.)

PEREZ. (Corrigiendo su torpeza.)
¡Pide á Dios por su suerte!

JUANA. Pues... Juan... Habla!—Yo soy fuerte!

PEREZ. La suerte tiene sus giros...

JUANA. ¿Acaso vais á batiros?...

PEREZ. Y el duelo va á ser á muerte. (Sombrío.)

JUANA. ¡Hay otra pena más honda! (Llorando.)

PEREZ. No ocultes tus afecciones!...

JUANA. ¡Díle á quien sienta pasiones
impuras, que las esconda!
—Yo no debo hacerlo. Sonda
el corazon que has herido,
que, aunque lo halles ofendido,
buscarás desden en vano
por la vida de mi hermano
y por la de mi marido!
—¿Pruebas quieres? Pues ¡por Dios
que te las he de traer?
¡Tú dejas mi honor caer?
Bien! Yo alzaré el de los dos!

PEREZ. Á dónde vas?

JUANA. Voy en pos
de Juan.

PEREZ. (Oh!...) ¿Qué insensatez
es esa? Escucha! (Procurando detenerla.)

JUANA. Tal vez,
al vernos en tu presencia,
ante la altiva inocencia
tenga que temblar el juez!
(Saliendo por el foro.)

ESCENA XII.

PEREZ.

Aguarda... Mira... Detente!
—Tanto vale hablar al viento.
—Esa energía... ese acento...
¡Dios de Dios... ¿será inocente?
—Hay entónces quien intente
cegarme... Si Ana... Si el mismo
Vazquez... No: tanto cinismo
no cabe en un corazon!
—¿Habla en ella la razon?
¿responde en mí el egoismo?

ESCENA XIII.

PEREZ y VAZQUEZ, por la derecha, seguido de un criado que trae dos candelabros y se va despues de dejarlos donde aquel le indica.

VAZQ. (Al criado.) Sobre la mesa.

PEREZ. ¿Quién es?
Ah!—¿Viene el rey?

VAZQ. En seguida.

PEREZ. (Yendo á coger una carta que Vazquez saca del pecho.)
¿Traeis la prueba ofrecida?

VAZQ. La prueba... vendrá despues.

PEREZ. Ví una carta y... ¡Cuánto yerra

la esperanza!

VAZQ. De ordinario:
no siempre.—Es del secretario
del ministro de Inglaterra.
(Deja la carta sobre la mesa.)

PEREZ. Ah!...
(Dándose una palmada en la frente, como si recordase algo. Va á la mesa y escribe.)

VAZQ. (Para sí, retirado á la derecha.)
—Doña Juana... ¡En tal sér
tan bastarda villanía!...
¡Yo que un ángel la creía!...
—No: no es más que una mujer. (Con pena.)
—Y aunque más fácil impura
el espíritu la vea...
parece que la desea
más difícil y más pura...
Porque llenando mi seno
mi amor se eleva arrogante
como una rosa fragante
plantada en medio del cieno!
Sí: tal victoria rebaja
á quien ya vencido estuvo:
no la alcanzo porque subo...
¡la recojo porque baja!

PEREZ. (Leyendo lo que ha escrito. Vazquez oye al principio con indiferencia: luégo presta más atencion y se aproxima á la mesa.)
«Princesa, podeis venir
á las doce por la puerta
secreta: quedará abierta
y nadie os podrá sentir.
Escobedo dejará
de hablar dentro de muy poco:
el Rey ha tomado al loco
por traidor á España, y ya
el Rey en nuestro favor
como en su provecho lidia,
pues se libra de la envidia
protegiendo nuestro amor...»

VAZQ. (Con verdadero asombro.)
¡Pero... ¿está loco este hombre?...

PEREZ. ¿Loco?...

(Sin comprender y cerrando la carta, de que Vazquez se apodera rápidamente.)

VAZQ. (Examinando la carta y riéndose.)

—Á juzgar por las muestras...
—¡Una confesion de vuestras
faltas .. y al pie vuestro nombre!

PEREZ. Si...

VAZQ. (Mirando siempre la carta y dándola mil vueltas.)

Bien dije, voto á tal!
El cerebro no anda sano.
—Si esta carta va á la mano
de alguno que os quiera mal!...

(Echando la carta sobre la mesa, con enojo.)

PEREZ. Y ¿eso es fácil?...

VAZQ. Un descuido...
La fatalidad...

PEREZ. Teneis
razon.—Vazquez, ¡no sabeis
cómo estoy!

VAZQ. Ciego.

PEREZ. Aturdido...
El dia de hoy...

VAZQ. Es verdad.

PEREZ Comprended que hay razon harta...
—¿Qué hacemos?

VAZQ. Romped la carta
en mil pedazos...

(Cogiendo la carta de la mesa y alargándosela á Perez, que la rompe en seguida.)

—¡Guardad
los pedazos!...

(Recogiendo dos ó tres que ya han caido al suelo y tomando los demas de manos de Perez.)

No entre en gana
de recogerlos cualquiera
y...—Casi lo mejor era
echarlos por la ventana. (Lo hace.)
—Ya me apestaba á cordel
vuestro cuello...—Uf!—Ya consigo
respirar!...

(Con satisfaccion, sentándose y enjugándose con el

pañuelo el sudor del rostro.)

PEREZ. (Estrechándole las manos.)—¡Querido amigo!... (¡Y yo sospechaba de él!...)

ESCENA XIV.

DICHOS y el REY, por la derecha. Manifiesta desde el principio de la escena encontrarse preocupado y triste, y habla con sequedad á Vazquez y al mismo Perez.

VAZQ. El Rey.

REY. (Á Vazquez.) Ordenad primero
el trabajo.

(Vazquez coge una cartera, toma papeles del estante y de los legajos y los mete en ella con otros de la mesa: aquellos ántes.)

PEREZ. (Ap. al Rey.) (Todo está
dispuesto.

REY. Bien!...

PEREZ. Y vendrá
á avisar el ballestero
apenas...

REY. Si.—Vos, es llano...
que ya le habreis prevenido...

PEREZ. Dirá sólo que ha cumplido
la órden del soberano.

REY. ¡Cómo?...

PEREZ. En la fórmula esa
lo que el Rey dispuso observo:
vendrá en cuanto lleve el ciervo
á la señora Princesa,
y por lo tanto...

REY. Ya estoy.)

VAZQ (Adelantándose con la cartera en la mano.)
—Cuando vuestra majestad...

REY. (Yendo hácia la mesa y sentándose en el sillon de en medio quedando de espaldas á la puerta de la izquierda. Vazquez á su lado, á la derecha, y Perez delante.)
¡Con cuánta contrariedad
luchó el despacho de hoy!

PEREZ. Si, hay dias...

REY. (Dias fatales!)

(Á Vazquez.) Ya habreis descifrado el pliego
de Cárcer: leédmele luego,
Perez...
(Perez va á buscarla en la cartera y Vazquez le da
la carta.)
—Decidme ántes cuáles
los antecedentes son
de este desdichado asunto.

PEREZ. Parece que estaba á punto
de consumar su traicion
el embajador infiel.
Abre el secretario un dia
cierto billete que envia
su amo á la reina Isabel
en que, con dos ó tres grandes,
de la nobleza desdoro,
vende proteccion al oro
de los herejes de Flandes...
* —cuyo bien con noble afan
la reina Isabel procura.

REY. (¿Si andará en esta aventura
mi hermano el señor don Juan?...)

PEREZ. Guárdalo y hácese el muerto
cuando su pérdida extraña
su señor: mándalo á España:
teme aquel ser descubierto,
y da un corte á sus humanos
proyectos, pues le interesa
más la vida que la inglesa
piedad por los luteranos. *
—Nunca apadriné el rigor
sino en raras ocasiones,
pero hallo ciertas traiciones
imperdonables, señor;
y ésta á mi entender está
pidiendo á voces la muerte
de ese hombre! (Con calor.)

REY. (Con severidad.) Yo de su suerte
decidiré.—Leed vos!
(Perez se inclina respetuosamente, desdobla la carta,
y al encontrarse con que es la que él escribió en la
escena anterior y no la del embajador, que Vaz-

quez ha trocado y sustituido, no puede reprimir un gesto de espanto. Mira en seguida á Vazquez, que permanece impasible.)

PEREZ. ¡Áh!...

REY. ¿Qué es eso?

VAZQ Una traicion nueva
tal vez...
(Con dulzura: Perez mira á un lado y á otro como tratando de esconder la carta: la posicion en que está colocado no se lo permite.)

REY. (Á Vazquez.) ¿Ahí de ese villano
se prueba...

VAZQ. En la misma mano
de Perez está la prueba.

REY. Leed! (Impaciente.)

PEREZ. (Si pudiera inventar...
«Señor... anoche...
(Haciendo que lee y balbuceando.)

REY. ¡Leeis
ó no?

PEREZ. «Parece...»

REY. Que habeis
dado en tartamudear!

PEREZ. Es que... (Confuso y temblando.)

REY. Así, ¿quién se penetra
de lo que decís? Si el paso
no esforzais...

VAZQ. Perez... acaso
no comprende bien mi letra...
—Yo escribo muy mal y él...
(El Rey examina algunos papeles que hay en la mesa.)

PEREZ. (Aproximando con disimulo la carta á un candelabro para quemarla.)
(Así, al ménos, me defiendo...
de...)

VAZQ. (Que ha notado el movimiento de Perez: con naturalidad y quitándole la carta de la mano.)
Pero ¡qué estais haciendo?...
—¡Pues por poco arde el papel!

PEREZ. (Reparad que hemos trocado
las cartas... que en vos confio...

VAZQ. ¡Cuánto siento, amigo mio, (Con sarcasmo.)
que os hayais equivocado!...)

PEREZ. (¡Oh!...) (Comprendiéndolo todo al fin.)

REY. Vazquez, leed vos...

PEREZ. (Piedad!

VAZQ. Venganza!) Yo estoy dispuesto...
(Mirando la carta y fingiendo sorpresa, encarándose con Perez que está completamente abatido.)
Pero... ¡Perez... ¿Vos!...

REY. (Levantándose furioso del asiento y acercándose á ellos.)
¡Qué es esto?

VAZQ. (Bajando la cabeza y dando la carta al Rey como haciéndose una gran violencia.)
Véalo su majestad.

REY. (Leyendo.) «Princesa, podeis venir
á las doce por la puerta
secreta: quedará abierta
y nadie os podrá sentir...
—Escobedo dejará
de hablar dentro de muy poco:
el Rey ha tomado al loco
¡por traidor á España!... y ya
el Rey en nuestro favor
como en su provecho lidia...
¡pues se libra de la envidia
protegiendo nuestro amor!
—Perez!»
(El actor debe comprender lo que pasa por el ánimo del Rey al leer esta carta y adivinar sin dificultad el único modo posible de expresar sus sentimientos. En un principio, extrañeza al encontrarse con una cosa distinta de lo que esperaba: luégo sorpresa, dolor y profunda cólera al ir pesando cada una de las ideas. Los puntos suspensivos indican las pausas naturales y convenientes en que el Rey divide sus miradas entre el papel que tiene entre las manos y el traidor favcrito.)

PEREZ. (Á Vazquez, que se sonrie.)
—(Infame!)

REY. Divino
cielo!—Escobedo inocente...

Ella infiel... Mi confidente
traidor... ¡y el Rey asesino!
(Cogiendo á Perez de un brazo y sacudiéndole.)
Vos que gustais del rigor
sólo en raras ocasiones,
¿no encontrais ciertas traiciones
imperdonables!...

PEREZ. (Anonadado.) ¡Señor!...

REY. Dignas de la muerte?...

VAZQ. (Con feroz satisfaccion.) ¡Ah!...

REY. Vazquez, el hombre discreto
que guarda al Rey un secreto...
es mi secretario ya.

VAZQ. ¡Señor!...

REY. (Mirando á Perez.) Es costumbre mia.
—Mi guardia! Pronto! Prended
á ese hombre!
(Á la guardia, que sale por la derecha y rodea á Perez.)
(Á Vazquez.) ¡Y vos!... Vos... corred
por si es tiempo todavía
de evitarme esta ansiedad...
¡Ved si Escobedo no ha sido
muerto aún, y....
(Vazquez sale por la derecha y por el fondo, y despues de una ligera pausa, el Ballestero.)

ESCENA XV.

DICHOS y un BALLESTERO.

BALLEST. Se ha cumplido
la órden de su majestad.
(Saludando y retirándose inmediatamente.)

ESCENA XVI.

EL REY, PEREZ, GUARDIAS.

REY. (¡Mi órden!...—Seré implacable:
será ejemplar el castigo
del hombre con el amigo

y del Rey con el culpable!)

PEREZ. Señor... Ese miserable,
para perderme, fingió
mi letra... y el Rey y yo
siervos de sus ambiciones...

REY. ¡Qué mezquinas invenciones!...
(Si fueran verdades!...) (Pausa.)

REY y PEREZ. ¡Oh!...
(Á un tiempo los dos al ver salir á la Princesa por la derecha.)

ESCENA XVII.

DICHOS y la PRINCESA, que se queda turbada al encontrarse con el Rey y ver á Perez rodeado de guardias.

REY. (Ap. á Ana.) Viuda al esposo tan fiel
como al Rey, venid...

PRINC. ¿Qué es eso,
señor?... Perez!... ¿Está preso!...

REY. Leed despacio este papel (Dándole la carta.)
que os escribe, y ved en él
cuanto os importa.

PRINC. ¡Ay de mí!...
(Despues de leer, llorando.)

REY. Contestad!

PRINC. (Rompiendo la carta y arrojando los pedazos al suelo.)
Contesto así!

REY. ¡Ha roto!... (Contrariado.)

PRINC. Yo no hago aprecio
de tales calumnias!
(Al pasar junto á Perez, mirándole con desden y retirándose altivamente por el fondo.)
¡Necio!

PEREZ. Princesa... ¡ya os conocí!

ESCENA XVIII.

EL REY, PEREZ, GUARDIAS: á poco JUANA seguida de CABALLEROS y PAJES, por la puerta del fondo.

REY. (Hecha pedazos está
de sus crímenes la prueba...
—Si él mi órden consigo lleva...
—Bien guardada la tendrá!)

JUANA. (Dentro.) Atrás, fementida grey
aduladora y villana!
—Ah!
(Saliendo, viendo al Rey y corriendo á arrojarse á sus plantas.)

REY. (Levantándola.) ¿Qué quiere, doña Juana?

JUANA. Que el Rey defienda su ley!
—Don Juan de Escobedo ha sido...

REY. Lo sé. (Interrumpiéndola.)

JUANA. Y el vulgo insensato
achaca el asesinato...

REY. Acabad! (Ansioso.)

JUANA. Á mi marido.
La envidia no lo declara
porque lo sabe de cierto:
¡Antonio le hubiera muerto
frente á frente y cara á cara!
—Yo os pido, Rey generoso,
y sé que no será en vano,
justicia para mi hermano,
justicia para mi esposo.

REY. (Adelantándose.) Yo la haré.

PEREZ. Juana!

JUANA. ¡Él aquí!
¿Y así hace justicia vuestra
majestad?

REY. Si por la muestra
juzgais, juzgareis que sí.

JUANA. (Yéndose á Perez, que baja los ojos.)
¡Y callas, y...—Alza la frente
de la tierra y mira al cielo,
que está allí porque en su duelo

lo contemple el inocente!

PEREZ. Calla!

JUANA. ¡Si me hará tambien dudar á mí... ¡Si sospecho...

PEREZ. Juana .. mucho mal te he hecho y estás vengándote bien.

JUANA. Vírgen Madre! No lo puedo creer!

PEREZ. Calla!

JUANA. Desdichado!

ESCENA XIX.

DICHOS y VAZQUEZ, por la derecha.

VAZQ. Señor, esto se ha encontrado sobre el pecho de Escobedo. (Mostrando al Rey una carta que trae.)

REY. Acaso la carta sea de Perez para don Juan...

PEREZ. Si algo merece mi afan, yo pido al Rey que la lea y verá que le he servido bien.

JUANA. ¡Ah! (Con alegría, lanzándose á Vazquez y arrebatándole la carta.)

REY. Cogedla, por si...

JUANA. (Suplicante.) Dejádmela leer á mí... ¡que defiende á mi marido! (El Rey hace un signo de asentimiento y Vazquez se detiene. Juana lee la carta con vehemencia y zozobra, como recelando que se la puedan quitar. «Queriendo todo se allana; de mi conducta lo infiere: ven pronto á Madrid, que quiere tenerte á su lado, Juana.» —¡Oh!

PEREZ. ¡La prueba!

JUANA. (Á Vazquez.) Noble accion!

VAZQ. ¡Señora!

(Con dolor é indignacion de que se le suponga capaz de semejante bajeza.)

JUANA. Cuánto en vos cabe.

VAZQ. ¿Pensais que...

JUANA. Mi esposo sabe...

PEREZ. Que tiene en tí otro baldon.

REY. (Bien!) (Con satisfaccion.)

JUANA. ¿Dudas?

PEREZ. ¿Niegas?

JUANA. No! Nada!

(Mostrando la carta á todos.)

Yo no sé cuándo está escrita,
pero el corazon me grita
que yo he sido siempre honrada.
¡Lo soy! Y si no confundo
la infamia que mi honra inmola,
¿no es más serlo ante mí sola
que sólo ante todo el mundo?

REY. Llevadle ya.

VAZQ. (¡Qué cruel
castigo es el que me espera!)

JUANA. (¡De qué distinta manera
me conduje yo con él!)

(Perez, rodeado de los guardias, sale por el foro: el Rey se retira por la derecha, y Vazquez, que ha ido acompañándole, vuelve inmediatamente despues.)

ESCENA XX.

JUANA y VAZQUEZ.

VAZQ. ¡Dadme la carta... un proceso
va á abrirse, y ese papel
puede figurar en él!

JUANA. (Mirando á Vazquez con altanería y guardando la carta.)
Yo lo guardo para eso.

VAZQ. Su proteccion positiva
mi amor os dará constante...

JUANA. Tengo yo mejor amante

y protector allá arriba.

VAZQ. ¿Dios!...

JUANA. Él me guarda el honor
que el alma gana en tal guerra.
Sí, si el cuerpo es de la tierra
el alma es tuya, Señor.
—Ya... ya se acortan los plazos
de mi muerte... y mi alegría...

VAZQ. (Viéndola vacilar, yendo á ella y recogiéndola por fin.)
—Pero!...

JUANA. Aquí! Socorro! (Con voz ahogada.)

VAZQ. ¡Es mia!
Al fin la tengo en mis brazos.
(Aparecen en la puerta del foro algunos Caballeros y Pajes y cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Habitacion de paso en la prision de Antonio Perez. Puerta al foro por la que se ve una galería y otras dos á los lados: la de la derecha es del pasillo que va al cuarto de Perez: la de la izquierda comunica con las habitaciones interiores. Mesa á la izquierda con recado de escribir: junto á ella un ancho sillon de baqueta.

ESCENA PRIMERA.

Un momento la escena sola y oscura. VAZQUEZ entra por el fondo seguido de LEON LOBO: éste trae una lámpara que deja luégo sobre la mesa.

VAZQ. Venid digo!
LEON. Caballero,
si no os bajais el embozo,
¡vive Dios, que soy capaz...
VAZQ. Serénese y hable un poco
más tranquilo el buen...—¿Cuál es
vuestro nombre?
LEON. Hum!...—Leon Lobo.
VAZQ. Leon Lobo...—Si corresponden
los hechos al mote...
LEON. ¡Cómo
mote? Nombre de bautismo.
—Decid vos el vuestro,—y pronto,
ó de lo contrario...

VAZQ. Quítese
la desvergüenza y el gorro
el villano... ante el ministro
de su Rey!
(Se desemboza y deja ver en su pecho la cruz de Santiago.)
Caiga de hinojos
y pida perdon...

LEON. (Con la voz más dulce; sobrecogido y confuso.)
Descúbrome...
y digo que soy un porro...
y juro...

VAZQ. (Sentándose en el sillon.)—Basta. (Veamos
si es lo que parece el mozo:
si puedo dejar seguro
y tranquilo al buen Antonio
con su carcelero actual.)
—Amigo...

LEON. (Acercándose con recelo.)
(Amigo?...)

VAZQ. Ese rostro,
esa mirada, esa voz,
cuanto en vos descubro y noto...

LEON. ¡Qué?... (Alarmado.)

VAZQ. Dice que vuestos presos
tienen por guardian...

LEON. (Con sencillez.) Un monstruo?...
—Cá! No señor!—Yo no soy
lo que parezco. Yo odio
el rigor y odio mi oficio,
y en cuanto vos me deis otro,
lo dejo.

VAZQ. (Finge ó...) ¡Si al punto...

LEON. Al punto, señor!

VAZQ. No logro
saber quién sois... (Mirándole fijamente.)

LEON. (Con aturdimiento é ingenuidad.)—Yo nací
el once de Abril de...

VAZQ. (Levantándose impacientado.) ¡Voto
á...

LEON. Dia de San Leon.
—Mi padrino, que era un topo,

no quiso hacerle un desaire...
Y por eso soy Leon Lobo.
* Desde mis primeros años
era yo el niño de coro
más hábil, el ayudante
á misa más oficioso
que se hallaba en el concejo
y diez leguas en redondo;
y cuando me sonreia
un porvenir de canónigo,
mi padre me hizo trocar
en arcabuz el hisopo,
los maitines en dianas
y en mandobles los responsos.
Fuí á la guerra y no corrí,
y por eso no me corro,
y por eso me zurraron
turcos, flamencos y moros. *
—Vine á la córte en demanda
de un empleo y no hubo modo
de que me diese una audiencia
el altivo don Antonio
Perez, á quien hoy la suerte
pone bajo mis cerrojos.
Metióme aquí vuestro hermano:
no era yo el más á propósito
para el cargo y lo tomé
haciendo esfuerzos heróicos.
Dejéme crecer las barbas,
hablé grueso, miré fosco
é hice por ser insensible
á los males de mis prójimos,
pues en romances é historias
desde tiempos muy remotos
los míseros carceleros
no son hombres, que son ogros,
y yo, señor, soy así
porque... ó somos ó no somos.
* Y la verdad, yo me tengo
cogido miedo á mí propio,
y temo quedarme á solas
conmigo, y si busco en otro

agradable compañía
se asusta y me deja solo.
Y mi mujer me halla feo
y me hace andar con cien ojos,
y cuando lloran mis hijos
no se llama nunca al coco,
pues con decirles: «Que viene
padre!» se han callado todos. *
—Trocadme, señor el cargo;
yo á vuestras plantas lo imploro
y den fin mis desventuras
que *finis corónat ópus.*

VAZQ. ¿Quereis dejar el empleo...
LEON. Ah! señor...
VAZQ. Pues... será pronto.

ESCENA II.

DICHOS, el REY por el fondo.

LEON. ¡Oh!... (Yendo á besar la mano á Vazquez.)
REY. ¿Vazquez?...
VAZQ. (El Rey.)—Salid!
(Á Leon Lobo, que se va por la derecha.)
—Señor! ¡Aquí?...
REY. ¿Os causa asombro
verme en tal sitio?—Por qué?
—Pasan los dias. Antonio
Perez va á declarar hoy
en el proceso que formo
al matador de Escobedo... (Sombrío.)
Él no lo dice y yo ignoro
dónde pára cierta órden
que pudiera ser su apoyo...
* ¡y mi deshonra!
VAZQ. En hallarla
mis cinco sentidos pongo,
pero...
REY. Y yo os quisiera ménos
solícito... y más dichoso.
—Él la tiene y yo la busco:
á él debo acudir: sonrojo

más ó ménos, ni yo mismo
entre mis males lo noto.*
—¿Habeis visto á doña Juana
hoy?

VAZQ. Todos los dias... como
vuestra majestad desea.

REY. ¿Sigue tan fiel á su esposo...

VAZQ. ¡Siempre, señor!

REY. ¿Ha entregado
todos los papeles?...

VAZQ. Todos...
—Ella es fiel al Rey tambien!

REY. Temo que los más preciosos...
hayan quedado con ella.

VAZQ. No!

REY Y si de ello me cerciоro,
¡vive Dios que ese modelo
de esposas...

VAZQ. (Tiemblo y zozobro
á mi pesar...)

REY. Que el Rey mismo
admira desde su trono,
va á venir á acompañar
á su amantísimo esposo.

VAZQ. ¡Señor!...—Ella... Ella no puede
ver lo mismo que nosotros...
*—Por más que el crímen la cause
repugnancia... su decoro...
y hasta el nombre de sus hijos...
—Mi opinion...

REY. Eh! Yo no formo
mi opinion con las ajenas:
tengo la mia... y la impongo! *
—Llamad á Perez.

VAZQ. (¡Privanza,
¡qué esquilmada te recojo!...)
(Entra por la derecha.)

ESCENA III.

EL REY.

Bien esta triste mansion
cuadra á mi presente estado:
el Rey en una prision,
¡y en el pecho aprisionado
y roto su corazon!
Pequeño castigo á fe
de su culpa.—Porque él fué
quien tuvo la culpa: sí!
—á un hermano lo negué
y á un extraño se lo abrí.
El uno áun puede en mi cara
hacer gala de su rara
fortuna y de su osadía:
el otro...—¡Dios lo separa
de quien no lo merecia!
—Don Juan... ¿qué mejor asiento
que la tumba?... ¿qué hay que llene
mejor al más avariento?
—¿Donde estás, contentamiento?
¿Quién te encuentra? ¿Quién te tiene
—Lo que se debe entender,
fortuna, de tu caudal,
es que, siendo temporal,
no puedes satisfacer
al alma que es inmortal.
Tú me diste y me vas dando
honra y gloria y reino y mando,
y... es tan poco cuanto das
que digo de cuando en cuando:
«contentamiento, ¿dó estás?
¿Estás entre los favores
de este mundo y sus floreos?...
¿En el fin de sus deseos?...
¿En sus riquezas y amores?...
¿En victorias y trofeos?...»
—Ah! si los votos reuno,
todos declaran que no;

y entienda el vulgo importuno,
pues que no te tengo yo,
¡que no te tiene ninguno!*

ESCENA IV.

EL REY y PEREZ, por la derecha. Vazquez sale detrás de él y se retira por el fondo.

PEREZ. ¡El Rey! (En la puerta.)
REY. Ante el Rey estais,
no imagineis que soñais:
yo sé que no estais dormido.
—Oidle atento, que ha venido
el Rey ¡á que vos le oigais!
PEREZ. Señor!...
(Adelantándose con respeto y temor, y yendo despues á hincar una rodilla en tierra.)
REY. Noy hay señor aquí
ni vasallo...—¡Alzaos!
(Levantándole por un brazo.)
PEREZ. (Oh!...)
REY. ¡Que me humilla ver así
á quien me ha engañado... ¡á mí!
y á quien necesito... ¡yo!
—Vuestra maldad es inmensa
y no hallo á vuestra maldad
un castigo: renunciad
por inútil la defensa,
que yo os doy la libertad.
PEREZ. ¿La libertad! (Dudoso.)
REY. Del destierro.
PEREZ. Ah!...
REY. Creo que en este asunto
esperar más fuera yerro.
—Conque, dad la órden... y al punto
libre saldreis del encierro.
PEREZ. ¿Posible es que el Rey me dé
su perdon?
REY. Á él le interesa
tener la órden.
PEREZ. Pues diré

donde está... al poner el pie
en la raya aragonesa.

REY. ¡De mi palabra real
dudas, villano? ¡Oh baldon!

PEREZ. Señor, esta vida es tal,
que un poco de precaucion
á nadie le sienta mal.

REY. ¿Y no ves que si me lleva
la cólera hasta arrancarte
violentamente esa prueba
que nos une y que te eleva
sobre mí...

PEREZ. La tengo en parte
segura. Un leal amigo
la guarda en su noble pecho.

REY. ¡Es que hoy...

PEREZ. Si hoy á mi juez digo
la verdad, á poco trecho
del juez estará el testigo.

REY. Mirad con calma que el banco
puede transformarse en potro!

PEREZ. Mi amigo, señor, no es manco,
y ha de mostrarse tan franco
en un caso como en otro.

REY. ¡Eh?... (Con extrañeza.)

PEREZ. (Vivamente.) Regístrenme.

REY. No.

PEREZ. Sí!

REY. Nunca tan necio os creí:
ya sé que la órden con vos
no teneis.

PEREZ. (¡Pues, vive Dios,
por eso la tengo aquí!)
(Señalando el pecho.)

ESCENA V.

DICHOS y VAZQUEZ, por la izquierda.

VAZQ. (Al Rey.) Señor, ahí está mi hermano
Rodrigo.

REY. Y el escribano

real?

VAZQ. Llegó hace un momento.

REY. Voy...
(Da un paso y vuelve diciendo de modo que le oiga Perez, el cual se estremece.)
—Decid á maese Adriano
que tenga listo el tormento.

VAZQ. Ya hace rato que está listo.

REY. Bien! (Se va por la izquierda.)

ESCENA VI.

VAZQUEZ y PEREZ.

VAZQ. Se trata por la visto (Entre dientes.)
de que cante...—Tendrá chiste
la letra...

PEREZ. (Volviendo la cabeza y mirándole con altivo desden.)
Eh?...

VAZQ. Que me contristo
al encontraros tan triste.
—Ante cuadro tan funesto
se ablanda el odio feroz...

PEREZ. ¡La desgracia...

VAZQ. Por supuesto:
levanta.

PEREZ. (Volviendo la espalda á Vazquez, que entra por la izquierda riéndose con malignidad.)
Y levanta á un puesto
donde... ni oigo vuestra voz.

ESCENA VII.

PEREZ, en seguida la PRINCESA por el fondo: trae manto y se descubre al entrar en escena.

PEREZ. Tormento el soberano, el falso amigo
burla cruel.—¿No hay otra despues de esa
merecida leccion?

PRINC. Perez!
(Saliendo y descubriéndose.)

PEREZ. ¡Princesa!
¡Vos aquí!

PRINC. ¿No consigo
causaros más placer que la sorpresa
con mi visita?—Bien. (Quejosa.)

PEREZ. ¡En el momento
de mi prision, señora...

PRINC. (Con calma.) Yo debía
haber mostrado pena y desaliento,
complicidad con vos... con el intento
de afirmar vuestra pérdida y la mia.

PEREZ. (Despues de un momento de vacilacion.)
—¿Es verdad...

PRINC. ¿Qué?

PEREZ. ¿Es verdad... que hay almas fieles
á la desgracia?

PRINC. ¿No?

PEREZ. Perdon, señora!

PRINC. Hoy vengo á veros porque sé que ahora
intenta la justicia
buscar en vuestra casa los papeles
que teme que le oculte la malicia
de doña Juana, siempre cautelosa.

PEREZ. ¿Pensais vos que mi esposa
unida está...

PRINC. ¿Con vuestros enemigos?
—Los cielos son testigos
de que la juzgo noble y fiel y honrada.

PEREZ. ¡Honrada?...

PRINC. Sí: os lo puedo
asegurar.—Llamada
á declarar ayer sobre un billete
que halló, no sé si Vazquez ó un corchete,
en el pecho del mísero Escobedo,
yo declaré y declaro que es el mismo
que le escribió llamándole á la córte
para que presenciára
su profesion.

PEREZ. ¿Y vos... ¡Vos... oh! me abismo
en mil dudas!...

PRINC. ¿Dudais que lo que importe
á la honra ajena, de mi bien avara,

confiese al mundo porque á vos os ame?
¿Infame me juzgais?...

PEREZ. No os juzgo infame.

PRINC. No lo soy!

PEREZ. No lo sois!

PRINC. (*Pausa.*) Pues...—es preciso
que con vuestra licencia y vuestro aviso,
me entregue los papeles doña Juana
que tiene en su poder.—No es oportuno
descuidarse.—En mi casa de Pastrana
seguros estarán: quemaré alguno
que os comprometa...—Y esto á la ventura
deberé tras de angustias tan crueles:
haceros algun bien.

PEREZ. ¡Noble criatura!

PRINC. Noble... ¿por qué?
Decidme...—¿Lo importante...

PEREZ. Está todo escondido en los armarios
de la cámara azul...

PRINC. Bien!

PEREZ. Allí hay varios
legajos que es preciso que al instante
se quemen... Uno de ellos sobre todo
me pudiera causar...

PRINC. Yo necesito
que me indiqueis de descubrirle modo...

PEREZ. Vereis en una tabla un cofrecito...

PRINC. ¿El que yo os regalé? (*Con viveza.*)

PEREZ. Sí: donde guardo
los billetes que vos me habeis escrito.

PRINC. ¡Mis cartas!...
(*Con alegría, echándose el manto y disponiéndose á salir.*)

PEREZ. Junto á él... (*Deteniéndola.*)

PRINC. ¡No, no retardo
más!...—¡Adios!

PEREZ. (*Siguiéndola.*) ¡Aguardad!...

PRINC. Voy diligente...

PEREZ. ¡Sabed!...

PRINC. (*Saliendo, con intencion, y dirigiendo á Perez una sarcástica sonrisa.*)
No!... Si ya sé lo suficiente!

ESCENA VIII.

PEREZ: en seguida LEON LOBO por la derecha. va á atravesar la escena en el momento en que Perez se arroja en el sillon con desaliento. El carcelero trae una jarra en la mano.

PEREZ. ¡Tomé por caridad el egoismo!
¡Pobre de mí!

LEON. (Si salgo de esta casa
no voy á conocerme ni yo mismo.)

PEREZ. ¡Necio de mí!

LEON. ¿Quién es?...—Ah!
(Reconociendo á Perez y acercándose á él.)
¿Qué le pasa?...
¿Duerme, habla solo ó llora...

PEREZ. Ay! la sed me devora...
—Voy...—Leon amigo...

LEON. ¡Jum!—(Si algo se fragua
contra mi gravedad, todo se estrella
en mi rigor.)

PEREZ. (Mirando el jarro con ojos codiciosos y yendo á cogerlo.)
—¿Me dais un poco de agua?...

LEON. (Apartando suavemente el jarro.)
Tendreis sed...

PEREZ. Mucha, sí!...

LEON. (Con voz bronca.) Pues id por ella.

PEREZ. Insolente! Villano!

LEON. El villano insolente
pretendió un tiempo del ministro en vano,
y hoy el ministro es ya su pretendiente.

PEREZ. ¿Tú!...

LEON. (En tono sentencioso.)
—Haced bien sin temor de que se pierda,
que el ruin en los infiernos se chamusca:
el bien se topa donde no se acuerda
y el mal se encuentra apenas se le busca.
(Sale pausadamente por la izquierda.)

PEREZ. ¿Qué faltaba á tus ansias, miserable?...
¡El desprecio del ser más despreciable!

ESCENA IX.

PEREZ.

Vuelva en sí el alma adormida;
de sus pasadas memorias
se despierte,
contemplando dolorida
en lo que paran las glorias
de la suerte!
Ah! no fué el mérito, no,
lo que alentando mi vuelo
me alzó arriba...
La suerte me levantó
y la justicia del cielo
me derriba.
Álzase firme en la sierra
el roble contra aquilones
desatados,
y á un soplo vienen á tierra
los ruinosos paredones,
desplomados.
Yo nada sentia... Nada!...
—De Dios la mano secreta
viene y va
como la mano callada
del reloj... parece quieta...
llega... ¡y da!
Comencemos á aprender,
á ver.—Mas ¿qué luz advierte
por la tierra
nuestra vista?—Cuando á ver
va la del cielo, la muerte
nos la cierra!
La muerte... Ya el alma avara
la espera porque mitigue
su pesar.
—En la muerte todo pára...
—Si... pára... y descansa... y sigue
sin parar.
Juana! Hijos!... No hallaron eco

aquí... (Llevándose las manos al corazon.)
Yo les dí congojas
por amores...
—Tronco carcomido y seco,
él mismo suelta sus hojas
y sus flores.
—Sufro y no lloro... ¡Ah Señor:
ya ha adivinado tu infierno
mi penar...
—Ay! En él será el mayor
sufrir un dolor eterno
sin llorar!...

ESCENA X.

PEREZ, en seguida JUANA por el fondo.

JUANA. Antonio!... (Dentro.)
PEREZ. (Alzando la cabeza.)
¿Es ilusion de mis sentidos?...
JUANA. Antonio!... (Más cerca.)
PEREZ. No!—Es su voz... Juana!
(Viéndola aparecer en la puerta y retrocediendo á medida que ella avanza.)
JUANA. (Deteniéndose: con queja y cariño.) Tu esposa
¿no merece más plácida acogida
hoy que dudar no puedes de su honra?
PEREZ. (Para sí y esquivando las miradas de Juana.)
(Oh! Si cuantos están de mí quejosos
olvidan mi dolor ó de él se mofan,
¿qué hará conmigo esta mujer?...)
JUANA. Antonio!...
PEREZ. Juana!... Á qué vienes?... (Con voz destemplada.)
JUANA. (Con sencillez.) Vengo...
PEREZ. ¿Quién se goza
en la desgracia ajena?...—Vete... Vete!
Déjame acá con mi conciencia á solas,
que ella de tí me venga... y de mí mismo!
JUANA. Conque... ¿hoy tambien tu corazon me arroja
de su lado?...
PEREZ. ¿Qué dices!...

JUANA. ¡Hoy que vengo
á recoger la parte que me toca
de tu desgracia...

PEREZ. Mas...

JUANA. ¡Parte que es mia,
que me he ganado yo... que tú me robas
si me la niegas.

PEREZ. Pero...

JUANA. ¡El egoista
pensaba para sí guardarla toda!
(Abrazando á Perez.)

PEREZ. ¡Juana! ¿Tú vienes...

JUANA. Á vivir contigo.

PEREZ. ¡En mi prision!

JUANA. La casa no es muy cómoda...
(Mirando en torno de sí.)
—Lo siento... por los dos! En fin, ¡paciencia!

PEREZ. ¿Tú encerrada conmigo?

JUANA. ¿Qué te asombra?...
—El hombre y la mujer, cuando se casan
es para vivir juntos.—¿Pudo en otra
época separarnos la alegría?
—No pudo, y la desgracia que eslabona
y une las almas con amigo llanto,
por una eternidad nos junta ahora!

PEREZ. (Bajando la cabeza, avergonzado.)
(Oh!...)

JUANA. (Mirándole fijamente: comprendiendo lo que pasa por él y con marcada intencion.)
No te aflijas... nuestros hijos quedan
seguros...

PEREZ. Oh!... (Sollozando.)

JUANA. Bajo la fiel custodia
de la mujer de Gil, que con los suyos
los llevará á Aragon... Aquella atmósfera...
y la vida del campo, á sus mejillas
volverán los colores de la rosa
y los harán más bellos... ¡aun más bellos!
—Piensa en esto y repara cuánto importa
tener fuerza y valor... Á eso he venido,
á eso tan sólo... Si tu fe zozobra
en el rudo combate que sostiene,

la mia ni se rompe ni se dobla
por nada...—¡no, por nada, te lo juro!
—Pensando en mi Gonzalo, en tu Gregoria
que nos esperan, ¿decaerá el aliento?
—Nuestros bienes se van... y luego tornan...
que son gente extranjera y que se pierde
de la vida en la senda tortüosa.
Sigue á la risa el llanto como sigue
al dia, ingrata y fiel, la noche lóbrega:
tras de la luz, las fúnebres tinieblas...
tras las tinieblas... ¡la esplendente aurora!

PEREZ. No!... Si no me convenzo... Todos... todos
me dejan y me insultan... ¡Y tú sola
vienes á consolarme!...—Á ver... Explícame
tú por qué es esto... Dime...

JUANA. ¿No es la cosa
más natural? Recuerda quién son ellos:
quién soy yo. Son la turba que envidiosa
y avarienta á la vez, en tu fortuna
rondó tus pasos como el perro ronda
la mesa del festin. Ve los manjares,
no los puede alcanzar... Quiere las sobras.
¿Caes? ¿No han de alegrarse? Tú lastimas
sus esperanzas si las tuyas logras,
y ellos encuentran el ansiado triunfo
donde tú encuentras la mortal derrota.
—¿Y yo, quién soy?

PEREZ. ¡Un ángel! Una santa!
¡Una mártir! (Mirándola con veneracion.)

JUANA. (Mucha sencillez.) Yo soy la mujer propia,
unida á tí por los sagrados lazos
del amor y el deber: lazos que forma
el corazon y que la Iglesia anuda;
el mundo los respeta, Dios los corta.
Si mi alma es una parte de tu alma,
reiré si ries, lloraré si lloras,
que sentir el mal propio no es hazaña
que merezca sorpresa ni lisonjas...
—á lo sumo es flaqueza disculpable...
—Pero... ya basta... Hablemos de otra cosa.

PEREZ. ¡Dios mio!... ¿Por qué al hombre que ha ne-
la virtud, se la muestras? ¡No conozca [gado

nunca lo que negó: ¿qué más castigo?
—Mira! Lágrimas! ¿Ves... ves cómo brotan
de mis ojos á mares?—Desde niño
sospecho que no he vuelto á verter otras.

JUANA. Ellas te purifican, te engrandecen!
(Rodeándole el cuello con los brazos.)

PEREZ. (Separándola con horror.)
Al asesino!

JUANA. Calla!... Dios perdona!

PEREZ. Yo no!

JUANA. Los celos tu razon cegaron.
¡Sí!

PEREZ. ¡Si yo mismo confesé á mi esposa
que no la amaba!

JUANA. Y yo pensé no amarte
mil veces... y lo dije... Si esta tonta
(Señalando primero la cabeza y luégo el corazon.)
no sabe... Como está tan lejos de éste,
habla de él... ¡pero siempre se equivoca!

PEREZ Yo he querido arrojarte de mi lado.

JUANA. Pues ¿qué apostamos á que no me arrojas?

PEREZ. * Vete!

JUANA. Por vanidad he de quedarme.

PEREZ. Y déjame morir!

JUANA. ¿Morir!

PEREZ. Sí.

JUANA. Oiga!
—Antonio, en las ligeras desventuras,
puede pasar esa flaqueza, impropia
de nuestra situacion: el alma debe
crecer con el dolor; ser su señora! *

PEREZ. Oh! Acaba de entenderlo! Es que me humilla
tu bondad: que me viene á la memoria
el cuadro diferente que presentan
mi vil conducta y tu conducta heróica.
—Yo te arranqué del venturoso claustro:
¡tú en esta infame cárcel te aprisionas
conmigo... ¡y así acabas una vida
de espantosos martirios!

JUANA. Y de glorias!

PEREZ. Tambien de glorias!

JUANA. Pues ¿á quién las debo?

PEREZ. Á mí, es verdad!
JUANA. (Arrepentida, asustada de lo que ha dicho.) No!
PEREZ. Sí: yo soy la sombra
que destaca tu luz: este es mi orgullo,
y mi última ambicion con él se forja.
JUANA. Otra hay mayor!
PEREZ. ¿Cuál es?
JUANA. La de ser bueno!
PEREZ. Ay!
JUANA. Tu humilde ambicion estaba toda
puesta en la tierra: ¿la ambicion del cielo,
no es más pura, y más grande y más hermosa?
PEREZ. * Acaso por lo nueva me seduce.
(Con amargura.)
JUANA. ¡Cuántos por ignorancia no la logran!
¡Cuántos no son virtuosos en la tierra
porque *el sabor* de la virtud ignoran!
—Antonio, el que la gusta, de tal modo
á sus fáciles goces se aficiona,
que en la noble virtud se envicia el bueno.
PEREZ. ¿Me hará pecar tan dura pecadora? *
—Selle un abrazo el pacto! (Con efusion.)
JUANA. Y que la muerte
imagine romperlo... y no lo rompa!
(Se abrazan y permanecen así un momento.)

ESCENA XI.

DICHOS y LEON LOBO, por la izquierda. Al ver á Juana y á Anton io abrazados, lanza una exclamacion de sorpresa: luégo se repone y avanza.

LEON. Eh!...
JUANA. Quién? (Volviéndose asustada.)
PEREZ. La realidad.
LEON. Ya está reunido
el tribunal: veníos por si os toca
el turno pronto.
JUANA. (Ap. á Leon.) (El tribunal!—¿Qué intentan?
LEON. Que declare.

(Con voz más serena; contemplando con cierto respeto á Doña Juana.)

JUANA. (Muy amable.) Ah!... No más?... Decid...

LEON. (Solícito.) ¿Señora..,

JUANA. ¿Qué pensais vos... Saldrá mi esposo libre?...

LEON. Yo pienso que le sueltan...

JUANA. ¿Sí!...

LEON. (Ó le ahorcan.)

JUANA. ¡Oh! Decidme...

LEON. Imposible!

JUANA. Sed humano...
Sed blando...

LEON. ¿Blando yo?—Yo soy de roca.)
(Recobrando su aspecto habitual.)

ESCENA XII.

DOÑA JUANA y PEREZ.

JUANA. Ah!... Dime, ¿qué pensamiento
tienes...

PEREZ. Negar cuantas veces
me interroguen.—Si mis jueces
me someten al tormento...

JUANA. Dios mio!...

PEREZ. (Con ira.) Entónces!...

JUANA. Confiesa!...

PEREZ. Declararé al tribunal
que existe una órden del real
puño...

JUANA. Y ¿qué se manda en esa
órden?

PEREZ. Matar...

JUANA. Á Juan?...

PEREZ. Sí.

JUANA. Luego el Rey... (Con alegría.)

PEREZ. Yo engañé al Rey...

JUANA. (Ah!...) (Reprimiendo su dolor.)

PEREZ. Y si á él no guardé ley
debo guardármela á mí.
—La paz le he propuesto: piensa

vengarse: que se denigre
por su gusto.—¿Hiere al tigre?
¡El tigre tiene defensa!

JUANA. (*Vacilando.*) Eso... sí... tienes razon,
Antonio...

PEREZ. Razon y empeño
de vivir...

JUANA. (*Con decision.*) Sí, vive!

PEREZ. Y sueño
con mi rehabilitacion...
—á mis ojos.. Siempre fijos
en el norte que me guía...
(*Mirando á Juana cariñosamente y cogiéndole las manos.*)
y á los tuyos, Juana mia,
y á los de mis pobres hijos.

JUANA. (*De pronto: secándose los ojos.*)
Dame el papel, que está aquí
más seguro... (*Guardándolo en el pecho.*)
y vé sin miedo
ante tus jueces: yo quedo
pidiendo á su juez por tí!
(*Perez se va por la izquierda, despues de apretar las manos á Juana.*)

PEREZ. ¡Él hará lo que tú pidas,
que eres un ángel!

ESCENA XIII.

JUANA, en seguida VAZQUEZ por el fondo.

JUANA. Señor,
oye el grito de dolor
que me arrancan mis heridas.
* En tu alto poder confio...
ya que del bien dueño eres,
haz el bien: ¿para qué quieres
sinó tu poder, Dios mio? *
—Yo sé que Él me ayudará
á salvarle. (*Sale Vazquez.*)
—Quién?... (Ah! Calma:
valor!).

VAZQ. (Me decia el alma
que estaba aquí... y aquí está.)
JUANA. ¿Vos aquí?...
VAZQ. Dejad, señora,
que os pague males con bienes
quien sufre vuestros desdenes,
quien despreciado os adora!
JUANA. ¡Eh?... (Con altivez: retirándose.)
VAZQ. Al miraros en camino
de perder la honra ó la vida,
al miraros confundida
con el traidor asesino...
—no penseis que á demandaros
amor el amante viene.
JUANA. ¿Pues...
VAZQ. Mi amor deberes tiene,
y hoy tiene el de libertaros.
JUANA. (Me cree presa!)
VAZQ. Por cumplir
ese sagrado deber,
poco es dejar el poder
y ménos aún es morir.
JUANA. (Á ser posible...) (Muy preocupada.)
VAZQ. ¿Callais?...
—En vos el decoro pugna
con...—La cárcel os repugna...
de mi palabra dudais...
JUANA. (¡Salvarle quien le perdió!...
—¿Cómo se engaña á un villano?)
VAZQ. (Señalando el corazon.)
Vos no leeis aquí.—Es en vano
que os presente el libro yo!
* —¿Qué crímen á tan severos
juicios os lleva?—Os ví un dia
y os amé... El crímen sería
no amaros despues de veros!
—Con constante aplicacion
serví al Rey: cuando mi empeño
casi se juzgaba dueño
de su justo galardon,
un mozuelo que blasóna
de listo y que deja fama...

me quitó el puesto ¡y la dama!
¿Quién olvida! ¿Quién perdona!
—El cargo yo se lo dejo
ya al que lo quiera: el cariño
que os tengo...—Si amor de niño
es grande ¿qué será viejo? *
—Mi amor, en su terquedad
al ménos, á otro no cede...

JUANA. (Ama... Engañársele puede
sin mucha dificultad.)

VAZQ. Pero... ese silencio augura
que...—Comprendo lo que pasa
por vos...—Estareis en casa
decente, honrada, segura...

JUANA. *¿La vuestra?
(Con ironía que no puede reprimir.)

VAZQ. La de mi hermano,
la de su esposa, que creo
que se os parece... y ya veo
por qué está Rodrigo ufano
de su esposa —Él es el juez
de la causa que se sigue
á Perez, y si os persigue
el Rey en su insensatez,
nunca os buscarán allí...
—La justicia os da su escudo:
el amor...—Dudais?
(Viendo que ella hace un gesto de disgusto.)

JUANA. No dudo...

VAZQ. Y aceptais mi oferta? (Loco de alegría.)

JUANA. Sí! *
(Desechemos el temor:
¿qué se pierde con probar?)

VAZQ. ¡Mi amor!... (Con fuego.)

JUANA. No os debo escuchar
ni una palabra de amor. (Con severidad.)

VAZQ. Bien... Como querais...—Despues (Sumiso.)
de algun tiempo, habrá ocasion
de llevaros á Aragon...

JUANA. ¡Con mis hijos! (Vehemente.)

VAZQ. Sí... ¡eso es!
(Con alegría, al ver su entusiasmo.)

JUANA. (¡No! ¡Si él es el engañado
por mí!...)

VAZQ. Confianza!

JUANA. ¡En Dios!

VAZQ. Yo os acompañaré...

JUANA. Vos...

VAZQ. No más que como un criado...
Por vuestra seguridad.
Vuestro peligro destroza
mi alma... Y en Zaragoza,
yo viviré... en la ciudad...
Siempre fiel á los consejos
de la prudencia, que escucho...
—Sí!—Cerca de vos...—no mucho...
Léjos de vos...—no muy léjos.
Y allí os verán mis porfías
del mundo á la faz severa...
Algunas veces... Siquiera...
¡Siquiera todos los dias!...
—Con veros, de mi favor
me cobraré con usura,
y... si hasta de esa ventura
juzgais indigno á mi amor,
me moriré... ¿qué he de hacer?
Vivo sin vos... No reposo...
—Morir por vos... ¡Ay, qué hermoso
y qué dulce debe ser!

JUANA. (Pues ¿no le tengo piedad?)

VAZQ. ¡Conque... (Reponiéndose.)

JUANA. (Corazon cobarde!...)

VAZQ. Mas tarde... puede ser tarde.
Hagamos con brevedad
lo necesario...—Leon!
(Asomándose á la puerta de la izquierda y acercándose en seguida á Juana, que permanece pensativa y confusa.)
—El carcelero novicio
va á tomar un nuevo oficio:
desalojar la prision... (Con tono festivo.)

JUANA. (Es generosa mi idea
y siento un rubor extraño...)

VAZQ. ¡Leon! (Otra vez en la puerta.)

JUANA. (Preparo el engaño,
y siento que él me lo crea!)
—Y... ¿cómo?...

VAZQ. Con un disfraz...

JUANA. Sí! (—Yo á Antonio se lo cedo...
¡Si le salvo...)

VAZQ. (Cariñosamente.) ¿Teneis miedo...

JUANA. Ya soy de todo capaz!

ESCENA XIV.

DICHOS y LEON LOBO, que entra precipitadamente por la izquierda y se dirige á Vazquez. Mucha rapidez en esta escena.

LEON. Señor!...

VAZQ. Calla y escúchame!

JUANA. (¡Dios mio,
favoreced mi intento!)

VAZQ. Tu deseo
es dejar este empleo...

LEON. Sí... trocarle por otro...

VAZQ. Yo te fio
que ha de ser el mejor: ¿ves esta piedra?
(Mostrándole una sortija que lleva puesta.)

LEON. Señor!... Apenas puedo
sufrir su luz.

VAZQ. Dos mil ducados vale...
—Si de aquí esta mujer contigo sale,
entran dos mil ducados en tu dedo.
(Sacándose la sortija y metiéndosela en un dedo á Leon Lobo, que la contempla como embobado.)

LEON. Ah!...

VAZQ. Esto es sólo el principio.

LEON. (Pues juro por mi fé no perder rípio.)
—Esta mujer...—La cosa
no es muy dificultosa...
(Juana adelanta un paso.)

VAZQ. (Codicia! Cómo ciegas!...)
Nadie ha de conocerla... Se la entregas
á mi hermano...

LEON. (Con malicia.) ¿Diciendo quién envia
el presente...

VAZQ. Silencio!

LEON. Y... ¿disfrazada
ha de salir?

VAZQ. El modo...

LEON. Lo decía
por eso. La pasada
semana, cierto fraile dominico
acabó en su prision (yo certifico
que no de puro viejo,)
y el hábito dejó con el pellejo.

VAZQ. Pues vé por él!

JUANA. ¿Ahora?... (Turbada.)

LEON. (Dando un paso, pegándose una palmada en la frente y volviendo.)
¡Ay qué cabeza!
Señor! Si yo he venido aquí á buscaros
por mandato del Rey, que quiere hablaros.

JUANA. (Ah!...) (Con alegria.)

VAZQ. ¡Á mí? (Contrariado.)

LEON. Y está aguardándoos en la pieza
próxima al tribunal.

VAZQ. Decid que luégo
iré... que... ¡que no voy!.

LEON. (Asustado.)—Al Rey?... ¡Qué escucho!

JUANA. Id por Dios!...

VAZQ. ¿Vos quereis...

JUANA. Sí!... yo os lo ruego...
Ved que á los dos nos interesa mucho...

VAZQ. Á vos... ¿os interesa?... (Con extrañeza.)

JUANA. Sin el favor que os da ¿tendrá quien abra
estas puertas...
(Vazquez baja la cabeza, pensativo.)
—No hableis de que estoy presa
con el Rey...

VAZQ. Descuidad! Ni una palabra.
(Á Leon.)
—Tú es preciso tambien que te disfraces.

LEON. Yo...—No señor!

JUANA. (Ay Dios!) (Desalentada.)

VAZQ. Tú callas y haces
lo que te mande yo!

LEON. Bien... bien... (Mi suerte

está en sus manos.)

VAZQ. No ha de conocerte
nadie al salir.

LEON. Muy bien.

VAZQ. Esta es precisa
condicion! (Á Juana.)
—Pronto vuelvo...

JUANA. No... no hay prisa!

VAZQ. (Amorosamente.)
Sí!—Obedeced en todo... (Á Lobo, señalándole á Juana.)

JUANA. (Á Vazquez.) El Rey espera...

VAZQ. Adios... ¡y gracias! (Saliendo por la izquierda.)

ESCENA XV.

JUANA, LOBO, en seguida PEREZ por el foro.

LEON. (Observando á Juana, que no levanta los ojos del suelo.)
(Gracias?... Quién dijera?...)

JUANA. (Oh!...)

PEREZ. Juana.

JUANA. Antonio!... (Á Lobo.) (Idos:
estemos prevenidos!...

LEON. (Al irse mirando á Juana y á Perez.)
(Deja al esposo y sigue...—Cada oveja
con la pareja de... de otra pareja!)

ESCENA XVI.

JUANA y PEREZ.

JUANA. Ah!... Estás libre!

PEREZ. ¿Libre!...

JUANA. Sí!
Yo he limado los cerrojos
que te aprisionan aquí.
—¿Dudas?... Dudas de tus ojos?...
¡Del júbilo que hay en mí!...

PEREZ. Pero...

JUANA. Á favor de un disfraz

saldrás con tu carcelero...

PEREZ. El oro ha sido capaz...
—¡Todo lo puede el dinero!

JUANA. (Quede con su error en paz!)
Mira... Lobo va engañado.

PEREZ. ¿Por tí?

JUANA. Sí! Y es menester
que apenas hayas llegado
á la calle... el desdichado
no te vuelva nunca á ver.
Tú le avisas cuánto gana
huyendo, y sin dilacion...

PEREZ. Á casa de Gil...

JUANA. Mañana
mis hijos... y tú y tu Juana,
todos juntos á Aragon!
—¿Qué hacemos con el papel
del Rey? (Sacándolo del pecho.)

PEREZ. Van á dar con él
si me cogen. (Despues de haberlo tomado.)

JUANA. ¡Calla!... ¡No!
(Desechando la idea.)
—Me quedaré con el yo... (Recobrándolo.)
—Pero... sí... ¡Duda cruel!

PEREZ. Esconderlo...

JUANA. ¡Pueden dar
con él!

PEREZ. Démoslo á guardar
á Gil: que á darlo se apreste...

JUANA. Depósitos como este
no se pueden confiar
á nadie...—¡Que no consiga!... (Meditando.)

PEREZ. Y esto es lo que al Rey obliga
á que conmigo no sea
muy duro...—Teme...

JUANA. (De pronto.) Ah! qué idea!
Escribe lo que te diga!
(Yendo á la mesa, mojando una pluma y presentándosela. Perez escribe lo que ella le dicta.)
«Si el Rey ganar considera
»con perseguirme, se engaña;
»esa es la mejor manera

»de que lea toda España
»la órden que arrancarme espera.»

PEREZ. Ya está.
(Presentando la carta, que Juana arroja sobre la mesa.)

JUANA. La órden.
(Tomándola de manos de Perez y quemándola en la lámpara mientras aquel se levanta y se acerca á ella.)

PEREZ. (Yendo á Juana y arrancándola lo que queda del papel.)
— Por Luzbel
vivo!... ¿Qué intentas... ¡Ay triste!
(Contemplando los restos)

JUANA. (Recuperando la carta, mostrándola á su marido y aproximándola de nuevo á la luz, á pesar de los esfuerzos de Perez.)
—Abrasado este papel ..
el Rey no dará con él
y siempre creerá que existe!
(Perez abraza á Juana con efusion. Ella le aparta y continúa quemando el papel. La voz de Leon Lobo obliga á los dos á retirararse, vacilando un momento, abandonando con temor los restos de aquel documento precioso, intentando destruirlos una vez más, recogiéndolos y llevándolos consigo, haciendo en fin, cuanto el aturdimiento y la ansiedad puede aconsejarles. Mucho han hecho en esta escena los actores del Teatro Español, y harto hará el que logre imitarlos.)

LEON. (Dentro: con voz fuerte.)
¡Al patio!

JUANA. Ven!...
(Haciendo entrar á Perez por la derecha.)

ESCENA XVII.

JUANA y LEON LOBO, por el fondo. Éste viene mirando hácia atrás como si aún hablára con álguien y trae un hábito de fraile y dos pistoletes.

LEON. (Volviéndose al público y dejando ver su rostro

completamente afeitado.)

Ya está todo corriente.

JUANA. (No pudiendo reprimir una sonrisa.)
Ah!... Dadme...

LEON. Tambien traigo
estas armas...

JUANA. Ya caigo
en la cuenta...—Y... ¿cargadas?...
(Mirándolas con cierto recelo.)

LEON. ¡Buen avío
hicieran sin cargar!—Já, já.

JUANA. (Venciéndose y tomando los pistoletes.)
(Dios mio!...)
—¡Dádmelas!

LEON. ¿Vos?...

JUANA. Al punto!

LEON. No me opongo.

JUANA. (Tomando tambien el hábito y entrando por la derecha.)
Aguardad, que en un credo me le pongo.

ESCENA XVIII.

LEON LOBO; en seguida PEREZ: luégo JUANA en la puerta de la derecha.

Lobo permanece pensativo un momento; despues se lleva la mano á la cara como para atusarse la barba y exclama con enojo.

LEON. Pues no me atuso?... Estúpido! ¡Capricho
como el de don Mateo...—Él me lo ha dicho
y ¿qué hacer?... Á servirle me dispongo
porque el camino andado no desande
y, convertido mi dinero en humo,
huyan mis esperanzas como un sueño...

PEREZ. (Sale vestido con el hábito del fraile y se acerca á Lobo, que está de espaldas á él: Juana asomada á la puerta examina la escena.)
Vamos! (Dándole en el hombro.)

LEON. (Mirándole con sorpresa.)
El miedo todo lo hace grande...

PEREZ. Pronto!

LEON. ¡Qué voz!—Pardiez! ¡Si ya presumo
que aumenta hasta el sonido más pequeño!...
(Mirando en derredor de sí, y viendo á Juana que ahoga un grito y cierra la puerta. Perez se vuelve al ruido, y el movimiento le hace caer la capucha descubriéndole la cabeza.)

JUANA. Ay!

LEON. Ah! Por Cristo en el sagrado leño.
—Es Perez... y mi pecho es una fragua...
Pero... Señor!...

PEREZ. ¡Me dais un poco de agua!

LEON. Voy por ella al instante! (Queriendo desasirse.)
Favor al Rey! (Con voz débil.)

PEREZ. (Poniéndole los dos pistoletes junto al pecho.)
Silencio... y adelante!

LEON. No!...

PEREZ. (Apuntándole y saliendo con él por el fondo: Leon Lobo, confuso y aterrado, obedece ciegamente las indicaciones de Perez.)
—Haced bien sin temor de que se pierda,
que el ruin en los infiernos se chamusca,
el bien se topa donde no se acuerda
y el mal se encuentra apenas se le busca!

ESCENA XIX.

EL REY, VAZQUEZ, un JUEZ, un ESCRIBANO, un ALCALDE, INQUISIDORES, ALGUACILES y CARCELEROS. Todos por la izquierda y detrás del Rey.

REY. Ya que con obstinacion
á confesar se ha negado
quien fué un tiempo mi privado,
la ley de la precision
nos lleva al caso, señores,
de recurrir al tormento;
que el crímen saber intento
con todos sus pormenores,
y mostrarlo claro ya
ante el mundo me conviene.
(Y ahora veremos quién tiene

la órden... y quién la da!)
—Vazquez, á Perez llamad.

VAZQ. (Yendo hácia la derecha.)
(Ella mia!... Él al tormento!...
Ah!... venganza, toma aliento!)
—Perez! (Llamando con energía, y abriendo.)

JUANA. (Saliendo, con las manos en el pecho, respirando co fuerza y sin ver á nadie.)
—¡Ya está en libertad!

VAZQ. (Retrocediendo espantado.)
—Eh!... ¡Vos?...

JUANA. (Viéndole: sobrecogida.) ¡El Rey!...

REY. (Adelantándose.) ¡Pero...

JUANA. (Consultando las miradas de todos.) (No!
¡No le han hallado!...)

VAZQ. Insensato
de mí!

REY. Vuestro esposo... (Á Juana.)

JUANA. Há rato...
mucho rato que partió.
—Camino de Aragon va.

REY. ¡Salgan tras él al instante!
(Varios alguaciles salen por el foro.)

JUANA. (La justicia irá delante...
—Así no le alcanzará.)

VAZQ. (Pero... ¿no es Dios más cruel
que yo?...)

REY. ¡Ni soñé en tal cosa!...
—¡Huir!

JUANA. Aquí está su esposa
para responder por él.
(Con entereza y sencillez.)

REY. Teneis... muy poco egoismo.

VAZQ. (Callad!) (Ap. y rápidamente á Juana.)

REY. El tormento espera.

JUANA. Súfralo su compañera,
si para el Rey es lo mismo.

REY. ¿Es una burla irrisoria
á mí?...—¡Pues...

JUANA. No es tal mi intento;
pero quien me dé el tormento
no me quitará la gloria.

REY. ¿Quién le ha librado?...

JUANA. Es un hombre
que le guardaba lealtad...
(Sin mirar á Vazquez, que se estremece. El Rey hace un gesto de impaciencia.)
—Ruego á vuestra majestad
que me permita su nombre
reservar...

VAZQ. (Oh!...)

REY. ¿Quién insulta
mi poder?...

JUANA. Es tan modesto,
que hace el bien y...—Bah! Yo apuesto
que á sí mismo se lo oculta.

REY. ¡Hablais?... (Colérico.)

JUANA. Delatarle?—No:
no vengo, señor, de casta
de delatores.

VAZQ. (Levantando la cabeza y adelantándose con violencia.)
¡Ya basta!
¡Aquí el culpable soy yo!

REY. ¡Vos?...

JUANA. Ah!... (Con sorpresa y dolor.)

VAZQ. Sí! Yo he preparado
su fuga.

JUANA. Él y yo... ¡Los dos!

VAZQ. ¡Yo sólo! Yo sólo!—Dios
al corazon me ha tocado
y me ha obligado á enmendar
hoy mi conducta rastrera...
—Conque... ya el tormento espera...
¡No le hagamos esperar!

REY. (Llevándole aparte.)
(Ántes respondedme.

VAZQ. ¿Qué?...

REY. ¿Teneis la órden...

VAZQ. (Despues de mirar fijamente al Rey.) ¡Excusada
pregunta!

REY. Pues...

VAZQ. Y por nada
del mundo la entregaré!

—¡La muerte!

REY. (Con frialdad é intencion.)

—No: he comprendido
que quereis morir: por eso
estareis no más que preso
mientras me dais lo que os pido.

VAZQ. ¡Bien!)

REY. (Á los alguaciles, que rodean y se llevan despues á Vazquez.)

¡Llevadle sin tardanza!

VAZQ. (Á Juana, sin rencor, con pena, con lástima de sí y de ella, que huye su mirada y llora.)

¡Adios!...—Ya os vengásteis... ¡vos!
¡De mi amor!

JUANA. Sí... y ved que Dios
no sanciona la venganza.

(Con más amargura que reproche. Vazquez entra por la derecha mirando siempre á Juana.)

ESCENA XX.

DICHOS, ménos VAZQUEZ.

REY. (Ese arranque generoso
puede ser una celada...)
—Esta mujer, encerrada
hasta que vuelva su esposo!

(Entrando por la izquierda con todos los demás personajes. Los carceleros y alguaciles cierran las tres puertas de la habitacion.)

ESCENA ÚLTIMA.

JUANA.

Al oir la sentencia del Rey, queda anonadada: en seguida se rehace y se lanza á la puerta por donde aquel ha desaparecido, golpeándola y pugnando por abrirla.

Encerrada... aquí!...—Señor!
No!... ¡Que mis hijos me esperan...
—¡que me llaman!—¡Ay! si oyeran

esos hombres su clamor!...
—Pero... no sale de aquí... (De su corazon.)
y ¡es claro!... No lo oyen.—Ah!...
¡Hijos! Vuestro bien está
en no verme más á mí!
—¡Luz... Aire... Espacio!... ¡Hasta aliento
me falta para mis quejas!...
—Esos muros... esas rejas...
—¡Sí!... ¡Si estoy en mi convento!
(Mirando y observando en derredor de sí.)
¿Qué más da?... Empiece á correr
mi vida... ¡con alegría!...
—¡Monja... y madre!—Ay!... Madre mia..
¡nos volveremos á ver!... (Cae desmayada.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

Las cuatro últimas quintillas puestas en boca del Rey, en la escena III del último acto, son obra del mismo Felipe segundo.—El autor se ha permitido hacer en ellas algunas alteraciones para acomodarlas al estilo general de la composicion.—Hé aquí tal y como brotó de la pluma del hijo de Cárlos V. la admirable glosa de la cancion vulgar:

«*Contentamiento, ¿dó estás,*
que no te tiene ninguno?»

—

Lo que se debe entender,
fortuna, de tu caudal,
es que, siendo temporal,
no puedes satisfacer
al alma, que es inmortal.

—

Tú me diste y me vas dando
honra, estado, reino y mando;
y es tan poco cuanto das,
que digo de cuando en cuando:
Contentamiento, ¿dó estás?

—

No estás entre los favores
deste mundo y sus floreos,
ni en el fin de sus deseos,
ni en sus riquezas y amores,
ni en vitorias y trofeos.

—

En fin, no te halla alguno,
que todos dicen de no;
y entienda el mundo importuno
que, pues no te tengo yo,
que no te tiene ninguno.

Debo á mi buen amigo, el ilustre crítico Don Manuel Cañete, el conocimiento de esta peregrina composicion, inserta en su precioso discurso sobre el idioma castellano en el siglo XVI, leido ante la Academia Española, en la sesion pública inaugural de 1867.

Los actores que han tomado parte en esta obra han desempeñado sus papeles con una inteligencia y un interés superiores á todo elogio. El autor cumple con su deber y con su gusto al reconocerlo y consignar aquí la fiel expresion de su gratitud.









PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacomatrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.



